

Patricia Moreno Raya

# KILÓMETRO 93



Kilómetro 93

Patricia Moreno Raya

Kilómetro 93



## Cosecha\_022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

© Patricia Moreno Raya

© Tandaia, s.c.

Cidade da Cultura – Edificio CEM – Monte Gaiás s/n Santiago de Compostela  
15707 A Coruña

Mail: [tandaia@tandaia.com](mailto:tandaia@tandaia.com) [www.tandaia.com](http://www.tandaia.com)

ISBN 9788417393663

Depósito legal: C 35-2019

Diseño de cubierta: © Tandaia Imagen de cubierta: ©

Diseño y maquetación: Tandaia, s.c. Imprime: Podiprint

Para Damien.  
Para Lucas.

«Cualquier persona es capaz de asesinar. Es puramente cuestión de circunstancias, sin que tenga absolutamente nada que ver el temperamento. La gente llega hasta un límite determinado... y solo hace falta algo, cualquier insignificancia, que les impulse a dar el paso».

*Extraños en un tren.* Patricia Highsmith

«Uno sabe que no puede escribir igual que sus autores favoritos... He aprendido que yo soy yo, que puedo hacer las cosas... puedo hacerme a mí misma».

Agatha Christie

«Todo pintor, escritor o compositor tiene algo diferente que expresar (o debería tenerlo). Un Rembrandt o un Van Gogh son identificables a distancia y de un vistazo. Creo en la individualidad, en ser uno mismo, en usar al máximo el talento propio». Patricia Highsmith



# UNA DESPIADADA FABRICANTE DE HOMICIDIOS

Ya lo dijeron dos maestras, las grandes señoras del crimen, Agatha Christie y Patricia Highsmith: todo escritor debe individualizarse, aportar algo diferente, hacerse a sí mismo. Y Patricia Moreno Raya no imita a nadie. Su estilo fresco y desenvuelto es único. Quienes han leído su primera novela, *La tercera planta*, y sus relatos negros lo saben; Patricia es una despiadada fabricante de homicidios, como en su día lo fueron las creadoras de Poirot y de Ripley. Con ambas coincide en sus tempranos inicios en la escritura, de adolescente; curiosamente con Agatha Christie también en su trabajo como farmacéutica (durante la primera y la segunda guerra mundial Agatha aprendió todo sobre el arsénico y la estricnina, y en la farmacia de la Cruz Roja nacieron sus primeras historias).

Decía la autora de *La ratonera* y *Asesinato en el Orient Express* que hay tres tipos de historias «detec tivas»: la pasional, la intrincada y la desenfadada. Siguiendo su particular definición podríamos calificar *Kilómetro 93* como una novela negra «desenfadada», si bien dentro de la tradición literaria del enigma por descubrir, de la hipótesis que debe construirse para descifrar la identidad del culpable. Algo que se remonta a *Edipo rey* de Sófocles y al *Libro de Daniel* en el Antiguo Testamento.

Sin embargo, como toda novela de género negro, más que de la resolución del crimen en sí, *Kilómetro 93* trata de ahondar en nuestras sombras, en nuestra cara oculta, en el mal que albergamos dentro: somos capaces de matar. Lo revela la cita liminar de Patricia Highsmith: «Cualquier persona es capaz de asesinar... Solo hace falta algo, cualquier insignificancia que impulse a dar el paso».

Todo comienza un primero de agosto de 2017 a las seis de la tarde. Cinco desconocidos en el kilómetro 93 de la A44: el propietario de un vehículo, un juez jubilado, una chica de veintipocos años, un hombre, una mujer. Uno debe morir. En torno a ellos gravitan hijos, padres, abuelos, parejas, perros. El inspector jefe de la policía judicial será el encargado de investigar si la muerte se produce accidentalmente o es un homicidio. La historia comienza...

Las primeras palabras de una novela siempre son las más difíciles; por eso decía Agatha Christie que no había dolor semejante: «Tú estás en una habitación, mordiendo lápices, mirando una máquina de escribir, caminando alrededor o lanzándote sobre un sofá, sintiendo que vas a llorar...». Al leer el comienzo de *Kilómetro 93* quién pensará que su autora ha sufrido, mordido bolígrafos ni contemplando con desesperación la pantalla de un portátil, porque la novela arranca con un inquietante *flashforward* que parece brotar fácilmente de la mente de Patricia: «El coche en que se produciría la muerte de unos de sus pasajeros minutos más tarde se encontraba detenido en la parte más alejada de la rotonda».

Como Patricia Highsmith, Moreno Raya hace girar la historia en torno a la culpa, la mentira y el crimen, aderezados con un sabroso ingrediente, la amnesia, y con el telón de fondo de una Granada hermosa pero imperfecta. *Kilómetro 93* es un vívido retrato moral, social, colectivo y crítico de nuestra ciudad, pero también una novela fresca y actual. Humor y autenticidad. Vida y crimen. Eso es Patricia.

Como Mary Higgins Clark, Moreno Raya se caracteriza por sus protagonistas femeninas. Sus mujeres se encuentran en medio de un dilema, enfrentadas a sus miedos, a sus angustias, a sus

fantasmas. Susi, Amelia, Carolina, Cristina, Eva y Fernanda to man las riendas, deciden resolver sus problemas. Y los resuelven con contundencia.

Borges y Bioy Casares, padres del escritor apó crifo de relatos detectivescos Bustos Domecq, decían que los críticos negaban al género policial la jerar quía que le corresponde solamente porque le falta el prestigio del tedio. Y aventuraban una teoría: «Ello se debe, quizá, a un inconfesado juicio puritano que considera que un acto puramente agradable no puede ser meritorio». Crítica y público se dan la es palda; si los primeros buscan lo soporífero, los se gundos lo ameno. Highsmith lo corrobora:«Los lec tores quieren ser entretenidos, capturados por una historia. Pretenden algo inusual que puedan recor dar, que los estremezca, los haga reír, algo de lo que puedan conversar y hasta que puedan recomendar a sus amigos».

Pues bien, *Kilómetro 93* de Patricia Moreno Raya cumple esos requisitos: huye del tedio, es una histo ria entretenida, inusual, que estremece (sí, usted también adquirirá la conciencia de que en cualquier momento puede matar) y hace reír (el particular sen tido del humor de la autora es uno de sus grandes méritos), es algo sobre lo que podrá conversar y hasta podrá, como hago yo, recomendarla a sus ami gos.

Ana Morilla Palacios

## *1 de Agosto de 2017*

El coche en el que se produciría la muerte de uno de sus pasajeros minutos más tarde se encontraba detenido en la parte más alejada de la rotonda.

El sol asfixiante de las seis de la tarde del mes de agosto derretía Granada sin ningún tipo de consideración. El asfalto se adhería a los neumáticos de los coches que sin remedio necesitaban transitar por aquella circunferencia eterna siempre con tráfico, sin que algún tipo de sombra se apiadara de los cortos segundos en los que se tardaba en cambiar de sentido.

El propietario del vehículo esperaba dentro, con el aire acondicionado a máxima potencia, consumiendo la gasolina que le quedaba en el depósito mientras escuchaba a los perros quejarse del insufrible calor en el diminuto remolque que llevaba enganchado a su coche.

El primer pasajero en llegar fue un anciano, de unos setenta y cinco años de edad, algo desorientado por ser la primera vez que reservaba un coche con partido para viajar a Madrid, su ciudad natal, donde vivía desde siempre y de la que salía únicamente en ocasiones puntuales. El coche que estaba a punto de coger era el viaje de vuelta, y a pesar de haber llegado a Granada sano y salvo el día anterior, seguía sin confiar demasiado en esa forma de viajar. El conductor salió del habitáculo y saludó amablemente a su primer acompañante ofreciéndole el asiento del copiloto.

Acto seguido llegó una chica de poco más de veinte años. Tenía una corta melena castaña y un rostro salpicado de las pecas que se dejaban ver con mayor intensidad en verano como consecuencia de la exposición al sol. Llevaba poca ropa y mucho maquillaje.

Finalmente llegaron los dos compañeros del trayecto que faltaban, aparentemente desconocidos, que coincidieron en el paso de peatones que necesitaban cruzar para llegar hasta el coche. Él iba vestido de deporte, de aspecto descuidado, con el oscuro cabello enmarañado y demasiado largo para el corte de pelo que llevaba. La mujer que lo acompañaba iba muy arreglada para un viaje de unas cinco horas en un espacio tan pequeño, con el aliciente de ir con otras cuatro personas más. Llevaba un ajustado vestido veraniego de color mostaza y unas altísimas sandalias. Desentonaba su aspecto junto al del hombre que caminaba al lado de ella, ambos en silencio, pese a saber que tendrían que compartir conversaciones incómodas y prefabricadas y que llevaban preparadas cada uno en su cabeza para que el tiempo que iban a pasar juntos fuera lo más ameno posible.

Se saludaron los cinco, algunos sonriendo, otros avergonzados. Acomodaron los equipajes en el maletero, y todos miraron el remolque preguntándose qué habría dentro. Julián, el conductor, arrancó una vez que estuvieron todas las puertas cerradas y emprendió la marcha.

—Y bueno..., contadme, ¿a qué os dedicáis?

Los pasajeros de la parte de atrás del coche se miraron entre ellos esperando que fuera otro el que respondiera a la pregunta, pero fue el copiloto el que tras carraspear para aclararse la voz comenzó a relatar una parte de su vida.

—Como imaginaréis, yo estoy jubilado ya, aun que todavía ando metido en algunos negocios... He sido juez durante más de treinta años, ¿sabéis? Y además de los buenos...

—¿Juez? ¡Qué interesante! —dijo Julián, para intentar darle un poco de vida a la conversación y animar al resto a participar en ella.

—Sí sí, mucho. Os podría contar tantas historias, pero claro, no debo..., además no os conozco de nada... Es la primera vez que uso una cosa de estas tan modernas para viajar, me ha convencido mi hija, me ha dicho que es lo más cómodo, aunque no os voy a engañar, voy un poco

asustado..., ¿no serás un violador ni nada de eso? —preguntó dirigiéndose a Julián.

—¡Ja ja ja! ¡No, hombre! ¡Claro que no!

Se oyó entonces una risa tímida de la chica joven que iba sentada en medio en la parte de atrás.

—Y tú no te rías, jovencita, que peores cosas se han visto... Estamos confiando nuestra vida a un desconocido del que no sabemos nada, ni sabremos con certeza nada después de este trayecto... En serio, espero que no nos hagas nada... Oye, por cierto, pararás a mitad de camino, ¿verdad? Que no es legal conducir más de dos horas seguidas...

La chica joven frunció el ceño al oír estas pala bras, y el hombre sentado a su derecha resopló, pen sando que el viaje sería más largo de lo que esperaba.

—Pues yo me dedico a criar pastores alemanes

—dijo Julián, retomando una conversación que pare cía interesarle únicamente a él—, de hecho llevo en el remolque cuatro.

—¿Cómo? —dijo la chica impresionada—, ¡qué guapo! ¿Podemos verlos después?

—Sí claro, luego os los enseño. Son preciosos.

Llevo dos cachorros y dos adultos.

—¿Y para qué los llevas a Madrid? ¿Para algún concurso o algo así? —dijo la mujer, hablando por primera vez.

—¡No! Voy a visitar a mi novia, y los llevo con migo.

—¿A los cuatro? —dijo la chica semivestida, con los ojos como platos.

—Sí, ¿por qué no? Mi pareja vive en una casa grande con jardín, y allí se lo pasan genial; además, están acostumbrados a viajar.

—Pero tío, que agobio ahí dentro, con el calor que hace y todo...

—No les pasa nada...

—¿Y te ganas la vida con eso? —preguntó Zaca rías, el anciano.

—¡Claro que no! Es solo un hobbie..., soy fun cionario, trabajo en el ayuntamiento.

El hombre sentado detrás de Zacarías volvió a resoplar; parecía estar incómodo con aquella situa ción que podría haber evitado sencillamente via jando en autobús. Observaba en silencio el paisaje, no le gustaba demasiado hablar con gente descono cida, y maldecía la baja velocidad a la que iban por culpa del remolque con los perros.

—Si no os importa voy a parar unos segundos a echar gasolina.

Nadie contestó, fue una parada rápida en la que todos bajaron para evitar el momento incómodo de permanecer en el interior con el coche parado.

Julián volvió de pagar pasados unos pocos mi nutos y la joven Susi aprovechó para pedirle que le enseñara los perros. Sacó solamente a uno de ellos, un cachorro de Pastor Alemán de pelo largo de ocho meses. Todos quedaron maravillados, era realmente precioso.

Tras el breve descanso volvieron a subir al coche y reanudaron la marcha.

—Como os iba contando, crío los pastores ale manes para después venderlos..., aunque no gano demasiado porque invierto mucho dinero en su cui dado, y bueno, no todos los que nacen los mantengo con vida..., si nacen con algún tipo de defecto los tengo que sacrificar, porque los llevo también a com peticiones, y no puedo mantener a todos los cacho rros que nacen...

—¡Qué crueldad! —dijo aterrorizada Susi.

—No no no, ¡crueldad ninguna! Es normal en este mundillo..., no nacerían si no fueran para com peticiones y ventas...

—Claro, niña, tú es que eres muy joven y no en tiendas... —intervino Zacarías—. ¡Ay, estos niños de hoy en día! No se puede hablar con ellos sin que piensen de ti que eres un monstruo... A

mí mi madre cuando era un niño me daba unos azotes ¡que no te quiero ni contar! Y ahora rozas a un crío con la mano abierta y te denuncian por maltrato... Este mundo ya no es el que era...

—¡Anda hombre! No hay que exagerar...

Y aquella conversación entre cinco desconocidos se rompió de repente, cuando Julián, cerca del kilómetro 93 de la A44, comenzó a perder el control del coche por ir mirando a Zacarías mientras este ha blaba. Sin saber muy bien el cómo, dio un volantazo en la dirección equivocada y el coche aterrizó sobre un descampado a pie de carretera tras haber caído por un pequeño terraplén. El impacto contra el suelo fue suficiente como para dejarlos inconscientes en medio de la nada durante unas horas. Cuando una ambulancia llegó era demasiado tarde para Julián. Su cuerpo sin vida abrazaba el volante y su cabeza descansaba rígida sobre la rejilla del aire acondicionado. El resto de pasajeros, aún inconscientes, vivían dormidos ajenos a una realidad que jamás habrían deseado y que comenzaría a partir de ese instante.

*29 de julio de 2017*

# 1

Días antes del accidente, Julián Salcedo descansaba tranquilamente en su casa de Las Gabias. El calor ese verano era especialmente agobiante, pero el jardín inundado de vegetación y la piscina de agua turbia ayudarían con creces a pasar el mes de agosto. Le vaba solo un día de vacaciones y estaba completamente aburrido. A su gran pasión por los pastores alemanes podía dedicarle poco tiempo debido a las altas temperaturas. Los perros dormidos en la sombra más oscura de la vivienda hacían caso omiso a las llamadas de su amo.

Cuando Julián creía que el tiempo se había detenido, sonó el teléfono, sacándole del trance en el que había entrado.

—Hola, cariño —dijo Carolina al otro lado de la línea.

—¿No estás trabajando? —preguntó Julián extrañado.

—Sí, pero he sacado un minuto para ver qué tal llevabas tus días de relax..., pero si molesto podemos hablar más tarde —respondió en tono crispado.

—¡No mujer! ¡Cómo vas a molestar! Bien, estoy bien, algo aburrido, no sé qué hacer, la verdad.

—O te quejas del trabajo, o te quejas de las vacaciones, lo tuyo es no estar nunca contento... Podrías venirte unos días a Madrid...

—¿Y qué iba a hacer yo allí?

—¿Estar conmigo, quizás?

—Sí sí, claro..., pero como estás todo el día trabajando...

—Tengo todas las tardes libres ahora, Julián, pero como tú quieras. Parece que en esta relación solo me implico yo.

—No digas eso, mujer, venga, si quieres en unos días voy para allá.

—No es si yo quiero... —dijo Carolina, con la voz cada vez más apagada—. Deberías de querer tú también...

Tras un sollozo la línea se cortó. «Estas mujeres nunca están contentas con nada», pensó Julián, y se guiadamente acudió a su ordenador y puso un anuncio en internet para poner su coche a la disposición de quién quisiera compartir con él el trayecto hasta Madrid tres días más tarde.

Esa misma noche quedó con su exmujer para recoger a Loreto y a Pablo, sus hijos, ya que iba a pasar unos días fuera de Granada quería al menos estar un rato con ellos.

Habían quedado a las nueve en el portal de su antiguo hogar, en la calle Recoletos. Formaba parte de un barrio muy tranquilo y familiar, cerca de la vega granadina y del centro de la ciudad. Llegó tarde como era costumbre en él, y Cristina esperaba con mala cara su llegada.

—¡Hola, chicos! ¿Cómo estáis? —dijo Julián en un intento de parecer emocionado por ver a sus hijos, pero con el rostro apretado en una mueca de incomodidad debido a la presencia de su exmujer.

—¡Papá! —dijeron al unísono mientras corrían a abrazar a su padre.

—Podrías haberte arreglado un poco, para variar, vaya pintas traes para ver a tus hijos... —saludó Cris, observando la camiseta amarillenta de Julián, desgastada y deshilachada por el paso de los años.

—Yo también me alegro de verte —respondió su exmarido sin mirarla a los ojos.

—¿Y esa prisa repentina por querer ver a tus hijos hoy?

—Me voy a Madrid unos días.

—No te conviene viajar con este calor, Julián, ya sabes lo que te dijeron los médicos. Es mejor que descanses y no hagas muchos esfuerzos, o volverás a sufrir otro infarto.

—¿Tanto te preocupa? —preguntó Julián, sonriendo.

—A mí me da igual, ya lo sabes, pero no quiero que dejes huérfanos a tus hijos —dijo Cristina, prediciendo sin saberlo lo que sucedería días más tarde.

—Estaré bien, vas a tener que soportarme durante muchos años más.



Amelia Riquelme se despertaba un día más dentro de su impuesta pesadilla. Habían pasado solo diez días desde que no le habían renovado el contrato de trabajo, pero a ella le habían parecido meses encerrada en casa sumida en una pequeña depresión de la que cada día le costaría más salir. Había estado trabajando como técnico de laboratorio en los hospitales de Granada durante siete largos años, desde los veintitrés. Le concedieron una beca cuando acabó el módulo de formación profesional y se adhirió a ella como si no hubiera más alternativas de empleo en el país. Con el paso de los años y el recorte en becas y presupuestos, cuando acabó su último contrato no hubo ninguno más. ¿Qué haría ahora si no sabía hacer otra cosa? Maldecía su suerte cada mañana arrepintiéndose por no haber abierto un abanico de posibilidades laborales años atrás. Ahora, con treinta años y sin puntos para la bolsa de empleo del Sistema Andaluz de Salud, solo le quedaba resignarse y mirar hacia delante con temor e incertidumbre.

Aquel día la llamó su amiga Vero por teléfono. Vivía en Madrid desde hacía unos meses. Se mudó a la gran ciudad persiguiendo un amor imposible, pero el encanto que se esconde entre las calles laberínticas del centro la obligó a quedarse a vivir allí sin fecha prevista de vuelta. Cuando Amelia le contó la situación que estaba viviendo, Vero la invitó a pasar unos días con ella. El tiempo en Madrid transcurre deprisa y los pensamientos viajan a una velocidad completamente diferente que en las ciudades pequeñas. Amelia accedió sin pensárselo, era justo lo que necesitaba. Cuando colgó el teléfono, subió las persianas que sumían al salón en la mayor de las penumbras, y al hacerlo no pudo apartar los ojos de aquel cuadro que lucía sobre el sofá color frambuesa en el que pasaba las largas tardes. Pintó aquella obra cuando tenía quince años, cuando creía que todo era posible con tan solo desearlo. Cuando quería ser artista en un mundo rodeado de robots antes de convertirse precisamente en uno de ellos.

### 3

Viajar en coche compartido iba a ser para Zacarías Sureda toda una aventura. Lo cierto era que la última vez que quiso realizar un viaje lo hizo en autobús y le pareció un trayecto interminable a la vez que muy incómodo. Regresó a casa con un terrible dolor de espalda y los consecuentes tres días de reposo. Ya no tenía edad para pasarse tantas horas metido dentro de un autobús, y cuando Carolina, su hija, le propuso la idea de utilizar un coche compartido, Zacarías se rió de una situación que concebía imposible.

—¡Qué cosas tienes, hija! ¿Cómo iba a ir yo en una cosa de esas tan modernas en las que viajan ahora los jóvenes? ¡Vaya ideas!

—¡Pero papá! No lo utiliza solo gente joven, lo usa todo el mundo. Confía en mí, es mucho más cómodo para viajar que cualquier otro medio de transporte.

—Pero yo ya no tengo edad...

—¡Claro que sí! Venga, hazme caso, ¿quieres?

—dijo Carolina con tono de súplica.

—Bueno..., si tú crees que es de fiar, vale, pero

¿se puede elegir conductor? Yo te digo desde ya que con un niño de veinte años no me voy a montar en un coche, para que nos estrelle por ahí...

—Claro que puedes. No te preocupes..., yo te busco el mejor conductor que vea. ¡Si vas a pasártelo genial! ¡Ya verás! —le animó Carolina, tramando lo que le parecía un magnífico plan.

Un poco más convencido dejó que Carolina le contratara los viajes MadridGranada y Granada Madrid. Había un torneo importante de ajedrez en Granada el día uno de agosto por la mañana, e iba su mayor adversario de la juventud. No podía perder selo y darle la satisfacción de no haber podido en frentarse a él.

—¿Y si me pasa algo durante el viaje? ¿Y si el conductor es un secuestrador?

—¡Anda ya, papá! ¡Qué cosas dices, de verdad!

—He visto de todo en esta vida, hija...

—Sí, y yo también, pero no podemos permitir que nuestra profesión influya en el ritmo de nuestras vidas. Verás, estoy con un caso ahora de violencia doméstica. ¿Crees que debería eso marcar mi vida, y que sospechara de cualquier hombre con el que pudiera iniciar una relación?

—Pues deberías. Ningún hombre es de fiar... De hecho, ese novio tuyo... Aún no me lo has presentado, ¿a qué esperas?

—¡Papá! Solo llevamos unos pocos meses saliendo, y ya te he dicho que no vive en Madrid, ya habrá tiempo... —le respondió su hija, sonriendo para sus adentros—. Ya verás que disfrutarás del viaje, y luego tendrás muchas anécdotas que contarme.

—Eso espero, hija..., porque si me pasa algo... No vuelvo a salir de Madrid en lo que me quede de vida.

Carolina Sureda vivía en una casa en las afueras de Madrid, aunque solía pasar los fines de semana en casa de su padre. Desde que su madre había muerto, la vida de Zacarías se había vuelto más aburrida y monótona. Además, para Carolina, pasar los fines de semana en el centro, en la calle de Ayala del barrio de Salamanca, era una gran ventaja.

Carolina y Julián se habían conocido por internet, en un foro de animales y crianza de

perros para competiciones. Carolina no tenía nada que ver con ese mundo, pero un día, navegando por las lagunas más recónditas de internet, leyó algunos de los men sajes que escribía Julián en uno de esos foros en los que la gente se dice de todo por eso de no estar vién dose las caras. Le gustó su forma de defenderse, el cómo se aferraba a su opinión por encima de todo sin plantearse siquiera que él no llevaba la razón. En eso era iguales. Quiso saber más de él, y se hizo pasar por una chica que quería recibir algún consejo acerca de cómo bañar a su mascota (que por supuesto no tenía), para que el pelo se le quedara completamente limpio y suave. Julián no tardó en responder, recomendándole una mascarilla para perros, la que él utilizaba con sus pastores alemanes. Pronto respondieron otras personas dando sus opiniones, que él rebatía de malos modos y sin opción a réplica. Carolina, sin ningún tipo de vergüenza le dijo que le gustaría conocerle. Julián viajó a Madrid y se vieron un fin de semana en el que discutieron tan fervientemente como devoraron sus cuerpos tras cada pelea. Se atraían, pero no se amaban. Era una relación perfecta para ambos, sin preocupaciones y sin ataduras. Pero ocurrió lo que ocurre en cualquier tipo de relación, cuando se alarga demasiado y se hace medianamente estable, vienen los sentimientos de posesividad y de querer controlarse el uno al otro. Se acostumbraron a estar juntos y se convirtieron en pareja, pese a sus discusiones y desacuerdos. Pero con sus intensas reconciliaciones.

Susi Fuentes tachaba los días en el calendario esperando el primer fin de semana del mes de agosto para asistir al festival Arenal Sound. Tenía planes para todo el mes. Lo pasaría de aquí para allá sin pisar Granada a menos que fuera necesario. Estaría un par de días en Madrid con su mejor amiga y luego juntas irían a Burriana, en Castellón, al tan esperado festival. Preparó una maleta enorme para su viaje, pero tras darse cuenta de que tendría que transportarlo durante todo el mes, acabó reduciéndolo a la mitad y metiendo su ropa en una mochila grande que cargaría en su espalda. Estaba emocionada, había pasado un año académico un poco complicado, tanto por los estudios como con su familia. Estudiaba física en la Universidad de Granada, y pese a haber sido los dos años previos una de las mejores de su promoción, este año había flojeado bastante. No había tenido tanto tiempo para dedicarle a sus estudios porque había pasado unos meses duros en el hospital acompañando a su abuelo hasta que llegó la hora de despedirse de él para siempre. Había sido la persona más importante de su vida, su paño de lágrimas, su protector, y perderlo le supuso un bache muy difícil de superar.

Habían pasado cinco meses desde aquello y gracias a su juventud y su forma de ver la vida, estaba logrando dar pasos firmes hacia delante.

Su vida cambiaría con tiempo, modificando sus prioridades y viendo la vida con los ojos de alguien que ya ha experimentado el golpe más duro que esta te puede dar.

Tomás Iriarte trabajaba sin descanso a las cinco de la tarde tras más de siete horas arreglando coches. En verano la mayoría de los encargos estaban relacionados con los aires acondicionados. Nadie se atrevía a hacer un viaje largo sin pasar la revisión del coche en el taller. No había nada peor que respirar el aire viciado que sobrecarga el ambiente de un espacio tan reducido, a más de cuarenta grados a la sombra, y con una familia que está huyendo de una rutina para introducirse en otra mucho peor durante las vacaciones. Al menos las horas que pasarían dentro del coche, si el aire acondicionado no se averiaba, transcurrirían en la más completa calma.

Tomás cogería vacaciones el uno de agosto, y pasaría unos días en Madrid visitando a sus primos, esos parientes lejanos que el resto de la familia ni conoce, pero que para él eran tan importantes. Tenía suerte de poder escapar unos días de la ciudad andaluza, aunque fuera para meterse en otra capital sartén en pleno verano.

También escapaba de su novia, Eva, con la que compartía piso pero no vida. Hacía ya más de cuatro meses que casi ni se hablaban, y unos tantos más que ni siquiera se besaban. Dormían juntos; la casa donde vivían solo tenía un dormitorio, pero habían construido una barrera invisible entre ambos que impedía el más mínimo contacto físico. Irse a Madrid unos días lo despejaría de esa aburrida rutina en la que vivía y trataría de aclarar sus ideas. Intentaría tomar la decisión definitiva con respecto a su relación, ya fuera arreglando sus ya olvidadas diferencias, o, sencillamente, separándose.

Barajó las distintas posibilidades para viajar hasta Madrid y finalmente se decidió por un coche compartido. Serían unas horas incómodas pero llegaría más rápido a su destino, era más económico y carecía de las preocupaciones asociadas a llevar su propio coche.

Eva deseaba ese viaje tanto como Tomás. Pasaría unos días sola sin tener que soportar situaciones incómodas ni miradas ausentes. Aprovecharía para descansar de su rutina. Ella también necesitaba unas vacaciones.

*1 de agosto de 2017*

## 6

Habían pasado varias horas cuando se escuchó de lejos el sonido casi tenue de la ambulancia. El coche oculto tras los arbustos secos y amarillentos cumplió con la posibilidad de que alguien hubiera sido tes tigo del vehículo abandonado a su suerte.

Zacarías, que había permanecido inconsciente más de dos horas, se despertó aturdido. Hacía es fuerzos por respirar, produciendo sonidos desorde nados y roncós que se acentuaron al oír las sirenas.

—Chicos, ya viene la ayuda..., saldremos de esta.

Pero nadie le respondió. Hablaba para sentir que no estaba solo, que las cuatro personas que lo acom pañaban seguían con vida y que pronto se transfor maría todo en un mal recuerdo.

Podía oír el sonido de su salvación cada vez más y más cerca, taladrando sus envejecidos oídos y ace lerando los latidos de su débil corazón.

—¡Allí está! ¡Vamos! —escuchó gritar Zacarías.

Y lentamente, a medida que se abrían las puertas del coche y unos cuerpos desconocidos se introdu cían dentro, todo se fue oscureciendo, hasta que la ceguera y la inconsciencia lo sumieron de nuevo en un ligero letargo en el que apenas le llegaban en so nido de las palabras.

—¡Son cinco! ¡Vamos a necesitar más ambulancias! Están todos inconscientes, y creo que el conductor está muerto... ¡Rápido! Ayudadme a sacarlos de aquí, hace demasiado calor...

Los trasladaron de vuelta a Granada, y los ingresa ron en el Hospital del Campus de la Salud. Una vez allí, Zacarías era el único pasajero que había recupe rado la consciencia y que estaba medianamente orientado.

—¿Dónde estamos, doctor?

—En el hospital, señor, tranquilícese.

—¿En Madrid?

—No, no. En Granada. ¿Iba el coche hacia Ma drid?

—Sí, claro que sí. Quiero irme de aquí. ¿Dónde está mi hija? —preguntó confundido.

—No se preocupe, hemos avisado a sus familia res. Tiene que quedarse aquí unos días, han sufrido un accidente. Dígame, ¿quién le acompañaba en el coche?

—¡Y yo qué sé! ¡Quiero irme de aquí, por favor!

—suplicaba el anciano, asustado.

—Tranquilo, Zacarías, tiene que intentar rela jarse, y cuénteme lo que recuerda.

—No sé, todo iba bien, íbamos charlando, y de repente el conductor pareció perder el control del coche, y hasta ahí recuerdo. No sé qué pudo pasar...

—¿El conductor? ¿No sabe usted su nombre?

—Pues creo que es Julián..., pero no me haga mucho caso.

—¿No se conocían?

—¡Claro que no! Si ya se lo dije yo a mi hija, que montarme en una cosa de esas no iba a traer más que problemas. Con lo bien que habría ido yo en mi au tobús, como toda la vida de Dios. Y no estaría aquí ahora. ¿Puedo llamar a mi hija, por favor? —insistió Zacarías.



—Sí, no se preocupe, intente tranquilizarse, ahora le traigo un teléfono.

Zacarías miraba a su alrededor como si estuviera en un mundo desconocido para él, lejos de lo que él llamaba civilización, y lejos de gente civilizada. Por qué le habría hecho caso a su hija, se preguntaba una y otra vez, como si pensar en algo en bucle aclarara las cosas o cambiara los hechos.

—Tenga, Zacarías, su hija al teléfono —dijo el doctor.

—¡Por fin, Carolina! ¿Ves como era una mala idea montarme en un coche de esos?

—¡Papá! ¿Estás bien? —dijo Carolina llorando.

—Tranquila, hija, estoy perfectamente.

—¿Y Julián?

—¿Julián?

—El conductor, papá, Julián.

—Pues no lo sé, creo que escuché decir a los de la ambulancia que estaba muerto, pero no me hagas mucho caso —dijo Zacarías, sin saber el daño que esas palabras le estaban haciendo a su hija.

—¿Cómo que muerto...? —balbuceó Carolina.

—Sí, creo que me ha parecido oír eso, pero bueno, que yo estoy bien, no te preocupes...

Carolina lloraba desconsolada al otro lado de la línea de teléfono.

—Pero hija, ¿qué pasa?

—¡Ay, papá! Julián...

—¿Julián? ¿Tu Julián?

—Sí, papá..., quería que os conocierais sin que supierais quienes erais ninguno de los dos...

—Perohija...tranquilízate...porfavor...

—Zacarías no sabía muy bien qué decir.

—Voy para allá, llegaré esta noche.

—No vayas a coger el coche ahora, Carolina.

—Hasta pronto, papá. Te quiero.

Zacarías se quedó paralizado, esperando que su hija se recuperara pronto de ese mazazo emocional que acababa de sufrir. Lo cierto era que no estaba del todo seguro de si Julián había muerto o no, y dos partes opuestas de él mismo se debatían entre cual prefería que fuera la respuesta correcta. Y casi sin darse cuenta se fue quedando dormido, desapareciendo así su inesperada mala conciencia.

Cristina Expósito dejaba pasar las horas del día uno de agosto leyendo un ejemplar de *Historias Extraordinarias* de Edgar Allan Poe. Sus hijos estaban pasando el día con sus abuelos, y disfrutaba de un poco de calma en medio de aquel infernal verano que impedía a los ciudadanos disfrutar al aire libre en Granada.

Sin saber por qué pensó en la última noche que había visto a Julián, cuando fue a despedir a sus hijos. Cómo había cambiado todo en los últimos años, y a decir verdad, no sabía si para bien o para mal. Los cambios normalmente traen un poco de todo, porque aunque deshacerse de la rutina siempre es algo positivo, independientemente de la situación de cada uno, no siempre lo desconocido mejora a lo aburrido y repetitivo. En ocasiones lo echaba de menos y recordaba aquellos domingos en Baza visitando a sus tíos y los meses de agosto en Calahonda. Otras veces detestaba precisamente eso, los aburridos fines de semana haciendo exactamente lo mismo, y los eternos veranos soportando el gentío y la estresante humedad de la playa. Cristina siempre quiso hacer cosas nuevas, batir sus alas y emprender el vuelo a lugares desconocidos donde poder atesorar instantes que poder contarle algún día a sus nietos, y a pesar de que cada año proponía un plan diferente, con el tiempo se fue cansando de las negativas de Julián y se fue resignando a una vida monótona y con los pies en la tierra. Y no fueron solo estos los motivos que llevaron a la pareja a tomar la decisión de divorciarse. Cristina comenzó a huir de los sinsabores de su matrimonio para refugiarse en los salones del bingo y las tragaperras. Julián descubrió su vicio un día por casualidad y encontró así la excusa perfecta para poner fin a una historia de amor sin amor de diez años de duración. Cuando se fue de casa, Cristina abrió los ojos y volvió a la normalidad, por el bien de sus hijos y de su propia vida, no sin ayuda de un psicoterapeuta que acabó con los pocos ahorros que aún no había gastado.

Ahora, con la pensión que le pasaba Julián y con el trabajo a media jornada que había conseguido en una cafetería del nuevo centro comercial que habían abierto en la ciudad, vivían los tres sin lujos, pero felices. Sus sueños se quedaron en eso, y la vida se guía un ritmo tranquilo y sin sobresaltos.

Cuando estaba a punto de terminar de leer el relato *Enterrado vivo*, se sobresaltó con el sonido del timbre de la casa. Abrió sin mirar previamente por la mirilla y se sorprendió cuando vio a una pareja de la guardia civil preguntando por ella.

—¿Cristina Expósito?

—Sí, soy yo. Mis hijos, ¿están bien? —preguntó Cristina, presa de un ataque de pánico.

—Sí, sus hijos están bien. Se trata de su marido

—respondió el más joven.

—¿De Julián?

—Sí, Julián Salcedo. Ha fallecido en un accidente de tráfico.

—¡Oh Dios mío! ¿Cuándo? —gritó Cristina, angustiada.

—Hace unas horas. Lo lamento mucho —dijo por primera vez el civil de mayor edad, transmitiendo al mirarla sus sinceras condolencias—. Si es usted tan amable, debería acudir al instituto anatómico forense para identificar el cadáver y así poder poner en marcha los trámites de la defunción.

—Sí..., desde luego. Voy para allá en seguida.

Abatida, se despidió de los que le habían dado una de las peores noticias de su vida. ¿Cómo se lo diría a sus hijos? No podía pensar en otra cosa más que en ellos, tan pequeños para crecer sin su padre.

¿Cómo reaccionaría Loreto? Tenía solo siete años, pero era una niña muy madura, muy consciente de todo, y había sido la que más había sufrido con la separación de sus padres dos años atrás. Pablo, con nueve, sabría aceptarlo mejor. Sufriría también, pero siempre estuvo más pegado a su madre y Julián nunca hizo nada especial por ganarse el amor de su hijo.

Cristina todavía tenía que identificar el cadáver.

«A lo mejor no es Julián», pensó. Lo llamó por telé fono. Nadie contestó.

A las once y media de la noche aún el calor se hacía notar sobre las calles de la ciudad, y el aire cálido impedía a Carolina respirar tan profundamente como hubiera deseado. Sentía la falta de aliento como la advertencia de que se avecinaba una verdadera pesadilla. Aparcó el coche en un descampado que había cerca del hospital, junto a otros vehículos también mal aparcados. Sabía que no estaba permitido dejar allí el coche, pero pensó en la tarifa del parking y se esfumaron los remordimientos. Nunca comprendió por qué había que pagar en los hospitales públicos por dejar el coche a buen recaudo.

Accedió al hospital por la puerta principal, y tras dar infinidad de vueltas por los enormes pasillos de aquel imponente edificio consiguió llegar a la cuarta planta donde estaba ingresado su padre, no sin preguntar antes un par de veces al personal sanitario que estaba incluso más perdido que ella.

Entró en la habitación de su padre con el sudor y las lágrimas humedeciendo el rostro descompuesto por el dolor y la ansiedad causada por no saber aún qué había ocurrido.

—¡Papá! ¿Cómo estás? —dijo mientras abrazaba con devoción a su padre.

—Bien, bien. Estoy bien —respondió Zacarías en un tono tranquilo y sereno.

—¿Seguro?

—Segurísimo, hija.

—No puedo creerme que te haya ocurrido esto, papá. Lo siento, lo siento tanto... —se disculpaba sin parar entre sollozos.

—No es tu culpa, no te preocupes, y ya te digo que estoy bien...

—Sí es mi culpa..., si hubiera dejado que viajaras en autobús como querías nada de esto había pasado...

—No digas tonterías, hija —le dijo Zacarías mientras acariciaba con cariño la mano de Carolina.

—Te dejo solo unos minutos, ¿vale? Voy a buscar a un médico, necesito saber dónde está

Julián. Carolina salió rauda de la habitación, notablemente más agobiada que minutos atrás y sintiendo los latidos del corazón fuertemente en la garganta. Acudió al mostrador de enfermería y escuchó las risas de lo que parecía una pequeña fiesta de todo el personal del servicio de traumatología.

—¿Por favor? —dijo en un tono alto y agudo, pero nadie pareció oírla—. ¿Oiga? —volvió a gritar un poco más fuerte.

Una chica joven vestida completamente de verde se acercó a la llamada de Carolina con una enorme sonrisa aún decorando un rostro maquillado y lumenoso.

—Dígame. ¿Qué le ocurre? —En cuanto vio la cara descompuesta de Carolina borró su sonrisa y la

cambió por una mirada de evidente preocupación y remordimiento.

—Estamos en un hospital... No creo que sea el mejor lugar para estar de risas... —contestó Carolina.

—La vida en un hospital no es solamente sufrimiento y lamentaciones, ¿sabe? Además, los que traemos aquí pasamos muchas horas a la semana rodeados de cosas tanto buenas como malas, y no podemos dejar que nada nos afecte, así que lo siento mucho, señorita, si se ha sentido

molesta, pero po demos reír cuando queramos...

—Lo que usted diga... —dijo Carolina, sin haber oído apenas las palabras de la auxiliar de enfermería—. ¿Podría decirme si mi novio está vivo o muerto? ¿O eso también le produce risa?

—Entiendo que esté pasando un mal momento, pero no tiene que pagarlo conmigo. Dígame, ¿quién es su novio?

—Julián Salcedo. Y mi padre es Zacarías Sureda. La cara de la auxiliar de enfermería se descom

puso de inmediato. No era su papel dar este tipo de noticias. Tenía que morderse la lengua.

—Lo siento en el alma...

—¿Eso qué quiere decir?

—Un momento, por favor.

La chica se dio media vuelta y dejó a Carolina plantada sin explicación en medio del pasillo. Pasa ron varios minutos hasta que volvió, acompañada de un hombre de unos cincuenta años, con poco pelo y rostro sereno. En su tarjeta identificativa podía leerse

«David Cabeza. FEA Traumatología».

—Buenas noches, soy el doctor Cabeza, médico de guardia. Pase y siéntese —dijo con voz neutra.

Entraron previamente a la sala en la que parecían tener montada la fiesta, pero solo vio a cuatro personas, esta vez en completo silencio y con la mirada fija en Carolina. A continuación caminó tras el médico por un pasillo ancho con varias puertas a los lados. Entraron por una de las que quedaba a la izquierda. Parecía una sala de reuniones, con una gran mesa en el centro rodeada de sillas. Las paredes estaban completamente en blanco a excepción de una enorme televisión de plasma y unos ventanales que ofrecían unas hermosas vistas de Granada.

—Siéntese.

—Gracias —susurró Carolina, agradecida de ve ras de poder sentarse, ya que las piernas le temblaban desde que apareció el doctor, con esa mirada que hablaba por sí sola a pesar de mantener la calma el todo momento. Sabía lo que iba a decirle pero no estaba aún preparada para confirmar lo que su padre le había dicho horas antes.

—Es usted la hija de Zacarías Sureda, ¿no?

—Sí. Ya lo he visto, y parece que no ha sufrido la peor parte del accidente. Pero por favor, doctor, dí game de una vez cómo está Julián.

—¿Es usted familiar suyo?

—Es mi pareja.

—Vino su mujer hace unas horas...

—¿Cristina ha estado aquí? ¿Por qué?

—preguntó Carolina visiblemente indignada.

—Era uno de los teléfonos de contacto que apa recía en la historia clínica de Julián.

—¿Y se ha ido ya? No estará con él...

—Tranquilícese. Verá... —David Cabeza hizo una leve pausa, masticando mentalmente las pala bras que tenía que decir—. Julián Salcedo no ha so brevivido al accidente. Lo siento mucho.

Carolina aceptó por primera vez esas palabras que llevaban varias horas haciendo eco en su cabeza. Sintió una presión en el pecho y las lágrimas comen zaron a brotar por unos ojos que reflejaban no solo una enorme tristeza, sino también decepción y odio. Odio hacia sí misma, hacia el doctor, e incluso hacia Julián, por haberse ido sin despedirse.

—¿Está muerto? —logró decir.

—La acompañó en el sentimiento —dijo David mientras rozaba con su mano el brazo de

Carolina—. Cuando la ambulancia llegó al lugar del accidente ya había muerto. Mis compañeros no han podido hacer nada por él.

—¿Ha muerto alguien más?

—No, pero hay otros tres pasajeros que están en coma. Por suerte su padre ha resultado el mejor pa rado.

—¿Por suerte? ¿Insinúa que debería sentirme acaso afortunada?

—No he querido decir eso, discúlpeme.

—¿Y se sabe cómo ha sido el accidente? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Carolina con la mirada gacha.

—Se sabrá mañana probablemente, tras la reali zación de la autopsia de Julián y el informe pericial acerca de la revisión exhaustiva de los daños sufri dos del automóvil.

—Está bien... De acuerdo... Espero que me mantenga informada, doctor. Ahora, si me disculpa, me voy con mi padre.

Carolina arrastró los pasos hacia el túnel de os curidad que había aparecido delante de ella y se adentró en él para protegerse del mundo e intentar disipar por unas horas, bajo el arrullo de su padre, la pesadilla en la que acababa de convertirse su vida.

Cuando Carolina despertó por la mañana en el in cómodo sillón azul de piel sintética que se adhería a su cuerpo como una pegatina, Zacarías no estaba tumbado en su cama. Serían poco más de las siete de la mañana y el fresco aire matutino se colaba por la ventana entornada de la habitación de hospital. Pa sados poco más de dos minutos, cuando realmente comenzó a ser consciente de que su padre no estaba, se oyó la cisterna del cuarto de baño y se abrió la puerta.

—¡Buenos días, hija! —saludó Zacarías de muy buen humor—. Perdona, ¿te he despertado?

—No, no, qué va, papá. Buenos días —dijo bos teizando mientras se levantaba para darle un beso a su padre—. Casi no he pegado ojo... —dijo derra mando las primeras lágrimas del día.

—¡Ay hija! ¡Cuánto lo siento! Pero bueno, podría haber sido peor..., podría haber muerto yo también,

¡y mírame! ¡Estoy como una rosa!

—Qué cosas tienes... —respondió Carolina con una media sonrisa.

Conocía el humor de su padre y sabía que sus palabras eran solo para animarla, aunque no fueran las más acertadas.

—Por cierto, papá, no me has dicho si al final ga naste el torneo de ajedrez —dijo Carolina en un in tento fallido de pensar en otra cosa.

—¡La duda ofende! ¡Claro que gané! ¡Qué te es perabas! —respondió Zacarías entusiasmado.

Carolina sonrió a su padre y salió de la habita ción para estirar un poco las piernas y buscar una máquina de café. Justo al salir, de pie junto al puesto de enfermería, vio la silueta de espaldas de Cristina Expósito.

—¡Eh, tú! ¿Qué haces aquí?

—Caro..., lo siento mucho —dijo Cris, visible mente afectada por la muerte de su exmarido.

—¿Tú qué vas a sentir? Estarás más que con tenta, no vas a tener que volver a ver a Julián en tu vida, justo lo que tú querías —atacó Carolina.

—¿Pero qué estás diciendo? Julián era el padre de mis hijos, y pese a nuestras diferencias, todavía formaba parte de mi vida.

—Eres una hipócrita y una mentirosa.

—Realmente no sé cómo puedes estar hablán dome así, después de lo que ha pasado. Julián ha muerto, Carolina, deberíamos de apoyarnos la una en la otra.

—¡Ah! ¿Que ahora quieres que seamos amigui tas?

—No, no quiero que seamos amigas. En fin, de jémoslo.

—No, no lo deajo. Aún no me has respondido, ¿qué haces aquí?

—He venido a ver si se sabía algo ya de la autopista. El doctor me dijo ayer que hoy ya se sabría algo.

—¿A las siete de la mañana?

—No podía dormir, aunque tampoco creo que tenga que darte explicaciones acerca de lo que hago o de lo que dejo de hacer.

—¡Oh! ¿Te pones chulita?

—Mira, hazte un favor a ti misma, y déjame en paz —cortó finalmente Cristina, intentando justificar la actitud de Carolina por el shock sufrido tras enterarse del accidente.

Desde que salía con Julián habían tenido una relación cordial en las contadas ocasiones en las que se habían tenido que ver. Decidió pasarle por alto la situación que acaba de presenciar y se giró sin darle más explicaciones.

—¡Un momento! ¿Qué piensas hacer con los perros?

—¿Yo? ¿No me acabas de decir que yo no pinto nada aquí? ¿Por qué iba a tener que hacerme cargo de algo que era de Julián?

—Porque si no te haces cargo tú, acabarán muertos —chantajeó Carolina—. Están en la perrera, tú sabrás.

Realmente Carolina no deseaba la muerte de los cuatro pastores alemanes que iban en el remolque del coche, pero sabía que si hacía sentir mal a Cristina solucionaría el problema. Ella ahora no tenía tiempo para hacerse cargo de eso, y se sentía responsable de la vida de los perros sabiendo que corrían peligro.

—Creo que deberías pedir una cita con el psiquiatra, estás perdiendo la cabeza —dijo Cristina, asumiendo internamente que acabaría yendo a por los perros. No por Carolina, si no por Julián.

No se dijeron nada más. Carolina, con el cabreo recorriendo su sangre y con las lágrimas enturbiando su mirada, retomó la búsqueda de la máquina de café. Encontró una a final del pasillo, donde estaba el doctor Cabeza, vestido ya de ropa de calle, sin el pijama y la bata, recogiendo un vaso caliente y llevándose a los labios.

—Buenos días, doctor.

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra hoy? ¿Me  
jor?

—No, diría que bastante peor, estoy empezando  
a asimilarlo. ¿Se sabe algo nuevo?

—Por ahora lo único que sabemos es que los pasajeros del coche se han intoxicado con monóxido de carbono. Probablemente Julián murió precisamente por eso, y no por el impacto del accidente, pero está aún por confirmar. En cuanto a los tres pasajeros en coma, están siendo tratados con oxígeno a alto flujo, y esperamos que despierten en las próximas horas. Su padre ya lo sabe, ha pasado la noche estable y sin signo alguno de intoxicación. Mañana tendremos el informe definitivo, espero, con todos los detalles.

—Y si están todos intoxicados, ¿por qué ha muerto solo Julián?

—Probablemente estaría más cerca de la fuga por la que se introdujo el monóxido de carbono en el coche, pero ya le digo, son solo conjeturas. Espero poder decirle mañana algo más seguro. Y ahora, si me disculpa, me voy a casa, que ya es hora. Nos veremos mañana. Intente descansar.

—Gracias, doctor.

Carolina dio media vuelta para volver con su padre, habiendo olvidado el café por completo y en simismada en sus pensamientos. Lo que acababa de contarle el médico no lo



llegaba a comprender del todo, ¿cómo podía estar su padre perfectamente y Julián muerto si estaban ambos en el mismo coche? Un escalofrío recorrió su cuerpo y cuando fijó su vista al frente, Cristina Expósito ya no estaba.

Habían pasado tres días desde el accidente cuando Amelia Riquelme volvió a abrir los ojos. Al hacerlo tan solo vio el blanco de las paredes que la cegó durante los primeros minutos. Observó cada rincón de la habitación, tan vacío y silencioso. Paseó su mirada por la estancia mientras su mente intentaba ponerse en marcha sin éxito alguno. Tras analizar su entorno se miró a sí misma, sus brazos, su vientre, sus piernas, con heridas que no se explicaba y cables conectados a su cuerpo sin entender el porqué. Tocó con suavidad su rostro intentando adivinar dónde estaban situados sus ojos, su nariz, su boca. Al hacerlo notó cómo sus mejillas estaban húmedas a consecuencia de las lágrimas que no podía dejar de derramar y comenzó a sentir el pánico tomar protagonismo poco a poco de la situación. El pulso se le aceleró y el llanto se hizo incontrolable.

Intentó incorporarse, pero no tenía fuerzas para realizar ningún movimiento, y el dolor se hacía palpante a medida que iba adquiriendo consciencia de la situación.

—¿Hola? —dijo, sin obtener respuesta—. ¿Hay alguien? —gritó en un tono más alto—. ¡Por favor!

A pesar de que la enfermera no tardó más de treinta segundos en entrar en la habitación, para Amelia fueron como horas, sintiendo cómo se hundía sin remedio en un pozo de oscuridad y tinieblas, mientras se consumía su cuerpo entre el sudor y las sábanas. Cuando creyó que volvería a perder el sentido, una mujer vestida de blanco entró en la habitación, con una sonrisa tan enorme y llamativa como sus ojos. Amelia sintió un poco de miedo al verla, una persona tan feliz y radiante en lo que parecía un hospital no podía indicar nada bueno.

—Buenos días, Amelia, ¿cómo te encuentras?

—dijo la enfermera, con una voz aterciopelada con la que parecía acariciar el aire frío que la rodeaba.

—¿Amelia? —preguntó confundida.

—Sí, Amelia. ¿Es tu nombre?

—¿Amelia? No..., no lo sé. No lo recuerdo —dijo con una voz casi imperceptible.

—Amelia Riquelme —confirmó la enfermera.

—¿Riquelme? —repitió con la voz quebrada.

—Venga, guapa, tranquilízate. Has tenido un accidente, es normal que ahora estés confundida.

—¿Un accidente? ¿Cómo que un accidente? ¿Qué me ha pasado? —Cada palabra que decía la enfermera se clavaba en el estómago de Amelia como pequeños alfileres, causándole un dolor que nunca antes había sentido.

—Un accidente de coche, pero no hagas esfuerzos, tranquila. Voy a decirle al doctor que te has despertado, vuelvo enseguida, estate tranquila, tranquila. —Cuanto más veces lo decía, más nerviosa se sentía Amelia, con ese tono forzado nada tranquilizador que la desquiciaba aún más.

—Quiero levantarme.

—Espera, espera. Vuelvo en dos minutos. Relájate.

«¿Amelia?», se preguntó a sí misma sin reconocerse tras ese nombre. Entonces comenzó a esforzarse por recordar quién era, o el supuesto accidente que la había llevado hasta allí, pero en su mente solo encontró el vacío. Siguió llorando sin más reacción, esperando una respuesta que la calmara y la ayudara a responder a las preguntas que se iba haciendo a medida que transcurrían

los eternos dos minutos que le había prometido la enfermera de ojos saltones y sonrisa de gato.

Cuando creyó que no podría esperar la llegada de alguien que le explicara qué estaba ocurriendo, entró junto a la misma mujer de antes un hombre que aparentaba serenidad, con el semblante en un gesto relajado y mirada profunda. Vestía un pantalón vaquero oscuro y una camisa gris debajo de la bata blanca que le confería el máximo respeto de todo el personal sanitario, acompañado, eso sí, del inseparable fonendoscopio alrededor del cuello.

—Hola, Amelia —dijo con tono familiar—, soy el doctor David Cabeza, traumatólogo de este hospital.

—¿Qué hospital es? ¿Cómo ocurrió el accidente?

¿Dónde? —las preguntas salían disparadas de la boca de Amelia, una detrás de otra sin esperar una respuesta para formular la siguiente.

—Intenta tranquilizarte. Voy a responder a todas tus preguntas, pero quiero que estés tranquila. Es normal que no recuerdes nada tras un accidente, no debes alterarte.

—¿Es normal no recordar mi nombre?

—En ocasiones sí, es normal.

—¿Cuánto puede durar?

—Unas horas, o unos días. No podemos saberlo, Amelia.

—Deje de llamarme así, por favor.

—¿Y cómo quieres que te llame?

Se hizo un silencio roto solo por los sollozos de la pobre Amelia, que se perdía cada vez más y más dentro de la oscuridad de su mente, tan vacía aún, tan impredecible.

—¿No hay nadie de mi familia? ¿Algún amigo?

—¿Recuerdas a alguien?

—No..., pero, ¿estoy sola? ¿No ha venido nadie?

—No estás sola, han pasado estos días contigo tus padres, probablemente vuelvan dentro de un rato, y a lo mejor al verlos recuerdas algo. Y mientras tanto, lo mejor es que te dejemos descansar, estás muy nerviosa, vamos a ponerte un sedante suave para que te quedes más tranquila.

—No, no quiero. Deseo estar despierta, por favor.

—Vas a estar despierta, pero más tranquila.

—No, estoy bien, de verdad —mintió—. Estoy mejor, y les agradecería que me dejaran sola un rato.

—Tutéame, Amelia. Vas a pasar aquí unos días, lo mejor será que cuentes conmigo como alguien de confianza. Llámanos en cualquier momento. Y ahora trata de descansar.

—Gracias, David.

Amelia se quedó inmóvil en la cama, sin capacidad de reacción, como si no fuera dueña de su cuerpo, con infinidad de preguntas y ninguna respuesta. El médico no le había transmitido demasiada confianza, no le había aclarado nada, y a pesar de eso se sentía un poco más tranquila. Giró la vista hacia la ventana y dejó pasar los minutos observando el intenso azul del cielo del mes de agosto, sin saber en qué ciudad estaba ni quién era. Cuando estaba a punto de quedarse dormida escuchó el sonido de una mujer carraspear en la puerta de su habitación.

—¿Hola? ¿Nos conocemos? —preguntó Amelia asustada, sin saber cuánto tiempo llevaba allí aquella mujer de ojeras negras y con el rostro roto en una mueca de sufrimiento constante.

—Siento molestarte. Mi nombre es Carolina Su reda. Mi padre y mi novio viajaban en el mismo coche que tú. Julián y Zacarías.

—Lo siento mucho, Carolina. Pero no recuerdo nada del accidente.

—¿Que no recuerdas nada? ¿Estás segura?

—preguntó Carolina, dudando de sus palabras.

—¿Cómo que si estoy segura? —inquirió Amelia, intentando descifrar en la expresión oscura de Carolina alguna razón para seguir hablando con ella—. Qué quieres.

—Respuestas. Mi novio ha muerto.

—Lo siento —dijo Amelia sin sentirlo lo más mínimo—. Y respuestas es algo que yo también estoy buscando, pero al parecer tengo que esperar a ver si recuerdo algo por mí misma. ¿Era yo amiga de tu novio? ¿O de tu padre?

—No lo sé, eso deberías de decírmelo tú

—insistió Carolina.

—Ya te he dicho que no recuerdo nada.

Entró de nuevo el doctor Cabeza en la habitación, esta vez parecía enfadado o molesto por algo que Amelia no comprendía.

—Carolina, ya sabes que no puedes estar aquí, ni hablar con ella. —El tono en el que esta vez hablaba el médico parecía propio de una persona completamente diferente a la que Amelia acababa de conocer.

—¿Qué ocurre, doctor?

—Nada de lo que tengas que preocuparte, Amelia. Descansa. —Desvió la mirada de nuevo hacia Carolina haciéndole un gesto cómplice que solo ellos podían entender.

Salieron de la habitación sin despedirse, y al abrir la puerta Amelia pudo ver lo que le pareció un policía esperando fuera, con la mirada inquisitiva fija en Carolina.

Carolina salió enfadada de la habitación de Amelia, con los puños cerrados apretando con fuerza sus uñas contra la palma de sus manos.

—¿Y si ha sido ella?

—Si ha sido ella o no, no es tarea tuya averi guarlo, para eso intervendrá la policía cuando los pacientes mejoren —respondió David, incómodo con la actitud de Carolina.

—Dice que no recuerda nada, pero seguro que miente...

—Eso tampoco es de tu incumbencia, Carolina.

—¡Han matado a Julián! Claro que me incumbe, puede haber sido cualquiera...

—Exacto. Cualquiera.

—¿Qué quieres decir?

—Absolutamente nada. Tan solo que te manten gas al margen y nos dejes trabajar, o me veré obli gado a prohibirte venir aquí.

—No puedes prohibirme estar con mi padre.

—Ponme a prueba.

Un día antes de que Amelia despertara del coma, ya habían salido a la luz las primeras investigaciones de la policía, así como el informe de la autopsia de Julián. Tal y como se sospechaba, Julián murió por in halación del monóxido de carbono liberado por la rejilla del aire acondicionado del coche del lado del conductor. Pero no por accidente. La información aportada por la policía hasta el momento indicaba que el motor había sido manipulado, y en él se había encontrado una válvula mariposa dispuesta de tal forma que introduciría el gas en el interior del coche en un momento determinado. La muerte de Julián había sido programada y el accidente tan solo aceleró el proceso y el momento de la liberación del monóxido de carbono. Tanto el coma de Amelia como los de Susi y Tomás habían sido inducidos por la intoxicación del mismo gas. Zacarías, pese a haberlo inhalado también, el haber llevado su ventanilla un poco bajada y gracias a la posición en la que le dejó el accidente antes de que llegara la ambulancia y lo sacaran de allí, pudo respirar el suficiente aire puro como para no padecer secuelas graves de la intoxicación. Ahora todos eran sospechosos, tanto los que viajaban dentro del coche como su entorno más cercano. Carolina, aterrada por ser sospechosa de matar a Julián y por estar involucrado su padre en todo esto por su culpa, solo tenía una misión: desenmascarar al asesino.

La tarde comenzó con el cielo encapotado y con el típico bochorno previo a una gran tormenta. Estaba siendo un verano atípico en Granada, más caluroso de lo habitual y con fuertes lluvias de poco más de dos minutos de duración.

Los ojos de Susi Fuentes deseaban volver a la vida, sus párpados temblaban intentando despegarse del largo sueño en el que se habían sumido sin fecha prevista para volver a despertar. Cuando sus oscuros ojos grisáceos volvieron a ver se encontraron con un espacio irreconocible. Susi parpadeó varias veces hasta que consiguió ver con claridad, y fue entonces cuando un torbellino de emociones y sensaciones comenzaron a recorrer su delgado cuerpo. Tensó todos sus músculos y buscó algo que pudiera reconocer. Entonces vio a una mujer sentada a su lado que estaba dormida, de unos cincuenta años, con una melena oscura que descansaba sobre sus hombros. Vestía de una forma que a Susi le pareció anticuada para una mujer de su edad, con un vestido verde aceituna por la rodilla y unas zapatillas de deporte típicas de alguien que nunca hace deporte: negras con un poco de cuña en el talón y un nudo en los cordones que se desataban con tan solo mirarlos.

—¿Oiga? ¡Despierte! —gritó Susi con tono estridente y nervioso.

La mujer despertó de un salto, con el corazón a mil por hora y la garganta completamente seca.

—¡Susana, hija! —dijo la señora con los ojos humedecidos mientras se abalanzaba hacia el cuerpo de la joven para abrazarla.

—¡Pero qué hace! ¡No me toque! ¡Socorro!

—gritó Susi de nuevo, deslizándose de los brazos de aquella mujer que se había lanzado sobre ella como si la conociera de algo.

—Pero Susana, cariño, soy yo... —la decepción tomó protagonismo en las palabras de la acompañante que no había dejado sola ni un instante a Susi.

—¿Tú? ¿Quién eres tú? ¿Dónde estoy? ¿Quién es Susana? ¡Ayuda, por favor!

Susi estaba atemorizada, se agitaba en la cama donde había descansado tres días seguidos y su mente le gritaba que saliera huyendo de aquel lugar, fuese cual fuese, pero sus pies no respondían, su cuerpo solo podía tensarse y temblar con ansiedad esperando algo o alguien que la calmara.

Se abrió entonces la puerta de forma brusca y entró una enfermera muy joven, con el pelo rubio y la piel morena.

—¿Qué ocurre? ¿Qué son esos gritos?

—¡Mi hija se ha despertado! Pero está muy nerviosa...

—¿Cómo que tu hija? Perdona, pero yo a esa señora no la conozco de nada. ¿Dónde estoy?

—Tranquila, estás en el hospital, has sufrido un accidente de tráfico, has estado unos días en estado comatoso, por eso ahora tienes que intentar relajarte y poco a poco te iré contando lo que ha ocurrido —decía suavemente la enfermera mientras se oían de fondo los suspiros y lamentos de la madre de Susi.

—¿Podría decirle a esta mujer que se fuera? ¡Me está poniendo histérica!

—¡A esta mujer, dice! Por Dios Santo, Susana, que soy tu madre...

—Por favor, Fernanda, salga un momento fuera, voy a hablar con su hija —pidió la enfermera en tono conciliador.

Esta salió hablando en voz baja con ella misma, quejándose de la situación, maldiciéndola, lamén tándose o rezando.

—¿Entonces es mi madre? —preguntó Susi cuando la puerta ya se había cerrado.

—Sí, lo es. Estás confundida ahora, es normal. Has estado tres días en coma y ahora tienes que reuperarte poco a poco.

—Me duele mucho la cabeza —se quejó, adqui riendo su estado de ánimo un poco más de aparente calma mientras las lágrimas corrían por sus mejillas como si estuvieran buscando el inmenso mar—, no recuerdo nada, ni mi nombre, ni a mi familia... Nada.

—Es normal... Tienes que dejar un poco de tiempo, y sobre todo intentar estar tranquila.

—¿Dónde estamos?

—En Granada. Vives aquí. El accidente ha tenido lugar a pocos kilómetros, os dirigáis a Madrid.

—¿Dirigáis? ¿Había alguien más?

—Ibais cinco personas en un coche compartido.

—¿Están bien los demás? ¿Recuerdan ellos algo?

¿Están vivos? ¡Oh, Dios mío! ¿Han muerto todos, verdad? ¿Conducía yo?

—Shhhh, tranquilízate. No conducías tú —al pronunciar estas palabras, el cuerpo de Susi se relajó ligeramente—, pero el conductor ha muerto. El co piloto está despierto desde el primer momento. Tú ibas sentada detrás, una de tus compañeras de viaje se ha despertado esta mañana y tampoco recuerda nada, y un hombre que también viajaba en la parte de atrás sigue inconsciente.

—Ha muerto un hombre... —se lamentó—.

¿Cómo fue el accidente?

—Mucha información por hoy, Susana, tienes que descansar. Tu madre está muy preocupada, en tiendo que es difícil estar con alguien a quien no re cuerdas, pero debes dejar que la gente que te quiere te cuide. Quizás ella te ayude a recordar.

—Quiero ver a esa otra mujer que ha despertado.

Quiero hablar con ella.

—No es posible ahora mismo. Trata de descansar, Susana. Y no tengas miedo, verás que es solo cuestión de días. —La enfermera se dirigió a la puerta mientras decía las últimas palabras sin mirar atrás—. En un rato vendrá el médico de guardia a verte.

Abrió la puerta y se marchó. Fernanda entró en la habitación como una bala y se sentó junto a su hija que se había quedado incorporada en la cama con la mirada fija al frente y sin expresión alguna en el ros tro.

Cristina y sus hijos acudieron a la perrera a recoger a los pastores alemanes unos días después del accidente. Loreto y Pablo no conseguían asimilar la muerte de su padre, y Cristina pensó que pasar un día entre animales los animaría un poco y les haría dejar de pensar en Julián durante unas horas.

Antes de salir de casa estuvieron buscando en internet un albergue al que poder llevar después a los perros para que vivieran felices durante el tiempo previo a que alguien los adoptara. Cristina nunca quiso tener una mascota en casa a pesar de la insistencia de sus hijos, porque sabía que acabaría siendo responsabilidad exclusivamente suya y no quería sacrificar momentos de su vida por tener que cuidar de un animal. Tras un rato de búsqueda exhaustiva encontraron el hogar idóneo, el albergue Dog House, situado en el Camino del Jueves, cerca del Hospital del Campus.

Tuvieron que llevar a los perros uno a uno desde la perrera hasta el albergue en el maletero. Tras cuatro viajes el olor del coche nunca volvería a ser el de antes, y los pelos adheridos a las paredes del maletero tardarían mucho tiempo en desaparecer.

En Dog House les atendió una joven chica morena, que con una mezcla de sentimientos contradictorios recibió a los perros con mucho amor.

Estaba feliz de poder ayudarlos, pero le apenaba que otros cuatro perros más se quedaran sin un hogar.

—Mamá, por favor, vamos a quedarnos con uno de los cachorros... —pidió Pablo, con ojitos vidriosos y sonrisa pícaro.

—Ya te he dicho que no, Pablo, ¿acaso vais a cuidarlo vosotros?

—¡Sí! ¡Te prometemos que sí! —respondieron los dos niños al unísono.

—Los tres sabemos que esa promesa os duraría dos días. Mi respuesta sigue siendo no.

Loreto y Pablo, decepcionados, agacharon la cabeza aceptando la decisión de su madre y se mantuvieron en silencio.

—¿Queréis ver dónde van a vivir los perros y quién va a ser su nueva familia mientras estén aquí?

—preguntó Vicky, la empleada del albergue, para animar a los niños.

—¡Sí! —gritó entusiasmado Pablo.

—Está bien, vamos —aceptó Cristina.

Entraron por una puerta metálica que daba acceso a la zona en la que vivían todos los perros. Algunos en amplios espacios individuales, que según les contó Vicky, eran las mascotas que estaban cuidando temporalmente, pues el albergue era también guardería para perros. Los niños saludaban con alegría a todos los animales con los que se iban encontrando, y acariciaban a través de las rejas las cabezas peludas de los felices caninos.

Al final de esa primera zona llegaron a otra puerta de hierro, tras la cual había una veintena de perros sueltos que corrieron hacia la entrada al ver la llegada de los humanos, dando brincos y ladrando suplicando ser los elegidos para ir a un nuevo hogar. Los niños saltaban también, riendo sin control al ver las piruetas de algunos perros. Pero Cristina había dejado de ver la camada para perder su mirada en la de un mestizo de Braco Alemán, de colores canela y blanco. El perro hizo un leve saludo cuando llegaron a verlos, pero viviendo esa situación día tras día, parecía haber asumido que aquel sería su casa toda su vida, y tras dar dos o tres saltos a modo de saludo, se



tumbó junto a sus compañeros de campamento, que seguían mostrando sus más divertidos encantos. Tumbado miraba con tristeza los ojos penetrantes de Cristina. Se sostuvieron la mirada unos segundos, hasta que el perro agachó la cabeza para echarse una de sus largas siestas.

—Todos estos perros son machos adultos, y durante el verano suelen estar aquí —explicó Vicky.

Era un espacio bastante amplio, donde los animales corrían y jugaban sin sentirse presos.

—Y ese de ahí, ¿cuánto tiempo lleva aquí?

—preguntó Cristina.

—¡Oh! Ese es *Boabdil*. Lleva viviendo aquí alrededor de un año y medio.

—¿Tanto tiempo? —se sorprendió Cristina.

—Sí, normalmente la gente adopta cachorros. Los perros con más de dos años suelen pasar aquí casi toda su vida.

—*Boabdil*...

—Sí..., le pusimos ese nombre porque lo encontramos vagando por los jardines de la Alhambra.

—¡*Boabdil*! —le gritó a modo de llamada Cristina. El perro levantó la cabeza y arrugó su frente. Miró de nuevo a Cristina y se levantó despacio. Se acercó moviendo el rabo a gran velocidad pero intentando aparentar calma y se dejó acariciar a través de las barras de hierro. Cristina tocó con suavidad sus ojos rasgados de terciopelo, y el perro, como si la conociera desde siempre, se sentó y la miró de nuevo, con cara de súplica pidiendo ser su nuevo compañero de vida.

Y sin entender cómo, pues Cristina nunca había tenido mascotas, se creó un lazo entre los dos, un sentimiento de complicidad y fidelidad mutua. Anidó en el corazón de Cristina un amor desconocido, puro, sin límites. Incondicional.

Madre e hijos volvieron a casa decaídos; los niños por haber abandonado allí a los pastores alemanes, y Cristina por sentir que dejaba allí a un perro al que había comenzado a querer.

Al día siguiente, Loreto y Pablo habían quedado con sus vecinos, tres hermanos de edades parecidas a las de ellos, para pasar la mañana jugando al *Super Mario Car* de la videoconsola. Cristina los dejó tranquila al cuidado de su madre, y tras darle infinidad de vueltas a su cabeza, cogió el coche rumbo al albergue Dog Hause.

—Buenos días, Vicky. Estuve aquí ayer, ¿te acuerdas?

—Sí, sí, claro que me acuerdo. ¡No me digas que te has arrepentido y que te llevas a uno de los cachos

rrros de Pastor Alemán para tus hijos! —dijo emocionado.

—Bueno..., no exactamente. Me gustaría adoptar a *Boabdil*.

—¿A *Boabdil*?

—Sí, no sé por qué, pero en cuanto lo vi...

—Se creó una conexión entre vosotros, ¿no es cierto? Es curioso cómo los animales son capaces de cambiar nuestra vida en un instante...

—No puedo explicar lo que siento...

—No te preocupes, te entiendo perfectamente.

—Y dime, ¿crees que es un buen perro para estar con los niños?

—*Boabdil* es un perro increíble, muy cariñoso y muy tranquilo. No deberías preocuparte por tus hijos, en unas horas se habrá convertido en su mejor amigo.

—Estupendo..., pues... ¿qué tengo que hacer?

Vicky, feliz por poder ofrecerle un hogar a unos de los perros que más tiempo llevaba viviendo en el albergue, le explicó las condiciones de la adopción, aclarándole que primero tenía que pasar un periodo de acogida para asegurarse que tanto el perro como la familia adoptante se sentían cómodos con el cambio.

Compró el pienso que estaba acostumbrado a comer, una correa y un arnés para poder llevarlo en el asiento de atrás del coche, y se marcharon, recuperando con esa inesperada adopción un poco de la felicidad que faltaba en la vida de Cristina desde hacía tantos años que había olvidado que esta es la vida que menos te lo esperas.

Pocas horas después de que lo hiciera Susi, despertó Tomás Iriarte, cuando el atardecer teñía de color coral las nubes que salpicaban el cielo. Abrió los ojos con inseguridad, sintiendo que quizás al hacerlo en contraría algo que lo asustara o algo que en realidad no deseaba ver. Y en cierto modo así fue. Encontró el vacío más enorme que jamás habría creído existir, un olvido infinito se abrió paso entre sus recuerdos que se desvanecían a la velocidad de la luz. Y como una ráfaga de tinieblas Tomás pudo vislumbrar el abismo al que se enfrentaba, con calma y con cautela comenzó a ser consciente de que la amnesia se había apoderado de su consciencia y que era víctima de un olvido forzado del que debía sentir terror. Pero no fue así.

Pausadamente miró a su alrededor y vio la sombra de una chica delgada observar la nada con la mirada perdida a través de la ventana. Intentó reconocer sin éxito aquella atractiva silueta que le acompañaba en su indefinida estancia que parecía la habitación de un hospital. La observó durante unos minutos, los movimientos de sus manos tocándose el pelo, limpiando sus lágrimas, secando el frío sudor de su frente. La observó deseando reconocer el oscuro y bello que salpicaba su espalda o el olor que sabía que debía estar oculto en algún remoto lugar de su mente. Pero no encontró nada en la superficie de sus pensamientos, y muchos menos en sus profundidades.

—Hola —dijo Tomás secamente y con voz ronca.

La chica se volvió como si acabara de oír la voz de un fantasma, con el vello erizado y la emoción mojando sus ojos.

—Cariño...

Tomás la miró extrañado, con el ceño fruncido intentando ver algo a través de esa mirada que quería decir tanto...

—Lo siento, pero quizás te has equivocado de persona —le dijo, sabiendo que no era cierto, pero queriendo creer que aquella mujer no le conocía de nada.

—Tomás, soy yo, Eva.

—¿Tomás?

—Tomás... —susurró ella, sintiendo que ya todo estaba perdido.

—Cuéntame qué ha pasado, por favor.

—Mejor voy a avisar a la enfermera —respondió abatida.

Eva salió de la habitación deseando huir dejando atrás todo lo que se le venía encima. «Ojalá yo también poco recordara nada», pensó.

Buscó a la enfermera en el estar, donde la encontró viendo un programa en la televisión acerca de crímenes y misterios sin resolver.

—Perdón, ¿se puede? —preguntó Eva, con la sensación de que molestaba a pesar de estar ha ciendo lo que debía.

—Un momento. Salgo enseguida.

Tardó más de diez minutos, probablemente es tuviera esperando a que acabara el programa o se resolviera el caso.

—¿Qué pasa? —dijo la enfermera mientras abría la puerta y se limpiaba restos de comida de la comisura de los labios.

—Tomás se ha despertado —dijo secamente.

—¡Y cómo no me lo dice antes! ¡Habría salido más rápido!

—Debería de haber salido rápido en cualquier caso.

—Es mi media hora de descanso, y eso es su grado, a no ser que haya alguna urgencia.

—Qué más da. No recuerda nada. Parece que se encuentra bien. Yo me voy a ir, para que estar aquí más tiempo si me mira como si fuera una desconocida.

—Lo más sensato es que se quede con él, eso podría ayudarle a recordar.

—Ni siquiera sé si él mismo querría recordarme. Prefiero irme, quizás regrese mañana, necesito ver las cosas desde otra perspectiva. De todas formas aquí está en buenas manos, espero. Tienen mi teléfono para cualquier cosa que puedan necesitar.

Y Eva se marchó a casa, sin saber qué decidiría hacer al día siguiente. A lo mejor esto era una señal de que definitivamente su relación tenía que acabar.

Habían tenido una relación tormentosa, de demasiadas idas y venidas, y más de una bronca con violencia por ambas partes. No se soportaban pero se habían querido mucho, como tantas parejas que no pueden remedio a esas situaciones que difícilmente tienen solución. Que Tomás no recordara quien era ella podría ayudarla a hacer borrón y cuenta nueva también, no quería luchar por salvar una relación ella sola, sobre todo una relación sin futuro. Necesitaba tiempo, y por una vez iba a tener de sobra.

Tomás esperaba tranquilo a que alguien entrara en la habitación, con la mirada perdida buscando en sus recuerdos algún ápice de su identidad, pero no encontraba nada, tan solo un vacío transparente y mucho, mucho silencio. «Cuánta paz», pensó. Sabía que tenía que sentir miedo por la situación, por no poder recordar quién era, quién era su supuesta novia, o qué hacía en aquel hospital. Pero nada de eso le preocupaba, tan solo dejó que la tranquilidad y la falta de preocupaciones se adhirieran con fuerza a su consciencia para permanecer en ella el máximo tiempo posible. Querría volver a recordar en algún momento, pero aún no. Cuántas personas darían cualquier cosa por olvidar sus miedos, sus malos recuerdos, su pasado. Tomás no sabía si hasta ahora había tenido o no una vida feliz, pero estaba seguro de que alguna preocupación y responsabilidad tenía, y por qué no vaciar la mente por un tiempo y descansar de todo.

Ensimismado en sus pensamientos vírgenes, no escuchó la puerta abrirse y se sobresaltó al oír una voz femenina a su lado.

—Buenas tardes, Tomás. Soy Mari Ángeles, la enfermera de tarde. ¿Cómo se encuentra?

—Pues... Francamente bien.

—Me ha dicho tu chica que no la ha reconocido, ¿recuerda algo?

—No, absolutamente nada.

—¿Nombre? ¿Edad? ¿Profesión?

—Nada. Solo sé que me llamo Tomás porque me lo acaba usted de decir, y mi chica, como usted la ha llamado. Por cierto, ¿dónde está?

—Se ha marchado. Estaba cansada, lleva aquí tres días esperando a que despierte.

—Y ahora que me he despertado, ¿se va?

—No se ha tomado muy bien que no la recuerde. Verá, cada persona es un mundo, no sabemos cómo vamos a reaccionar frente a las dificultades, y por lo que veo usted se lo está tomando muy bien...

—Un poco de descanso no le hace daño a nadie,

¿no? —dijo Tomás sonriendo—. Pero sí que quiero saber qué me ha traído a esta situación.

—Ha tenido un accidente, iba usted a Madrid en un coche compartido y el vehículo se ha salido de la carretera y... bueno, aquí está.

—¿Y cómo están el resto de pasajeros?

—Pues dos de ellos exactamente igual que usted, no recuerdan nada. El copiloto con algún rasguño, pero por lo demás estupendamente. Y el conductor..., el conductor ha muerto.

—Vaya..., qué tragedia. ¿Podría ver a alguno de ellos? Quizás sea bueno hablar con alguien en la misma situación que yo —propuso Tomás, sabiendo que la respuesta sería la negativa.

—Es mejor que hoy descanse, y mañana, cuando lleguen los doctores, valoren ellos qué es lo más adecuado. Ahora avisaré al neurólogo para que baje a verle. Mientras tanto intente estar tranquilo.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Mari Ángeles se marchó sin entender la reacción de Tomás. Pero como ella misma había dicho, cada persona es un mundo.

El día comenzó en el hospital con una mañana más tranquila de lo habitual, poco ajetreo y movimiento de personal sanitario y de familiares. Carolina llegó muy temprano, había decidido pasar la noche en el hotel Abades, un hotel de cuatro estrellas cercano al hospital. Así podría descansar bien, ya que los días que había dormido en el sillón de la habitación junto a su padre ya le pasaban factura en las cervicales. Reservó un par de noches, no creía que tardaran mucho en darle el alta a Zacarías y poder volver pronto a Madrid.

Al llegar a la puerta de la habitación del hospital, Carolina la encontró cerrada, y cuando se disponía a abrirla una auxiliar de enfermería le dijo desde el otro lado del pasillo que no podía pasar en ese momento, sin más explicación. Supuso que estaría la enfermera dentro y dio un paseo hasta la máquina de café. Tras tomarse un capuchino mientras disfrutaba de las fabulosas vistas que ofrecía el enorme ventanal del pasillo principal de la cuarta planta, volvió a intentar entrar en la habitación de su padre. Vio salir entonces al inspector jefe de la policía judicial que ya había realizado varias visitas al hospital durante los días previos para hablar con David Cabeza y otros médicos. Parecía que ya había

conseguido el permiso del doctor para hablar con su padre.

Entró nerviosa porque no sabía cómo encontraría a Zacarías.

—¡Papá! ¿Estás bien?

—Sí, hija, claro, como siempre —dijo en tono calmado Zacarías.

—He visto salir al policía, ¿qué te ha dicho?

—Me ha preguntado que qué recuerdo del accidente, de qué hablamos durante el breve trayecto, qué actitud tenían el resto de pasajeros..., ya sabes, Caro, lo típico...

—¿Y de Julián? ¿Qué te ha dicho de Julián?

—preguntó Carolina con insistencia.

—Pues más de lo mismo, hija. Preguntas están dar que no le van a ayudar para nada. Lo que sí me ha dicho y no te va a gustar ni un pelo es que no puedo irme de Granada hasta que se averigüe quién fue el responsable de la muerte de Julián, o al menos, hasta que se demuestre que yo no fui.

—¡Claro que tú no fuiste! ¡Pero cómo pueden pensar que tú...!

—Hija mía, pareces nueva... Todos somos sospechosos ahora, con la desventaja añadida de que yo soy el único que mantiene sus recuerdos intactos..., ¡qué ironía! El más viejo...

—¿Ha despertado ya Tomás Iriarte?

—Sí, anoche. Y amnésico total...

—Tranquilo papá..., esto se solucionará rápido, ya lo verás.

—Rápido o no, nos quedan unos días en Granada, tendremos que buscar dónde alojarnos cuando me den el alta, que no creo que tarden mucho.

—¿Te ha dicho algo David?

—¡Uy, David! ¡Vaya confianzas! —dijo Zacarías con sorna—. Aún no me ha dicho nada, ahora tenían sesión clínica, como cada mañana. Se pasará más tarde, pero yo me encuentro mejor que nunca, y tengo unas ganas tremendas de salir de aquí...

—Bueno, papá, paciencia. Voy a salir a ver si puedo hablar con alguien que me aclare algo más acerca de cómo van las cosas...

—No te metas en líos, Carolina, que demasiado tenemos ya con lo que tenemos...

—Tranquilo, vuelvo dentro de un ratito, des cansa.

Carolina besó a su padre en la frente y salió en busca del policía. Salió al pasillo principal al no verlo en la puerta y lo encontró tomando un café en el mismo lugar donde había estado ella minutos antes.

—Buenos días, soy Carolina Sureda, la hija de Zacarías, y su abogada.

—Álvaro Caballero —respondió mientras le es trechaba la mano a Carolina con el rostro serio y la mirada impenetrable.

—Mi padre no mató a Julián.

—¿No? Tengo entendido que Julián Salcedo era su novio, ¿no es así?

—¿Y?

—¿Tenían una buena relación de pareja?

—¿Qué tiene eso que ver? ¿Y qué me está que riendo decir? Mi padre ni siquiera sabía que el hombre con el que viajaba era mi novio...

—¿Y cómo puede estar tan segura de eso?

—¡Yo misma le contraté el viaje! —dijo Carolina con el tono de voz cada vez más elevado.

—Pero no se ponga nerviosa, señorita Sureda.

—No estoy nerviosa. Estoy completamente segura de que mi padre es inocente.

—¿Y lo es usted?

—¿Yo? ¡Por supuesto que sí! Yo quería a Julián...

—declaró bajando el tono y arrastrando las palmas— Además, yo nunca pondría en riesgo la vida de mi padre.

—Entonces no tiene por qué preocuparse. Qué dese tranquila y deje el asunto en mis manos.

Carolina sabía que no tenía por qué haber hablado con él. Lo miró con seriedad y antes de irse dio media vuelta y se marchó, sabiendo que si seguían hablando podría acabar diciendo algo que la perjudicara tanto a ella como a su padre.



A la sesión clínica de aquella mañana acudieron pocos médicos, tan solo David Cabeza y Carmen Guzmán como adjuntos, de traumatología y neurología respectivamente, y algunos residentes, los pocos que no estaban de vacaciones.

Trataron los casos de amnesia postexposición al monóxido de carbono, algo que no es especialmente frecuente y que les era difícil de asimilar que tres de los cuatro supervivientes al accidente la estuvieran sufriendo.

—Puede llegar a ser normal el periodo comatoso de dos días de duración tras la intoxicación por el gas —aclaró la doctora Guzmán—, y las complicaciones asociadas al despertar como residuos de cefalea, la confusión mental acompañada de amnesia, que puede durar entre dos y cuarenta días, fatiga y obnubilación. Pero la pérdida total de memoria en tres de cuatro casos, es cuanto menos sorprendente. Pero parece que la única explicación se atribuye al monóxido de carbono y al posible shock por el accidente.

—¿Y qué hacemos ahora? ¿Esperar a que recuerden algo? —preguntó uno de los residentes de neurología, con cara de preocupación desde que entró en la sala de reuniones y con la clara sensación de no saber cómo tendría que actuar en una situación así si tuviera que enfrentarse él solo, como ya le había ocurrido en otras ocasiones a muchos de sus compañeros.

—Por mi parte se encuentran bien, como para darles el alta —aclaró el doctor Cabeza—, las lesiones sufridas no han sido muy graves y estarán mejor en un lugar más cómodo. Ya todo depende de ti, Carmen.

—Antes tenemos que decidir el momento oportuno en el que permitir al inspector jefe de la Policía Judicial hablar con ellos. No hace más que rondar por los pasillos esperando luz verde por nuestra parte, pero me asusta cómo les puede afectar a los pacientes saber que son sospechosos de asesinato sin que recuerden absolutamente nada de su pasado. Yo pienso que él no cree en nuestro juicio clínico, y está deseando hincarles el diente —respondió la doctora Guzmán.

—Podemos dejar que hable con ellos hoy. Si no sufren ninguna reacción fuera de lo que podríamos denominar normal, les damos el alta mañana —dijo un residente de psiquiatría de cuarto año que había estado absolutamente toda la conversación en una libreta tamaño A4.

—Sí, quizás sea lo más apropiado —observó la doctora Guzmán—. Y cuando el inspector vea que no saca nada en claro de ellos, desaparecerá de aquí y nos dejará trabajar con más libertad, que es incómodo tener su mirada adherida a cada paso que damos. Yo personalmente no lo soporto. Su carácter agrio y malhumorado, su aspecto inhumano, su seriedad constante. Cuanto antes nos lo quitemos de encima mejor para todos.

—Estoy de acuerdo contigo, Carmen —sentenció el doctor Cabeza—. Estupendo, quedamos en eso. Yo hablaré con él y le diré que puede entrar a hablar con ellos. Ten el busca a mano —le dijo a la doctora Guzmán—, no sabemos en qué momento podremos necesitarte.

—Por supuesto, David. Llámame en cuanto las cosas se pongan un poco feas. Estaré pendiente.

Cuando dieron por finalizada la sesión los residentes se fueron a desayunar, como cada mañana, a la cafetería para el personal situada en la octava planta. Comentaron los casos, cada uno desde sus respectivos puntos de vista en base a la especialidad que ejercían, mientras disfrutaban de unas deliciosas tostadas y unos cafés bien cargados para afrontar el día que les

esperaba. Disfrutaron de los primeros rayos de sol que aún no proporcionaban demasiado calor en la terraza, desde la que podía verse el heli puerto del hospital y desde donde de vez en cuando podían disfrutar de algunos despegues que sin re paro grababan con sus teléfonos móviles.

El inspector Álvaro Caballero esperaba paciente mente sentado en una de las sillas desde las ocho de la mañana, con la mirada fija en las puertas cerradas de las habitaciones de Susi, Tomás y Amelia. El doctor Cabeza se acercó a él para darle las nuevas noticias.

—Buenos días, inspector —saludó David.

—Buenos días, doctor. ¿Novedades? —preguntó Álvaro con un tono que presionaba a David a darle una respuesta afirmativa incluso si no hubieran lle gado a ese acuerdo durante la sesión.

—Sí..., los pacientes están estables clínicamente, con el único síntoma preocupante de la pérdida de memoria. Por nuestra parte puede entrar a hablar con ellos a lo largo de la mañana. Pero yo entraré con usted —puso David como condición.

—Me temo que eso no es posible, los interrogato rios deben ser necesariamente entre ellos y yo, sin testigos —respondió tajante el inspector.

—En ese caso las puertas de las habitaciones permanecerán abiertas, y una enfermera entrará cada cierto tiempo para ver el estado de los pacientes. No es conveniente que se alteren mucho, puede afectar les a su perfil psicológico de manera imprevisible.

—De acuerdo. ¿Por dónde puedo empezar?

—Pues si le parece bien, por Amelia Riquelme, que es la primera que despertó, y quizás sea la que más tiempo haya tenido para asimilar la situación.

—Perfecto.

El inspector se dirigió con paso firme a la habita ción de Amelia, llamó con los nudillos con dos gol pes secos, y entró.

David observó cómo entraba y temió por la inestabilidad emocional que pudiera sufrir la pa ciente. No le gustaba Álvaro, actuaba como si dudara de su profesionalidad y no creyera que la pérdida de memoria que habían sufrido los pacientes fuera real. Y que dudaran de él era algo que no toleraba en absoluto.

Amelia no había pegado ojo en toda la noche, tan solo alguna cabezada de la que se despertaba sobre saltada por las dudas y la angustia. Tenía el estómago cerrado y no tomó nada en el desayuno a excepción de un vaso de zumo de naranja. Había visto a los que decían ser sus padres la tarde anterior, pero eso le produjo aún más miedo e inseguridad, no podía sentir aprecio ni cariño hacia alguien que en realidad no conocía. Tomó un papel amable y cordial durante una hora para a continuación pedirles que se marcharan. Les dijo que necesitaba estar sola, que la situación la desbordaba y quería buscar en su memoria algún recuerdo que la despertara de esa pesadilla. Cuando escuchó cómo alguien llamaba a la puerta pensó que serían ellos otra vez y una sensación de pereza le presionó el pecho durante los segundos previos a que la puerta se abriera.

No eran sus padres. Era el mismo hombre que había visto fuera de la habitación el día de antes, justo después de hablar con Carolina, un hombre de mediana edad, sin pelo, con sobrepeso y con el semblante serio. La miró fijamente sin pronunciar una sola palabra durante dos minutos, mientras Amelia miraba a todos lados excepto a sus ojos. Sabía que era policía, era imposible que no lo fuera, con el cuerpo erguido en una posición autoritaria y dominante.

—Encantado de conocerla Amelia, soy el inspector Álvaro Caballero. Me gustaría hablar con usted acerca de algunos aspectos relacionados con el accidente —dijo por fin rompiendo el silencio.

—Supongo que ya le habrán dicho que no recuerdo nada.

—Sí, sí. Estoy al tanto. Pero me gustaría tener un juicio propio de la situación —dijo el inspector con una media sonrisa.

—Como quiera.

Tras otro leve silencio en el que los ojos del inspector buscaban algo que ni siquiera él sabía, volvió a enturbiar el aire con sus ásperas palabras.

—Dígame, Amelia. ¿A qué se dedica?

—No lo recuerdo —respondió en un susurro, pensando en que aquella conversación era completamente absurda.

—¿No le resultan familiares las vistas desde este mismo hospital? —insinuó el inspector.

—¿Este hospital? ¿Por qué? ¿Soy médico? ¿En ferretería? —preguntó Amelia con ansiedad.

—No, no, no. No dispare usted tan alto —dijo Álvaro con tono de superioridad—. Ha trabajado usted varios años como técnico de laboratorio. En este hospital estuvo tan solo unos meses. Hasta que no le renovaron el último contrato.

—¿Técnico de laboratorio? —pensó en voz alta Amelia. Le empezó a dar vueltas a lo que consistía aquella profesión y no encontró ningún motivo por el que elegir dedicarse a algo así. Analizar muestras biológicas..., sangre, orina, heces..., «qué asco»—. No lo recuerdo, lo siento, inspector.

—Está bien. ¿Y le dice algo el nombre de Julián Salcedo?

—No, pero ya me comentó algo su novia en la breve visita que me hizo ayer..., ha muerto, ¿no es cierto?

—Sí, ha muerto.

—Una desgracia, pero no entiendo por qué me lo pregunta. Está usted perdiendo el tiempo,

inspector.

—Estoy haciendo mi trabajo —contradijo el inspector Caballero—. Piense bien, por favor. Haga un esfuerzo. Julián Salcedo.

—Ya le he dicho que no lo recuerdo.

—Mire, era este —dijo el inspector mientras le enseñaba una fotografía.

—Vuelvo a repetirle que no. No sé si lo conocía o no. ¡No me acuerdo! —dijo Amelia, empezando a perder un poco los nervios.

—Ajam... —Álvaro parecía tomar apuntes mentales sobre algo que Amelia desconocía, porque no le había dicho absolutamente nada relevante ni importante.

Volvió de nuevo el silencio interminable, las miradas fijas en algún punto imaginario desde el que poder adivinar, quizás, lo que sucedió aquel día.

—¿Qué está intentando que le diga? Fue un accidente, ¿no? —preguntó esperanzada.

—Fue un accidente, sí. Pero la muerte de Julián no. Fue algo que estaba programado para unas horas más tarde, pero el accidente aceleró el proceso. Por eso me gustaría que se quedara con la fotografía y que pensara durante las próximas horas acerca de este hecho e intente recordar.

—Lo dice como si quisiera que recordara que yo lo he matado.

—Eso lo ha dicho usted.

—No. No —a Amelia le costaba asimilar las palabras que el inspector no decía, pero sí pensaba.

—La dejo descansar, Amelia. Piense. Recuerde. Y ya volveremos a hablar.

Álvaro se fue de la habitación con el mismo sigilo con el que entró, con pasos firmes pero suaves, calmados, seguros. Cerró la puerta que había permanecido abierta durante los escasos minutos que duró la conversación y la dejó allí, con la fotografía de un completo desconocido entre sus manos y con la sensación de tener que recordar un asesinato del que ahora ella era sospechosa.

Cuando el inspector jefe entró en la habitación de Susi Fuentes la encontró discutiendo con su madre. No habían logrado entenderse en el día que llevaban juntas, desde que había despertado del coma, y lo cierto era que Susi no soportaba que la que decía ser su madre estuviera allí con ella todo el tiempo. Nece sitaba un poco de espacio e intimidad para pensar en todo lo que le estaba sucediendo, pero Fernanda se negaba a marcharse de allí.

—¡Cómo voy a dejarte sola, Susana! Que tienes solo veintiún años —le decía a su hija.

—Como si tengo doce, por favor, Fernanda, dé jame sola...

—No sabes el daño que me haces hablándome así, hija mía.

—Y tú a mí justamente por lo mismo.

Entonces oyeron al inspector carraspear para hacerse notar e interrumpir la conversación. Las miró a ambas con aspecto firme, intentando encontrar en su actitud alguna pista.

—Buenos días, Susana. Soy el inspector Álvaro Caballero. Me gustaría hablar contigo.

—¡Genial! ¡Por fin un motivo para que esta mujer salga de la habitación aunque sean solo cinco minutos! —vociferó Susi, sabiendo que con sus palabras hería a su madre.

—Verás, eso no será necesario, lo siento. En tu caso me gustaría que tu madre estuviera también.

—Mi madre —dijo con tono irónico.

Fernanda sollozaba con ímpetu para manifestar su dolor, y lo exageraba aún más cuando había al quien más presente.

—¿Recuerdas algo del accidente, Susana?

—No, nada.

—¿Destacarías algún suceso importante acontecido en el último año? —Al hacer esta pregunta las lágrimas brotaron de los ojos de Fernanda, esta vez sinceras y llenas de una inmensa tristeza.

—Si recordara algo, podría contestarle, inspector

—respondió Susi.

—¿Te dice algo el nombre de Nicolás Trujillo?

—¿Por qué hace esto, inspector? —interrumpió Fernanda, con el alma cada vez más rota.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es Nicolás Trujillo?

¿Viajaba también en el coche?— preguntó nerviosa Susi, al ver el repentino cambio de actitud de Fernanda.

—No, no viajaba en el coche. ¿No lo recuerdas entonces?

—Ya le he dicho que no. ¿Qué ocurre? ¿He matado a alguien, verdad? El hombre que ha muerto en el accidente, ¿lo he matado yo?

—Nadie ha hablado de matar a nadie, Susana.

¿Por qué preguntas eso? ¿Acaso tenías tú algo que ver con Julián Salcedo?

—¡Aaah! ¡Por favor! ¡Hable claro! ¿Qué ocurre?

—la ansiedad de Susi se disparó con las preguntas acusadoras del inspector.

Al escuchar el nerviosismo de Susi, la enfermera entró en la habitación.

—Inspector, no puede alterar tanto a la paciente, ya escuchó lo que le dijo el doctor. Me temo que voy a tener que pedirle que salga de la habitación.

—Solo dos segundos, señorita —cortó Álvaro—. Susana, tranquila. Ha muerto el conductor del vehículo en el que viajabas cuando tuviste el accidente. Todo parece indicar que la muerte no ha sido en ningún caso accidental. Por eso dejaré que te calmes y volveremos a hablar en otro momento. Intenta descansar. Nos vemos, señora —dijo finalmente despidiéndose de Fernanda.

El inspector salió de la habitación satisfecho. Sabía que tarde o temprano recordarían algo, solo era cuestión de forzar la situación.

—¿Quién es Nicolás Trujillo? —le preguntó Susi a su madre.

—Shh, mejor descansa, cielo. Voy a salir a tomar el aire, te dejaré un rato sola como querías, quizás no sea tan mala idea después de todo. Cuando vuelva me quedaré fuera, si me necesitas, estaré al otro lado de la puerta. Te quiero.

Fernanda salió con la tristeza arañando el horrible dolor que sentía. No había pensado en la reciente muerte de su padre desde que Susi había tenido el accidente y volver a escuchar su nombre en una situación como aquella le desgarró el alma. Salió del hospital para dar un paseo por la zona, y a pesar del inmenso sol que derretía el asfalto, ella tan solo sintió frío.

Álvaro entró en la habitación del último sospechoso: Tomás Iriarte. Lo encontró asomado a la ventana, de espaldas a la puerta, en una postura relajada y tranquila. Sonaba un hilo de música casi imperceptible, que parecía una reproducción de algún audio de YouTube de música de meditación.

—Muy Buenas, Tomás. Siento interrumpirle.

Tomás se sobresaltó al oír la voz del inspector para después corresponderle al saludo con una sonrisa.

—Soy Álvaro Caballero, inspector jefe de la Policía Judicial. Vengo a hablar con usted acerca de la muerte de Julián Salcedo.

—Supongo que estará al corriente de que no podré serle de gran ayuda puesto que no recuerdo nada —respondió Tomás, manteniendo la sonrisa.

—Bueno, para eso estoy aquí, para ayudarle a recordar con algunas preguntas.

—De acuerdo, pues usted dirá —respondió Tomás mientras caminaba hacia la cama y se sentaba en ella para el absurdo interrogatorio.

—¿A qué se dedicaba usted antes del accidente?

¿Lo recuerda?

—Pues la verdad es que no. Aunque si tuviera que elegir una profesión no sería ni médico ni policía..., son ustedes todos muy serios.

—¿Podría decirme qué es una electroválvula?

—preguntó el inspector omitiendo el comentario de Tomás.

—¿Electroválvula? —hizo un gesto como si estuviera pensando seriamente y haciendo esfuerzos por recordar algo—. Lo siento, pero ni la menor idea...

—¿Quién es Eva? —El inspector estaba utilizando el mismo método en todos los interrogatorios, disparando unas preguntas que sabía que no le responderían, pero que permanecerían en los pensamientos de los acusados.

—Pues a eso sí que puedo responderle, pero no porque la recuerde, si no porque estaba aquí cuando desperté. Al parecer era mi novia, pero mucho no me quería porque en cuanto vio que no me acordaba de ella se fue y no ha vuelto por aquí...

—¿Y no la reconoció al verla?

—No, qué va.

—¿Y reconoce a este hombre? —preguntó Álvaro mostrándole una foto de Julián.

—Tampoco, ¿quién es?

—Era. Julián Salcedo. El conductor del coche donde viajaba.

—Y por lo que puedo intuir no ha sido una muerte accidental, ¿no? Con tanta pregunta y tanto misterio... Siento decirle que creo que está perdiendo el tiempo hablando conmigo, porque no recuerdo nada de nada, y me gustaría estar tranquilo no pensando en absolutamente nada, hasta que de nuevo los recuerdos inunden mi vida y pierda el control sobre ella.

—Se ha tomado usted con mucha calma eso de estar amnésico. ¿No estará mintiendo? —inquirió el inspector.

—¿Mentir? ¿Y por qué iba a mentir?

—Para ocultar un asesinato.

—¡Ah! ¿Que soy sospechoso?

—Con lo listo que parecía usted se ha dado cuenta un poco tarde, ¿no?

—Es porque no habla con claridad, siento decirle. Pero en cualquier caso nada cambia las cosas, sigo sin recordar nada y sin poder ayudarle.

—Por ahora, señor Iriarte. En fin, no le molesto más. Estaremos en contacto. E intente averiguar qué es una electroválvula, ¿de acuerdo?

—A sus órdenes —respondió Tomás en tono de burla.

«Sospechoso de asesinato. Si ni siquiera sé quién soy, qué tontería», pensó, «quizás sea divertido, después de todo».



Cristina Expósito no podía quitarse de la cabeza la visita que recibió del inspector de policía el día anterior. Comenzó con una conversación en la que él intentaba forzarla a que reconociera algo que ella desconocía. Inundó sus oídos y su mente de preguntas personales a las que no quería responder pero se sentía presionada por su mirada de lobo. Le habló de su vida en pareja, de cómo empezó y de cómo se fue deteriorando hasta el irremediable divorcio. Habló de la familia cercana de ambos, de amigos y enemigos. Cristina estaba asustada pero se mantuvo firme en todo momento, con la cabeza bien alta, sabiendo que no tenía nada que esconder. Ella no había hecho nada malo, y no tenía ni la menor idea de quién podría querer hacerle daño a Julián.

Durante la conversación se sirvieron un café, un vaso solo con hielo y Cristina una leche manchada. Ella no bebió ni un sorbo, a pesar de haberse echado muy poco café sabía que le afectaría poniéndola más nerviosa de lo que ya estaba.

Se le hicieron los minutos eternos pese a que la conversación fue fluida y sin pausas incómodas, pero necesitaba que el inspector se fuera de su casa para poder olvidar todo aquello.

—La noto nerviosa, señora. Puede estar tranquila

—le dijo casi concluyendo la conversación.

—¿Y cómo debería de estar? Siento que me está acusando de estar involucrada de la muerte de mi marido.

—Exmarido, ¿no?

—Sí, sí. Exmarido. Dígame qué espera de mí

—dijo Cristina con tono de súplica.

—Nada, solo hablar tranquilamente, tal y como hemos hecho hasta ahora. Ya estamos terminando, no se preocupe. Una última pregunta, si me lo permite.

—Sí, claro. Adelante.

—¿Conocía a alguno de los pasajeros que viajaban en el coche de Julián?

—No, a ninguno.

—¿Y nunca le habló Julián de ninguno de ellos?

—Que yo recuerde, no.

—Intente hacer un esfuerzo, es muy importante. Verá, hemos encontrado algo que nos ha revelado que el responsable de la muerte de Julián viajaba dentro del coche.

Al decir esto, Cristina se relajó, sintiéndose libre de todo tipo de acusación. Aunque le había dado la impresión de ser sospechosa del asesinato de Julián, habían sido solo suposiciones suyas. O probable mente la errónea interpretación fue a causa del tono que utilizaba el inspector en cada pregunta, tan serio, tan oscuro.

—¿El qué? ¿Qué sentido puede tener? ¡Podrían haber muerto todos! —dijo ella, muy nerviosa y con fundida.

—Bueno, sí y no. El accidente fue realmente un accidente, Julián perdió el control del vehículo y cuando quiso recuperar la dirección fue demasiado tarde. Lo que ocurre es que alguien colocó en el motor una válvula especial, controlada por un mando por control remoto que al activarlo desencadenaría la liberación de monóxido de carbono por las ranuras del aire acondicionado del lado del conductor. Al ocurrir el accidente el gas se liberó por el impacto, pero no eran esas las intenciones del asesino. Y bueno, hemos encontrado el mando en el lugar del accidente, pero por el momento ignoramos a quién le pertenecía.

Cristina escuchaba las palabras de Álvaro como si estuvieran taladrándose dentro de su cabeza. En traban una a una introduciéndose a conciencia en un lugar privilegiado reservado para aceptar golpes difíciles de asimilar. Aún no había llegado a aceptar del todo la muerte de su exmarido, como para tener que aceptar también que fuera a causa de un asesinato. Miraba atónita al inspector mientras hablaba. Su rostro reflejaba sin lugar a dudas su inocencia y desconocimiento de las circunstancias, aunque además nada podía probar que ella estuviera involucrada en algo así.

Álvaro se marchó, no sin antes acabarse su café solo de un trago, dando las gracias a Cristina por su tiempo y quedando a su disposición ante cualquier cosa que pudiera recordar.

A pesar de que ya habían pasado varias horas desde aquella conversación, Cristina no podía dejar de pensar en qué podría haber hecho Julián como para que alguien deseara su muerte. Había convivido con él muchos años, habían compartido muchos momentos y a pesar de no haber funcionado como pareja, no creía que fuera un mal hombre. Al menos no hasta el punto de que alguien deseara su muerte.

Y sin saber por qué, o quizás queriendo buscar estar más cerca de Julián y despedirse del que le regaló los dos tesoros más maravillosos de su vida, y sin más equipaje que sus llaves y su cartera, cogió el coche, y junto a la única compañía de Boabdil, su ahora inseparable perro, bajó a

Calahonda, y recor dando momentos amargos en aquella playa que tanto la ahogó entonces, encontró un momento dulce y un nuevo lugar donde refugiarse.

Tras dos días más en el hospital, en los que la evolución de los cuatro supervivientes del accidente estaba estable y sin cambios aparentes, David Cabeza y Carmen Guzmán decidieron darles el alta y enviarlos a casa a que retomaran su vida rutinaria en la medida de lo posible, para intentar recobrar la memoria. Zacarías no podría volver a Madrid hasta que no se resolviera el caso, así que se instalaría en el hotel que tenía reservado Carolina más días de los que les habría gustado a ambos.

—¡Buenos días, Zacarías! —dijo de muy buen humor David cuando entró en la habitación del paciente—. Hola, Carolina.

—Bueno, doctor, ¿puedo irme ya? —preguntó Zacarías—, que no es que aquí no me esté tratando usted bien, que no me quejo en absoluto, pero ya sabe que en los hospitales solo se cogen cosas malas...

—¡Ande, ande! ¡Que yo llevo aquí muchos años trabajando y estoy como una rosa!

—Pero eso es porque tú estás en la flor de la vida, ¡y nunca mejor dicho!

—¡Ay, Zacarías! Le voy a echar de menos...

—¿Eso significa que puedo volver a casa?

—Significa que puede irse del hospital, le vamos a dar el alta médica, pero ya sabe que tendrá que quedarse en Granada hasta que el inspector le diga lo contrario.

—Entonces me quedo mejor aquí, ¡que los hoteles están muy caros!

—Qué cosas tiene, Zacarías... —dijo el doctor riendo mientras colocaba amistosamente su mano sobre los hombros del anciano.

Mientras transcurría la conversación, Carolina aprovechó para salir de la habitación, sabía que su padre tenía cuerda para rato, y que David aún tardaría unos minutos en salir. La sala de médicos estaría vacía a esas horas, unos estaban pasando sala, y con sulta otros. Pero Zacarías era el primer paciente que veía David esa mañana lo que significaba que acababa de salir del despacho. Carolina entró, tocó primero a la puerta con los nudillos para asegurarse que no había nadie dentro. Al no obtener respuesta giró el pomo y se asomó dentro. Tras confirmar que estaba vacío entró y cerró la puerta a sus espaldas.

Buscó con la mirada rápidamente los ordenadores, y tal y como esperaba estaban todos encendidos, y en el que el salvapantallas aún no había saltado permanecía abierta la sesión de David Cabeza. ¡Qué despiste por parte del doctor, y a la vez qué predecible! Encontró abiertos varios programas, y le costó identificar el de las historias clínicas, DIRAYA, pero cuando lo hizo, introdujo los nombres de los pacientes de los que deseaba obtener información, abrió su libreta nueva de Peppa Pig que había comprado en la tienda del hospital (la libreta más barata que encontró) y apuntó los datos que deseaba guardar y no olvidar. No le llevó más de cinco minutos, y en cuanto acabó, salió como un rayo del despacho y volvió a la habitación con su padre y con David, que tal y como había supuesto, seguía allí.

—... y tienes que buscar trabajo en Madrid, que es una ciudad con más posibilidades, Granada es un pueblucho y aquí no vas a crecer. Y créeme que yo tengo buen ojo y tú como médico vales mucho...

—Gracias, Zacarías..., pero le aseguro una cosa: los días que va a tener que pasar en Granada le harán cambiar de opinión en lo que a la ciudad se refiere. Aproveche para conocerla

un poco, y a sus ciudadanos.

—¿A los ciudadanos? Con la mala *follá* que tie nen... Que me monté el otro día en el autobús SN4 y el conductor no me dijo ni buenos días... ¿te lo pue des creer?

—¡Puedo creérmelo...! —respondió David en una carcajada—, dele una oportunidad a Granada, hágame caso. No se arrepentirá.

—Bueno, bueno..., cuando pueda volver a Madrid me pasará a buscarle para decirle que no tenía razón...

—Aquí estaré entonces, esperándole.

—Carolina, hija, ¡que nos podemos ir! Espero que hayas elegido un buen hotel...

—Les dejo entonces, familia —comenzó a despejarse David—, que recojan y que se marchen del hospital. Y ya sabe, Zacarías, aquí estoy para lo que necesite.

—Gracias, David.

—De nada, un placer. Adiós, Carolina. Mucha suerte.

—Igualmente —respondió ella seria y distante. Zacarías la miró con cara de pocos amigos.

—¿Pero a ti qué te pasa hoy, niña? ¿Te has le vantado con el pie izquierdo?

—No, papá, estoy bien, y feliz de que podamos irnos de aquí.

—A ti te pasa algo, que te conozco, ¡no ves que soy tu padre! ¿Qué pasa?

—Nada...

—Carolina. Mírame bien. Ni tú ni yo tenemos nada que ver con la muerte de Julián. Pasaremos unos días aquí, le haremos caso al doctor, nos lo tomaremos como unas vacaciones, y ya verás que dentro de nada podemos volver a casa —dijo Zacarías, intentando comprender el trago por el que estaba pasando su hija.

—Papá, no es por quedarme aquí, ni porque seamos o no sospechosos. Quiero saber quién mató a Julián. Necesito saberlo.

—Y lo sabremos, dale tiempo al inspector. Pero tú estate quieta y espera.

—No quiero esperar. Pienso descubrir quién fue. Zacarías negó con la cabeza y murmuró algo para sí. Carolina miró a su padre sonriendo y pensando en que al menos lo tenía a él. La ayudaría, y sabía que juntos resolverían el caso antes que el inspector Álvaro Caballero.

Esa mañana le dieron el alta hospitalaria también a Susi, a Amelia y a Tomás. Susi iba acompañada de su madre, feliz de llevarla consigo a casa; sabía que después de unos días con un par de pucheros y unas cuantas charlas familiares, recobraría completamente la memoria.

Amelia estaba con sus padres cuando le dieron la noticia de que ya podía volver a casa, y les pidió que se marcharan. Cogería un taxi, y se dirigiría a la dirección de la que era su casa que le habían facilitado. Quería enfrentarse sola a ese mal trago.

Tomás había estado solo desde que Eva se fue después de haber despertado del coma, por lo que no tuvo que darle explicaciones a nadie sobre a dónde iría o qué haría ahora que podía salir del hospital.

Salieron a medio día, con pasos dispersos e inseguros. Se encontraron en el enorme pasillo y a pesar de no recordarse se identificaron de inmediato.

—Susana, hija, vámonos. No te pares —dijo Fernanda cogiendo de la mano a su hija y tirando de ella, que había detenido sus ojos en los de Tomás.

—Espera, por favor. ¡Déjame un momento!

Se soltó de las garras protectoras de su madre y se acercó a Tomás, que permanecía de pie mirando a Amelia y a Susi con la sensación de conocerlas de toda la vida. Algo los unía.

—Hola. Soy Tomás. Yo viajaba en el coche en el que murió Julián Salcedo. Y algo me dice que voso tras sois las dos chicas que nos acompañaban.

—Yo..., soy Susana. O eso me han dicho

—murmuró nerviosa.

—Y yo me llamo Amelia. Quizás deberíamos sentarnos en la cafetería un rato, e intentar recordar algo entre los tres.

Fernanda estaba justo detrás de su hija, con la boca apretada en una mueca de desaprobación y un constante suspiro que repetía una y otra vez para que todos se dieran cuenta de que estaba allí.

—De eso nada, mi hija se viene conmigo ahora mismo.

—Disculpe, señora —intervino Tomás—. Verá, estamos pasando por una situación difícil los tres, y usted si quiere puede acompañarnos. Pero por favor, le pediría que nos dejase pasar un rato juntos para intentar respondernos a las miles de preguntas que tenemos. Nos será de ayuda apoyarnos entre nosotros.

—¡De ninguna manera! No voy a dejar a mi niña con unos asesinos —respondió Fernanda tajante.

—¿Asesinos? ¡Pero qué dice! No se sabe lo que ocurrió y estamos los tres exactamente en la misma situación —dijo Amelia, dolida.

—Me voy con vosotros, diga lo que diga esta mujer —respondió Susi—, pienso igual que vosotros, y además, soy mayor de edad, puedo tomar mis propias decisiones. Y tú —añadió dirigiéndose a su madre—, no me has respondido a ninguna de mis preguntas, al menos deja que me apoye en alguien que está pasando lo mismo que yo. Y nada de sen tarte con nosotros. Tú me esperas en cualquier lugar donde no puedas oírme.

Fernanda volvió a sollozar y, tras acceder a las peticiones de su hija con el dolor más grande que jamás había sentido, bajaron a la cafetería de la primera planta y se sentó en una mesa

alejada de donde lo hicieron su hija, Amelia y Tomás, y con la mirada fija en ellos, esperó.

—Me está haciendo la vida imposible —se lamentó Susi—, no me deja sola ni un segundo, no me ha explicado qué ocurrió, y encima me hace sentir culpable por no acordarme de nada.

—Tienes que entender que para ella también es duro —justificó Tomás a la vez que Susi adquiriría una expresión de cabreo instantánea—, pero tiene que darte tiempo para que te adaptes a la nueva situación. Es difícil para todos.

—¿Recordáis algo? —preguntó Amelia directamente, impaciente—. Ya no solo del accidente, si no en general, de vuestra vida, algo, aunque sea lo más mínimo...

—No —respondieron al unísono Susi y Tomás.

—Yo tampoco... Y estoy desesperada, no sé por dónde empezar a vivir ahora.

—Pues yo tengo que reconocer que estoy tranquilo —intervino Tomás—, creo que es cuestión de tiempo que recuperemos la memoria, por lo que dicen los médicos los efectos por la intoxicación por monóxido de carbono no son permanentes, debemos confiar en ellos, y mientras tanto disfrutar de la situación que tenemos.

—¿Cómo que disfrutar? ¡Disfrutar de qué si ni siquiera sabemos quiénes somos! —Amelia no entendía la actitud calmada de Tomás, su mirada relajada y expresión alegre. Sospechó que quizás él sí que recordaba algo y fingía estar en la misma situación que ellas.

—Disfrutar de todo y de nada a la vez. Podemos tomarlo como un periodo de descanso, de intentar conocernos desde cero, de enfrentarnos a lo desconocido que se esconde dentro de cada uno de nosotros. Ahora no tenemos responsabilidades, no podemos trabajar, no podemos discutir con las personas que nos hacen enfadar, ni preocuparnos por problemas que ahora mismo nos son tan ajenos. Puede que al gusto de nosotros tuviera una vida fácil, pero seguro que había preocupaciones y quebraderos de cabeza. Tenemos la posibilidad de pasear por lugares nuevos encima de nuestros propios pasos, observar el paisaje del que tantas veces habremos disfrutado y maravillarnos por primera vez. Podemos conocer a las personas de nuestra familia y considerarlos amigos, o quizás volver a enamorarnos del que juraba ser el amor de nuestra vida.

—Creo que a ti el accidente te ha dejado un poco loco —afirmó Susi.

—No..., puede que Tomás tenga una parte de razón. Aunque no puedo dejar de sentir miedo —reconoció Amelia.

—¿Razón? Creo que no me está ayudando demasiado hablar con vosotros...

—¿Y de qué quieres hablar?

—Del inspector. De que somos sospechosos de haber matado a un hombre, y ninguno de los tres recuerda nada. Puede que uno de nosotros sea un asesino. —Susi parecía ser la única con la cabeza sobre los hombros, y con la necesidad de enfrentarse al problema que les acechaba desde el día del accidente—. Y estáis aquí hablando de cómo vivir la vida y disfrutarla. ¿Sois conscientes del problema que tenemos encima? Porque parece que no...

—Había otra persona más en el coche —dijo Amelia—, el padre de una tal Carolina, una entrometida que me acusó de ser yo la culpable de todo. Parece ser que su padre no ha perdido la memoria, pero en cualquier caso es igualmente sospechoso. La investigación no se reduce a nosotros tres.

—Si recuerda algo, quizás deberíamos hablar con él —sentenció Susi—. Él habló con nosotros en el coche, puede darnos alguna pista de quiénes y cómo éramos antes del accidente.

—Sí, es una buena idea, ¿pero cómo podríamos contactar con él?

—Algo me dice que su hija se encargará de que nos encontremos tarde o temprano.

—¿Qué tipo de preguntas os hizo el inspector?

—quiso saber Susi.

—Preguntas absurdas, desde luego, si sabe que se las está haciendo a alguien que no recuerda nada. Una completa pérdida de tiempo —respondió Amelia.

—¿Os preguntó por alguien?

—Por Julián Salcedo —dijo Tomás.

—¿Amelia?

—Igual, por Julián. ¿A ti?

—Sí, a mí también... —Susana no quiso confesarles que a ella le había hablado de un tal Nicolás Trujillo. Pensó que si el inspector no habló con ellos de él se ría por alguna razón que tenía que averiguar.

—¿Ocurre algo, Susana?

—No, no. Nada —respondió forzando una sonrisa.

Charlaron un rato más de su estancia en el hospital, de sus impresiones acerca del doctor Cabeza y la doctora Guzmán. Intercambiaron sus opiniones sobre el personal de enfermería y rieron recordando algunos momentos que en la soledad de su habitación no les habían encontrado la gracia. Se dieron los teléfonos y quedaron en llamarse si alguno de ellos recordaba algo. Susana volvió a encontrarse con su madre y envuelta en su protección a prueba de bombas volvieron a casa.

Tomás y Amelia compartieron un taxi de regreso a sus respectivos hogares, le dieron al taxista ambas direcciones y se perdieron en la Granada desconocida que encerraría a partir de ese momento un secreto oculto en la memoria de uno de sus habitantes.



Amelia se bajó del taxi la primera, cuando llegaron a la calle San Juan de Dios, junto a la iglesia del Perpetuo Socorro, un templo de fachada austera y elegante. Se despidió de Tomás con la mirada cargada de tristeza e incertidumbre y sintió por un instante que aquella no era la primera vez que se miraban de aquel modo. Luego observó cómo el taxi se alejaba calle arriba hasta que lo perdió de vista. De pie, sin moverse ni un milímetro analizaba todo lo que la rodeaba e intentaba reconocer algo de aquel lugar. Le temblaban las piernas y los labios, a la vez que sus ojos color avellana intentaban derramar el miedo que se empeñaba en permanecer dentro de aquel cuerpo.

Era un día un poco más fresco que los días previos, la temperatura había dado algo de tregua en medio de aquel verano, el más caluroso desde que existen registros de temperatura en Granada. San Juan de Dios es una calle bastante transitada, y a esas horas de la mañana la gente andaba con prisa para llegar a sus destinos. Algunos compraban la prensa en el quiosco, unos paseaban a sus perros y otros llegaban tarde al trabajo, al médico, o al dentista.

Dejó que pasaran más de diez minutos hasta que fue capaz de moverse y buscar el portal de su casa.

Caminó despacio, temerosa de lo que o a quien pudiera encontrarse. Introdujo la llave en la cerradura del portal y subió al segundo piso por las escaleras. Se situó delante de la puerta B y respiró tres veces antes de abrirla. Un ligero olor a vainilla la invitaba a entrar, le resultó agradable. El salón tenía las persianas a medio bajar pero la luz se colaba con fuerza dentro de la estancia. No era demasiado grande, pero estaba bien para ella sola. Sobre la mesa rectangular que había en el centro de la habitación había varios papeles dispersos, un ordenador HP de color azul, un periódico, dos vasos vacíos, una botella de agua, el mando de la televisión y un par de libros. Casi no se veía el color de la mesa. «¡Qué desorden!», pensó. Pero no tardó en fijar su vista en lo más llamativo del salón, que era el cuadro que decoraba la pared, situado encima del sofá. Buscó la firma y se sorprendió al ver su nombre junto a la fecha: Amelia Riquelme, mayo 2002. La obra plasmada en el lienzo era el paisaje de un pantano rodeado de montañas y olivos. Una vista sencilla convertida en una verdadera obra de arte. Si aquel lugar existía, le encantaría ir allí, o volver quizás. Le transmitía paz y tranquilidad, y por primera vez desde que despertó del coma sintió un poco de esa paz interior de la que hablaba Tomás.

Visitó el resto de la casa, una cocina pequeña, igual de desordenada que la mesa del salón, con platos y demás utensilios colocados sin orden en cualquier sitio. Un baño espacioso, limpio y oscuro, sin ventana y con un ligero olor a humedad. Y finalmente el dormitorio, no demasiado pequeño, el espacio justo para una cama, un armario, una mesa de trabajo y una estantería pequeña. En esta última había varias fotografías. En una aparecía ella con sus padres, los tres muy sonrientes posando junto a lo que parecía un monasterio. En otra foto salía con un grupo de chicas a las que no pudo identificar. Y en la última foto aparecía junto a lo que parecían sus antiguos compañeros de trabajo, en un laboratorio y vestidos de uniforme. «¿Por qué elegiría yo trabajar en un hospital?», se dijo a sí misma.

Y mientras miraba en el armario para ver su ropa, y en los cajones intentando encontrar algo que reconociera, sonó el portero automático. Abrió sin preguntar quién era, al fin y al cabo no iba a poder identificarlo. Esperó junto a la puerta abierta en el rellano del portal y cuando se abrió el

ascensor salió una chica rubia y bajita que pudo reconocer de una de las fotos de su dormitorio.

—¡Tía! —dijo la chica abrazando a Amelia como si no supiera nada de lo que le había ocurrido.

Amelia se apartó evadiendo su abrazo y mani festando su incomodidad ante la situación.

—¿Cómo estás? Vengo del hospital y me han di cho que te habían dado el alta, ¡vaya susto nos has dado! —dijo la chica con una sonrisa enorme y la voz muy aguda.

—Por lo que veo no te han informado de todo

—respondió Amelia secamente a la chica que le pa reció demasiado presumida y un tanto falsa.

—¿Cómo? ¿Qué te pasa, querida?

«¿Querida? ¿De qué siglo viene?», se preguntó.

—¿Puedo pasar? ¿O vas a dejar a tu súper amiga en la puerta todo el día?

«¿Súper amiga?»

—Verás, acabo de llegar a casa, no estoy para vi sitas...

—¿Soy yo una visita para ti? ¡Pero si somos como hermanas! ¡Anda, vamos para dentro!

—Está bien, pasa. Siéntate... —le dijo cuando su supuesta amiga ya había tomado asiento.

—Bueno, cuéntame, ¿qué es eso que no sé?

—repetió, manteniendo su sonrisa alegre pero esta vez acompañada de una mirada triste y preocupada.

—Aunque te suene raro, no tengo ni la menor idea de quién eres. Estás en una de las fotos de mi habitación, pero no recuerdo nada de antes del acci dente.

—¿Qué qué qué qué? ¡Qué fuerte! ¡No puedo creerte! ¿No te acuerdas de mí?

—Ni de ti, ni de nadie.

—Pues yo soy tu amiga del alma, Rebeca, amigas desde siempre, así que relájate, que somos como de la familia.

—Tendrás que darme un poco de tiempo...

—¡Ay tía! ¡Qué rabia! Yo que quería contarte lo de Pablo, que ahora pasa de mí, ¿te lo puedes creer?

—Mmm, ¿perdón? Se supone que vienes a visitar a tu amiga que acaba de sufrir un accidente ¿y te pones a hablarme de tus amoríos?

—¡Ay tía! ¡Perdona! Tienes razón..., qué poco considerada soy, ¿te preparo algo?

—Preferiría que te fueras, me gustaría estar sola.

—¿Quieres que me vaya? ¿Me estás echando?

—Rebeca no daba crédito.

—No te lo tomes a mal, simplemente necesito aclarar unas cuantas cosas y despejarme.

—Yo puedo ayudarte, no quiero que estés sola, no, no, no, ¡de eso nada!

—Pero es que resulta que ahora lo que más im porta es lo que quiero yo —dijo Amelia tajante, y con un evidente tono de enfado que sorprendió a Rebeca, que abrió mucho los ojos como si no se creyera cómo le estaba hablando su amiga.

—¡Qué borde! ¡Estás irreconocible!

—Vete, por favor, Rebeca.

Rebeca forzó un intento de lloro absurdo que le hizo dar una incluso peor impresión a Amelia de la que ya se había llevado. La acompañó a la puerta, y sin decir adiós, el ascensor se llevó consigo una parte del pasado de Amelia.

¿Cómo podía ser una persona como la que aca baba de marcharse una de las mejores amigas de Amelia? No se identificaba con ella en ningún caso, y pese a haber hablado con ella poco más

de cinco minutos sabía que no era una persona que quisiera volver a ver, al menos de momento.  
Y puede que Tomás tuviera razón, y no recordar nada tuviera sus ventajas.

Susi vivía en una urbanización de Huétor Vega, un pueblo tranquilo del cinturón de Granada, donde se puede disfrutar de la vida rural a la vez que de la vida urbana.

Cuando Fernanda y su hija llegaron a la casa con la crema, la abuela de Susi las estaba esperando en la puerta con una enorme sonrisa, junto a Kiko, un gato siamés de quince años de edad que llevaba desde siempre en la familia Fuentes.

Cayetana abrazó a su nieta con más fuerza de la que aparentaba tener en su diminuto cuerpo frágil y arrugado. La besó en todas las zonas de su cara y cuero cabelludo y la abrazó nuevamente hasta que Susi pudo escabullirse.

—¡Tan arisca como siempre! ¿Cómo te encuentras, prenda? —preguntó con dulzura.

—Bien, supongo.

—Anda, entra, que he preparado un gazpacho que te va a hacer recuperar la memoria en un periquete...

Susi entró en casa detrás de su abuela, cualquier cosa con tal de no estar cerca de Fernanda, que la sacaba de sus casillas.

Cuando entró en el que era su hogar la envolvió una sensación enorme de vacío, de desconcierto y angustia. Era su casa, pero lo cierto era que nada tenía que ver con la idea que se había hecho previa mente de ella. Del recibidor pasaron directamente a la cocina, una habitación bastante grande y luminosa con un ventanal que daba acceso al jardín interior. Cayetana sirvió gazpacho en un tazón enorme y se lo ofreció a Susi con la ternura propia de una abuela que había echado de menos a su nieta. Lo probó despacio, dando tan solo un pequeño trago a la bañera de sopa fría a la que se enfrentaba, y tras saborearlo lentamente, bebió con ansia el delicioso gazpacho.

—¡Está riquísimo!

—¡Pues claro! ¿Qué te pensabas? Anda, vamos al sofá un rato y le cuentas a tu abuela cómo te encuentras.

—No tengo nada que contar... Ya te habrá dicho Fernanda que no recuerdo nada.

—¡Niña! ¿Qué es eso de llamar Fernanda a tu madre? ¡Habrase visto mayor falta de respeto...!

—Es que no me acuerdo...

—¿Y? Somos tu familia, Susi, y estamos aquí para cuidar los unos de los otros, y entiendo que te encuentres fuera de lugar en estos momentos, pero tienes que dejarte querer un poquito por los que estamos cerca. Igual que cuando murió el abuelo, nos apoyamos los unos en los otros para que todo fuera un poquito menos duro —explicó Cayetana, esperando tocar con sus palabras el corazón olvidado de su nieta. Para ella la familia era lo más importante y no estaba dispuesta a que esta se resquebrajara un poco más.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace casi cinco meses ya que se fue mi Nicolás

—dijo Cayetana en un susurro.

—¿Nicolás? Nicolás Trujillo... —dijo Susi en voz alta, recordando el nombre que le dijo el inspector, y sintiendo un escalofrío subiendo por su espalda.

—¡Sí! ¡Ya estás empezando a recordar! ¿Ves como mi gazpacho hace milagros?

Susi se bloqueó por unos instantes para luego riósonreír a su abuela y disimular.  
¿Qué tenía que ver la muerte de su abuelo Nicolás con la de Julián Salcedo?

El taxi de Tomás paró en la puerta de su casa, en la calle Paseo de Cartuja frente al colegio Cristo de la Yedra, una calle amplia y luminosa alejada del bullicio del centro de la ciudad pero a solo unos pasos de él.

Al traspasar el umbral de la entrada al portal, se accedía a un pequeño patio comunitario donde crecían numerosas plantas de todo tipo. El suelo era de mármol blanco, en el que era fácil dejar marcadas las huellas al pisarlo. Tenía un aspecto un tanto sucio y descuidado. El patio estaba rodeado por varias puertas que daban acceso a las diferentes viviendas. Tomás entró en la que se suponía que era su casa y encontró una estancia amplia, con poco mobiliario y sin apenas decoración. Un tanto impersonal, sin vida.

Inspeccionó la sala principal que hacía a la vez de recibidor, salón y cocina. Había una repisa con varios estantes vacíos, un aparador con un par de marcos sin fotos en ellos, y el mueble donde debía ir la televisión, pero sin televisión. Accedió al único dormitorio de la casa y también le pareció un lugar frío. Una cama de matrimonio con unas sábanas blancas, dos mesitas de noche sin lámparas, y un armario empotrado con una puerta abierta dejando ver un espacio vacío. Abrió el otro lado y encontró la que debía ser su ropa, bien colocada y ordenada por colores. Volvió a mirar a su alrededor, intentando encontrar algo con lo que se identificara dentro de aquel lugar tan árido, y fue entonces cuando vio un sobre blanco sobre la cama. Era una carta de Eva, y entonces comprendió que antes del accidente compartía con ella algo más de una simple relación de pareja.

Querido Tomás,

Espero que te encuentres mejor y que con el paso del tiempo puedas ir recuperando el ritmo normal de tu vida.

Si al encontrar esta carta aún no has recuperado ningún recuerdo, pensarás que soy una cobarde por no dar la cara y por no darte ninguna explicación, y bueno, por no estar contigo en estos momentos tan duros, pero créeme, es lo mejor para los dos. Si has recuperado la memoria, estoy segura de que ni siquiera estás leyendo estas frases y habrás tirado la carta a la basura.

Nuestra relación estaba destinada al fracaso, y aunque hemos luchado por ella por el amor que ambos hemos sentido, lo cierto es que lo mejor es que me olvide de los últimos meses de nuestra vida igual que has podido hacer tú... Te pareceré un poco injusta por mi parte de esta forma, pero no me siento con las fuerzas suficientes para afrontar más problemas de los que ya teníamos. Creo que el accidente ha sido una señal que indicaba el final de una relación que terminó hace ya mucho tiempo.

Podría contarte todas las disputas y peleas para que comprendieras que es la mejor decisión que podría tomar, pero no tendría sentido para ninguno de los dos.

Necesito tiempo para alejarme de todo. Cuando vuelvas a recordar, si quieres que hablamos, solo tienes que llamarme, no voy a desaparecer sin dejar rastro, estaré disponible si necesitas hablar, pero estoy segura de que eso no sucederá. Cuando recuerdes quiénes éramos, estarás de acuerdo con la decisión que he tomado.

Espero que seas feliz. Te quiero.

Eva

Tomás releyó la carta varias veces intentando descifrar algo en aquellas letras, pero su memoria seguía vacía. Mejor no recordar nada acerca de una relación destinada al fracaso, así se ahorraba el dolor que supone una ruptura, a pesar de que ya no había amor. Pero no pudo evitar pensar en el porqué de aquella situación. No comprendía por qué si Eva y él ya no querían continuar juntos, habían mantenido esa relación carente de vida. «Qué clase de persona sería», pensó, «compartiendo la vida con alguien a quien no amaba. Por qué no ser

sincero al sentir que algo se ha acabado, por qué vivir una mentira, por qué alimentar una farsa.»

Y si ya no tenía a nadie más, ¿cómo podría averiguar algo acerca de su vida? Nadie de su familia había ido a verle al hospital, estaba completamente solo. Y como para responder a sus preguntas sonó el teléfono fijo.

—¿Diga?

—¡Tomás! ¡Por fin logro hablar contigo! ¡En el hospital no querían darme ningún tipo de información sobre tu estado! ¡Qué susto nos has dado! —dijo la voz masculina al otro lado de la línea telefónica.

—Perdona, ¿con quién hablo?

—¿No me has reconocido? ¿Tanto me cambia la voz por teléfono? —contestó con voz risueña.

—No es eso..., sencillamente no sé quién eres.

He perdido la memoria tras el accidente.

—¡Hostia, tío! ¿Qué dices?

—Em..., sí...

—Perdona, perdona..., soy tu primo Rober, tu viste el accidente viniendo a Madrid a pasar unos días con mi hermano y conmigo.

—¡Ah! Entonces me iba de vacaciones...

—Bueno, vacaciones, iban a ser solo unos tres o cuatro días, o al menos eso nos dijiste, para despegarte del trabajo y de tus desencuentros con Eva.

—Eva...

—Eva es tu novia.

—Sí sí, he tenido el gusto de conocerla... Pero ya no es mi novia, acaba de dejarme.

—¡Joder, tío! ¡Lo siento!

—No lo sientas, parece ser que era lo mejor...

¿no?

—Sí, es lo mejor. Bueno, pero cuéntame, ¿cómo te encuentras?

—Bien, estoy bien. Oye, y en Granada, ¿no tengo familia?

—Pues... sí, está tu tía Alicia, y tus primos Rafa y Jorge por parte de tu padre, y por parte de tu madre solo vive allí la prima Rosalía, pero no tienes mucha relación con ninguno de ellos.

—¿Y mis padres? ¿Hermanos?

—Tus padres murieron hace años..., y hermanos no tienes, eres hijo único... Oye, primo, no sé si hago bien hablándote de estas cosas..., quizás lo mejor es que te des un tiempo.

—Sí sí, lo sé. Pero me resultaba raro que la única persona que viniera al hospital fuera Eva..., y en cuando desperté huyó...

—Bueno, tú ahora descansa y recupérate. Yo intentaré bajar a Granada en los próximos días, ¿vale?

—¡No hace falta! —respondió Tomás de forma brusca.

—Bueno hombre, tranquilo. Te llamo mañana a ver qué tal sigues, ¿de acuerdo?

—Está bien. Y gracias.

—Nada nada..., un abrazo, primo.

—Hasta pronto, Rober.

Tomás colgó el teléfono un poco más tranquilo y aliviado por conocer algo más de su vida. A pesar de estar feliz por esta oportunidad que tenía para descansar la mente, una parte de él estaba preocupado por todo lo que le estaba ocurriendo, y por no saber a ciencia cierta si

acabaría o no recuperando la memoria algún día.



Eva se marchó cuando se confirmó la pérdida de memoria de Tomás. Se sentía mal porque sabía que él no tenía a nadie en Granada, nadie que le ayudara a superar el proceso de recuperación tras el accidente. Pero tampoco le parecía justo tener que cuidar ella a una persona con la que prácticamente no había blaba. Compartían casa, pero no convivían. Se habían acostumbrado, al menos ella, a esa relación en la que ninguno era feliz. Olvidar los últimos meses era, sin lugar a dudas, lo mejor que le podía pasar a Tomás, y Eva sintió envidia de su amnesia, y tuvo que cargar a sus espaldas con todos los malos recuerdos ella sola.

Se fue a Málaga un día después de que Tomás saliera del coma. Sus padres vivían allí, y aunque había alargado al máximo el tener que volver a vivir con ellos, sabía que acabaría siendo algo inevitable. Este era uno de los motivos por los que Eva seguía unida a la vida de Tomás: no tenía otro lugar a donde ir. Se había quedado sin trabajo seis meses antes, y tras más de dos años trabajando para la misma empresa fue despedida por motivos inexistentes. Seguiría cobrando el paro apenas un par de meses más y después tendría que empezar desde cero.

Sus padres la recibieron con los brazos abiertos, felices de tener a alguien con quien pasar un tiempo que para ellos se había detenido años atrás. Se prometió a sí misma que sería solo algo temporal, que buscaría trabajo a conciencia, pero lamentablemente, encontrarlo no dependía solo de ella.

Tardaría unas semanas en acostumbrarse a su nueva vida, que era la antigua, pero en cualquier caso, consiguió superar esa ruptura que paradójica mente recompuso de nuevo los trocitos de su corazón.

La habitación de hotel donde ahora convivían Carolina y Zacarías se había convertido en una pequeña cárcel para ella. A pesar de ser espaciosa y tener dos camas independientes, Carolina echaba de menos tener su espacio y su intimidad.

Zacarías era un hombre muy poco solitario, le encantaba la compañía y el poder hablar de cualquier tema con cualquier persona, cosa que a su hija no le gustaba en absoluto. Se sentía agobiada por la presencia de su padre constantemente a su lado, no la dejaba sola ni un instante. Había pensado en reservar una segunda habitación, pero no sabían cuanto tiempo iban a tener que pasar en Granada y tenía que mirar por el dinero. Además, debido a que tenían que compartir un espacio tan pequeño, tuvo que contarle a su padre la información que había robado del hospital acerca de los otros tres pasajeros que acompañaron a su padre en el accidente.

—¡Pero hija! ¿Cómo has podido hacer eso? Como se entere el inspector Caballero creo que vas a tener que dar más de una y más de dos explicaciones...

—No va a enterarse, porque ni tú ni yo se lo vamos a contar, ¿verdad que no, papá?

—¿Yo? ¡Claro que no! Si yo soy el primer interesado en que todo esto se resuelva y podamos volver a Madrid lo antes posible, pero las cosas hay que hacerlas bien, parece mentira que con la formación y la profesión que tienes hayas acabado haciendo algo así...

—¡Venga ya, papá! ¡No exageres! No es para tanto, es solo un poco de información irrelevante. Lo que más me interesaba era tener sus direcciones para ir a hablar con ellos estos días...

—¿Y cómo ibas a explicar que sabes donde vi ven?

—Les diré que lo vi por casualidad en algunos papeles en el hospital, qué más da, eso ya es lo de menos. Tengo que hablar con ellos, no me creo que todos hayan perdido la memoria.

—Ellos podrían habernos mentido a nosotros Carolina, pero ¿a los médicos? Es imposible que no se hubieran dado cuenta de una mentira como esa, creo que al culpable no lo encontrarás por ese camino...

—¿Y por qué camino crees tú que debería buscar?

—No creo que debas buscar nada, ya lo sabes...

—Sí, papá, vale, pero sabes de sobra que lo voy a hacer. Te pido que me ayudes —suplicó Carolina, forzando una mirada tierna que le venía un poco grande.

—De acuerdo, hija. Pero relájate un poco, por favor. Demos un paseo para aclarar un poco la mente.

A regañadientes, Carolina se preparó para salir a la calle con su padre. El hotel estaba en el barrio del Zaidín, lejos del centro de Granada y muy cerca de la autovía. Lo había elegido porque el hospital no estaba lejos, pero ahora se arrepentía un poco ya que para visitar los lugares más emblemáticos como les había aconsejado David, debían trasladarse en transporte público. Decidieron dejar el turismo para otro día y dar un paseo por la zona. Caminaron por el Paseo del Emperador Carlos V y callejearon por algunas de sus bocacalles sin hablar de nada. Tan solo compartían el ritmo acompasado de sus pisadas que sin rumbo trazaban un camino sin destino fijo.

Carolina pensaba en Julián, y en que esa pérdida le estaba doliendo menos de lo que debería. Habían sido felices un tiempo, pero nunca estuvieron realmente enamorados. Estaban cómodos en una relación a distancia, de las que disfrutaban de risas y sexo de vez en cuando, y de

la seguridad que aporta estar en una relación de pareja a pesar de saber que no acabarían juntos. Pensaba también en su padre, en que era sospechoso de matar a Julián, y en que a pesar de saber que él no lo hizo, una pequeña parte de ella deseaba que todo se resolviera pronto para respirar tranquila. ¿Y si su padre...? «No», se decía a sí misma, «imposible».

Zacarías disfrutaba del paseo por un lugar nuevo, pensaba en la cabezonería de su hija, y en que él a su edad habría hecho exactamente lo mismo que ella, encontrar la verdad por encima de todo.

Callejeando llegaron a la Calle Torre de los Hielos, una zona peatonal con varios bares con terraza. Encontraron una mesa vacía en la cafetería Cinco Hermanos y pidieron unas cervezas.

—Está bien —dijo Zacarías—, puedes ir a hablar con ellos si quieres, a lo mejor ahora recuerdan algo, o han encontrado en sus casas alguna pista, o vete tú a saber.

—Entonces, ¿te parece buena idea? —se extrañó Carolina—, antes no lo parecía...

—Bueno, no es que me parezca buena idea, pero por eso necesitábamos el paseo, para pensar, y creo que yo en tu lugar haría lo mismo... Era tu novio. Yo por tu madre habría hecho cualquier cosa.

En ese momento Carolina se sintió mal, sabiendo que Julián no había significado para ella tanto como el amor que habían vivido sus padres, pero decidió no continuar esa conversación.

—¿Y a quién crees que debería visitar primero?

—A la cría joven, fue la que más interactuó en el viaje. Quizá sea la que más pueda colaborar y a la que menos le importe contar cosas que no debiera.

—Pero si no recuerda nada, ¿qué iba a contar?

—Tú hazme caso, empezar por ella es un buen comienzo. Además, ninguno recuerda nada, ¿no es así?

Carolina no quiso hacerle más preguntas a su padre, si él lo decía sería por algo. Solo esperaba que el repentino cambio de opinión no significara que estaba intentando distraer su atención de lo realmente importante.

Dedicaron el resto de la tarde a elaborar un plan para acudir a casa de Susi al día siguiente y establecieron sobre qué temas trataría Carolina con ella. Intentaría hablar con Susi a solas; con un poco de suerte Fernanda no las molestaría.

Tomás se fumaba su octavo cigarrillo del día cuando solo eran las diez de la mañana. Andaba de un lado para otro dentro de su apartamento y le daba vueltas y más vueltas a un mismo asunto que se había con vertido en su único pensamiento desde que la noche anterior había hablado otra vez con su primo Rober. No sabía qué hacer, y lo único que creía que podría aliviarle era hablar con alguien que pudiera comprenderle. Por eso, y tras pensarlo mucho, decidió llamar a Amelia.

—¿Quién es? —dijo la voz de Amelia un poco adormilada.

—¡Lo siento! ¿Te he despertado?

—No, llevaba despierta un rato —mintió—. Pero dime, ¿quién eres?

—¡Ay, perdona! Soy Tomás.

—Ah, hola, Tomás, ¿cómo estás? ¿Adaptado a tu nueva vida? —preguntó irónicamente.

—Lo cierto es que pensé que sería más fácil...

¿Tú qué tal estás?

—No sabría responderte, la verdad. Sigo con fundida, y por más cosas que averiguo de mí misma, menos me llevo a conocer.

—Te entiendo —murmuró Tomás antes de hacer un breve silencio para pensar en lo que iba a decirle a continuación—. Oye... ¿te gustaría que nos viéramos? Eres lo más parecido a una amiga en este momento.

—Estaba pensando en dar una vuelta para despejarme, supongo que podríamos tomar algo y charlar... —respondió Amelia, no muy convencida y sin saber por qué había accedido a quedar con él.

—¡Estupendo! Te espero en el mismo punto donde te bajaste del taxi dentro de una hora, ¿te pa rece?

—De acuerdo. Hasta entonces.

—Hasta ahora, Amelia.

Tomás colgó el teléfono con una sonrisa en sus labios. Le apetecía mucho pasar un rato con Amelia, podría ayudarle a entender algunas cosas que le estaban pasando y además, le resultaba agradable volver a encontrarse con ella.

Se duchó y se vistió con la ropa que había en su armario, unos pantalones vaqueros con suciedad permanente de hacía más de diez años y una camisa de cuadros que le pareció bastante hortera. El resto de ropa que encontró no estaba dispuesto a ponerle. ¿Por qué vestiría alguien de aquel modo?

Salió de casa tomando una pizca de emoción en cada paso y llegó a la calle San Juan de Dios antes de lo previsto. Para su sorpresa, encontró a Amelia sentada en un banco con la mirada fija en cualquier lugar lejos de este mundo.

—Qué puntuales los dos —dijo Tomás haciendo que Amelia diera un respingo.

—¡Tomás! ¡Qué susto me has dado! —respondió ella con una leve sonrisa—. Sí, prefería esperar en la calle, mi casa me está empezando a dar un poco de claustrofobia.

—Pues ya tenemos algo en común, no entiendo cómo podía vivir donde vivo.

—Ya, es raro, es como estar viviendo la vida de otro, ¿verdad?

—Sí... solo que..., en fin, no importa, ¿camina mos?

—Solo que... ¿Qué?

—Nada, nada... ¿En marcha?

—Sí... —dijo Amelia, confundía—, busquemos una cafetería o algún lugar donde tomar un buen café, si te parece bien —propuso.

—Me parece genial.

Pasearon los primeros minutos en silencio, nin guño de los dos sabía qué decir a pesar de que am bos deseaban hablar de cientos de cosas. Los dos te nían preguntas que hacerse y la necesidad de desahogarse de todo aquello que les estaba impi diendo seguir respirando con normalidad.

—Es una ciudad bonita, ¿verdad? —dijo Amelia, rompiendo el incómodo silencio que delataba la ne cesidad que tenían de hablar.

—Sí que lo es.

—A veces pienso que tenías razón cuando dijiste que no recordar nada podía ser algo bueno. Segura mente antes no apreciábamos tanto la belleza de la ciudad en la que vivimos, pero ahora, al menos yo, siento que estoy en el lugar más maravilloso del mundo.

—¿Acaso recuerdas algún otro lugar para poder afirmar eso? —dijo burlón Tomás.

—Qué gracioso..., no, no recuerdo ningún otro lugar, pero ¿imaginas una ciudad más hermosa donde poder vivir?

—Quizás tengas razón, pero me encantaría po der ver otros lugares para poder estar seguro de que Granada es un lugar único.

—Quién sabe, a lo mejor antes del accidente eras un intrépido viajero y has visitado decenas de paí ses...

—Lo dudo mucho —susurró Tomás.

—¿Por qué? ¿Qué te ocurre?

—¿Nos sentamos por aquí? —dijo Tomás, eva diendo la pregunta otra vez.

Estaban en la Plaza de la Romanilla, un lugar idílico junto a la catedral en el que tanto turistas como granadinos transitaban sus bares a diario. Se sentaron en la terraza del bar La Tortuga Boba. Pi dieron dos cafés y dos tostadas con tomate.

—¿Qué te pasa, Tomás? —insistió Amelia preo cupada—. Si me has llamado, no creo que sea solo para dar un paseo y tomar un café. Dime qué tienes rondando por tu cabeza. Estás diferente a la última vez.

—Sí... ¿sabes? ahora desearía recordar de nuevo. Necesito saber qué ocurrió el día del accidente, no puedo seguir viviendo así.

—Pero ¿por qué? ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Verás, no tengo mucha familia, ni amigos en Granada. La persona más cercana de mi vida de an tes del accidente es mi primo Rober, vive en Madrid, es a él a quien iba a visitar. Hemos hablado un par de veces estos días, y es quien me ha estado hablando sobre quién era, o cómo era yo.

—¿Y qué ocurre? ¿No te reconoces en la persona de la que te habla? No te preocupes..., a mí me pasa también...

—No, no es solo eso, Amelia. Me ha contado a qué me dedico, cual es mi trabajo.

—¿Y? ¿Cuál es?

—Soy, o más bien era, mecánico —dijo Tomás avergonzado, mirando hacia abajo deseando que la tierra se lo tragara.

—No entiendo, ¿qué pasa?

—¿No entiendes? —dijo Tomás bruscamente, con el ceño fruncido mirando a Amelia desafiante.

Entonces ella cayó en la cuenta. El asesinato de Julián fue producido por la manipulación del motor. Dificilmente esta manipulación podría haberla realizado alguien que careciera de los conocimientos necesarios para hacerlo.

—¿Crees que tú...? —preguntó Amelia, sin acabar la pregunta y conociendo la respuesta.

—No quiero creerlo, no quiero pensarlo... Pero no me acuerdo de nada, podemos ser cualquiera de los cuatro, pero algo me dice que yo soy el sospechoso número uno.

—No te creas..., todos tenemos papeletas, Tomás... —dijo Amelia, arrepintiéndose de inmediato de pronunciar esas palabras.

—¿A qué te refieres?

—A nada en particular —mintió—. Solo has averiguado que eres mecánico, pero eso no te convierte en asesino de nadie.

—No es solo eso. No me reconozco en nada de lo que me rodea, mi casa, mis objetos personales, mi profesión... En general, no me identifico con nada de lo que me convierte en Tomás Iriarte. Como te he dicho antes, me encantaría viajar, ver mundo, tener ataduras, no sé..., volar..., y algo me dice que Madrid iba a ser el lugar más lejano al que habría viajado a lo largo de mi vida.

—Pues entonces debes de estar contento. Gracias al accidente te estás dando cuenta de que quieres cambiar de vida.

—Pero ¿y si cuando vuelvan los recuerdos deseo volver a ser quien era antes?

Amelia pensaba en las palabras que Tomás le decía y parecía que estuviera hablando por ella. Se sentía exactamente igual que él. Detestaba su antiguo trabajo, no soportaba a su amiga Rebeca y no le encontraba sentido a la vida que había llevado hasta ahora, pero por algún motivo era incapaz de confesarle a Tomás que se sentía exactamente igual que él. Exactamente igual. Ella también había encontrado algo que le había hecho sospechar de sí misma, pero no quiso ahondar demasiado en los papeles que encontró escondidos debajo de los cojines del sofá. Eran lo que parecían papeles de trabajo, resultados de analíticas de algunos pacientes, entre ellos una de Julián Salcedo. Cuando vio su nombre un ataque de pánico le hizo romper todos los papeles en mil pedacitos y quemarlos posteriormente. No leyó nada más, ni quiso saber más. Borró todas las pistas que podrían inculparla de algo que ella creía incapaz de haber hecho e intentó olvidarlo. Pero paradójicamente, ahora olvidar era imposible.

—Tomás, no lo pienses, actúa como quieras hacerlo ahora. Y si en el futuro decides volver sobre tus pasos, tus motivos tendrás. *Carpe diem*.

—El yo de ahora no tiene nada que ver con el yo de antes.

—Yo tampoco me identifico con muchas de las cosas que he ido descubriendo, y supongo que es normal. Nos dejamos llevar por la gente, por las modas, por el qué dirán. Nos hacemos amigos de las personas que han estado en nuestro entorno desde nuestra infancia, pero esas personas están en nuestra vida por las decisiones que tomaron previamente nuestros padres, como

el colegio al que hemos ido, la familia con la que hemos crecido..., no han sido nuestras propias decisiones las que nos han llevado a ser quienes somos, y ahora, desde fuera, observamos esa vida..., y nos damos cuenta de que no somos nosotros mismos, somos una adaptación de nosotros a la sociedad.

—¡Madre mía, Amelia! ¡Y yo que pensaba que era el único que no dejaba de darle vueltas a la cabeza!

—Pues ya ves que no... ¿sabes? En mi salón hay un cuadro que pinté cuando tenía quince años... No sé en qué momento de mi vida decidí dejar de hacerlo. No sé por qué aprendí una profesión que no me gusta, ni sé por qué o por quién me olvidé de mi sueño, pero curiosamente, ahora que no recuerdo nada, es cuando vuelvo a recuperar lo que sé que un día quise hacer. Y lo que quiero, y con lo que más disfruto es con la pintura. He estado dibujando desde entonces, recuperando el tiempo perdido.

Tomás la miraba embelesado, disfrutando de las palabras con las que Amelia trazaba sus sueños y olvidando durante unas horas sus miedos y temores.



Pasaron el día juntos, pasearon por el centro, comieron en un restaurante del Paseo de los Tristes bajo la atenta mirada de la Alhambra, y hablaron de vidas prohibidas y futuros inciertos. Ambos sentían una complicidad extraña, la maravillosa sensación de querer compartir el tiempo y dejar que las horas pasaran alrededor de ellos sin que se interpusieran entre los dos.

Amelia seguía sin saber si era una buena idea contarle a Tomás lo que había encontrado bajo los cojines de su sofá. Aunque cada vez sentía más necesidad de decírselo, sabía que si lo hacía estaría jugando en su contra, y en un momento de necesidad Tomás podría desvelar el secreto.

Cuando el sol derramaba sus últimos rayos de luz sobre la ciudad, Tomás y Amelia decidieron volver a casa. Se despidieron en el mismo lugar en el que se habían encontrado por la mañana. Intercambiaron miradas indecisas, sin saber cuál era la forma más apropiada de decirse adiós aquella noche a pesar de que ninguno de los dos deseaba hacerlo.

—Tengo que contarte algo, Tomás —se decidió por fin Amelia.

—¿El qué?

—Hay algo que no te he dicho.

—¿Y quieres hacerlo ahora?

—Creo que sí.

—Soy todo oídos —le sonrió Tomás, dándole confianza.

—Verás..., yo también tengo un motivo para creer que fui yo la culpable de la muerte de Julián.

—Tomás la miraba sereno, sin responder a sus palabras, e invitándola con su silencio a continuar con el relato—. Encontré en mi casa papeles de trabajo que no debería de haber sacado nunca del hospital. Eran resultados de analíticas de pacientes. Y entre esos pacientes se encontraba Julián Salcedo. No tengo ni la menor idea de qué hacían en mi casa, ni en qué puede estar relacionado conmigo..., a lo mejor es solo una casualidad y estaba usando los datos para algún trabajo de investigación o vete tú a saber...

—intentó justificarse—, pero lo cierto es que encontré su nombre entre mis cosas..., y eso me asusta mucho...

—¿Y de qué era la analítica? —quiso saber Tomás.

—No lo miré. Quemé los papeles..., sentí pánico, Tomás —dijo Amelia mientras comenzaba a derramar unas lágrimas cargadas de culpabilidad.

—Bueno, no te preocupes —dijo Tomás acercándose a ella—. No llores, por favor.

Tomás abrazó con ternura a la que se había con vertido en su única amiga, y ella le devolvió ese abrazo sincero que compartieron durante varios segundos. Se separaron despacio, como si les costara despegar sus cuerpos; se miraron a los ojos, ambos con la mirada triste, y respiraron por unos instantes en mismo aire que separaba sus bocas para posteriormente separarse despacio, apartando esas miradas inseguras, y prometiendo volver a verse al día siguiente.

Carolina tomó un taxi para ir a Huétor Vega a la casa de Susi Fuentes. Tardaron un rato en abrirle la puerta tras llamar al timbre. Salió a recibirla Caye tana, la abuela de Susi, que amablemente la invitó a entrar. Le ofreció una taza de café que Carolina rechazó, así como rechazó entrar en el salón y sentarse a esperar a que bajara la joven. Decidió hacerlo de pie en el recibidor. La casa tenía la típica decoración de abuela que recicla los muebles de sus antepasados con un intento fallido de modernizarlos. Le pareció un horror y sonrió para sus adentros.

Poco tardó en bajar Fernanda de la planta de arriba, vestida con ropa de andar por casa y un moño mal hecho como peinado.

—¿Qué haces tú aquí? —le dijo a Carolina de malas formas y con la evidente intención de echarla de su casa.

—He venido a hablar con Susana, ¿podría avisarla, por favor? —respondió con una sonrisa forzada.

—No va a bajar, no quiero que hable con nadie que tenga que ver con vosotros.

—¿Con nosotros?

—Sí, con vosotros, asesinos. Mi hija no tiene nada que ver con lo que pasó, y no voy a permitir que se vea involucrada en algo así.

—Mire, señora, el que ha muerto era mi pareja, y uno de los sospechosos es mi padre. No somos nin gunos asesinos, yo simplemente quiero averiguar qué pasó.

—Pues ya te digo yo que aquí no vas a averiguar nada, así que ya puedes marcharte por donde has venido.

—Fernanda, ¿qué coño haces? —dijo Susi desde el piso superior.

—Susana, ¡vuelve a meterte en tu habitación!

—le gritó su madre.

—¡Estás loca! ¡Deja de meterte en mi vida!

—¿Pero qué son esos gritos? —dijo Cayetana, saliendo de la cocina con el cucharón en la mano y el delantal puesto—. Que se va a pensar esta muchacha que esto es una casa de gente poco civilizada, haced el favor de dejar de discutir y de dar esas voces...

—He recibido una visita y mi supuesta madre pretendía echarla de malas formas...

—¿Pero Fernandita, hija, por qué? ¿Qué pasa?

—dijo dulcemente Cayetana.

Fernanda miró a su madre y después a su hija, y cargada de ira e impotencia dio media vuelta y salió a la calle. Momentos después se escuchó cómo arran caba su coche y huía de aquella casa que había de jado de ser un hogar.

—Hola, Susana, no sé si me recuerdas del hos pital. Soy Carolina, la novia de Julián Salcedo, y me gustaría hablar contigo, por favor.

—Claro que sí, salgamos al jardín. Discúlpame por el número que ha montado la mujer esa..., está loca.

—No te preocupes —respondió Carolina alzando la mirada al cielo cuando Susi no la veía.

Salieron al patio por la puerta que daba acceso a él desde la cocina. Se sentaron debajo de una som brilla, en unas sillas de plástico blanco a juego con la mesa. El jardín no era demasiado grande, pero tenía el espacio muy bien aprovechado; además del lugar donde se habían sentado había una zona con césped artificial junto a una pequeña piscina, y dos hamacas plegadas que interrumpirían casi con total seguridad el paso al ser utilizadas.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó Susi al ver que Carolina no empezaba la conversación.

—Verás, Susana. Quiero saber qué ocurrió el día del accidente. Ya sé que no recuerdas nada, pero me gustaría que hicieras un esfuerzo, porque cualquier cosa que recuerdes, por nimia que te parezca, será de muchísima importancia para mí.

—Como bien has dicho, no recuerdo nada, y eso no depende del esfuerzo que haga para recordar... Lo siento, pero ya se lo dije al inspector, y si recor dara algo sería él la persona a la que se lo contaría, no a la hija de uno de los sospechosos.

—Mi padre no lo hizo —dijo tajante Carolina.

—Yo tampoco. No sé a qué has venido, la ver dad...

—Quiero irme de Granada lo antes posible, y hasta que el caso no se resuelva me temo que voy a tener que quedarme en este pueblucho.

—Pues lo siento mucho, pero no es asunto mío. Y tengo entendido que tu padre es el único que no ha perdido la memoria, ¿no? ¿No es eso mucha casualidad? Quizás deberías de hablar con él antes que venir a mi casa a molestarme a mí.

—Ya he hablado con él todo lo que tenía que hablar. Por favor, dame cualquier pista. ¿Has hablado del tema con Tomás o con Amelia? —quiso saber Carolina.

—Con quien hable o deje de hablar no te importa.

—Es decir, que sí. ¿Y de qué?

—Quiero que te vayas —dijo Susi poniéndose de pie invitando a que la intrusa saliera de su casa.

—Está bien, niña. No hace falta que te pongas así. Me has dicho más de lo que crees.

—Sí sí, lo que tú digas. Pero vete de aquí.

Carolina la miró con una sonrisa maliciosa y se marchó con paso firme sin decir adiós.

Cuando hubo desaparecido de su vista, Susi comenzó a llorar, enfadada consigo misma por hacerlo y con sentimientos contradictorios por no querer aceptar su posible implicación en la muerte de Julián. Desde que el inspector le había preguntado por Nicolás no había dejado de darle vueltas. Si algo tenía que ver la muerte de su abuelo con la de Julián, sabía que ella podría haber tenido algo que ver.

«¿Sería una asesina?», se preguntaba continuamente. Si así fuera, se alegraba de no recordar nada, porque el simple hecho de imaginarse a sí misma cometiendo un crimen la aterraba profundamente.

Había intentado conocerse en el tiempo que lle vaba en su casa. Había leído cartas de amigos, había visto fotos de viajes, había escuchado música que solía gustarle antes del accidente..., y precisamente en eso último era en lo único que se reconocía, en los gustos musicales que compartían la antigua y la nueva Susi. Su familia le había contado que viajaba a Madrid para pasar allí un par de días e ir posteriormente a Castellón al festival de música Arenal Sound, e inmediatamente buscó qué tipo de grupos tocarían en aquel festival, y se enamoró de muchos de ellos: Lori Meyers, Miss Cafeína, Sidecars... Desde entonces pasaba las horas en su habitación escuchando su música e intentando encontrar en su mente una pista de quien era.

Vació su habitación, metió en bolsas de basura todas las cosas que no entendía por qué eran sus pertenencias, como mucha de su ropa u objetos decorativos que más de decorar dañaban su vista.

Su madre le había prohibido todo tipo de visitas y llamadas telefónicas, por lo que no había tenido la posibilidad de hablar con algún amigo que pudiera contarle algo más sobre su vida. Detestaba a Fernanda, ¿tendría ese mismo sentimiento hacia ella antes del accidente? Probablemente sí, quién podría aguantarla.

La misma mañana que Carolina había elegido para hacerle una visita a Susi, el inspector Caballero había decidido pasarse por el hotel donde se hospedaban padre e hija. Álvaro golpeó con los nudillos la puerta de la habitación y tras unos segundos de espera escuchó decir al otro lado:

—¡Qué rápido has vuelto, hija! ¿Te has dejado la tarjeta? Un momento, que ya salgo...

Tras un par de minutos Zacarías abrió la puerta y se sorprendió al ver allí al inspector.

—Siento decepcionarle, no soy su hija.

—¡Qué cosas tiene! ¡No me decepciona, hombre!

¡Pase! —dijo amablemente el anciano.

—Gracias.

Álvaro encontró la habitación muy desordenada y con un olor un tanto desagradable.

—Siento el desorden, no es fácil compartir habitación con una hija a estas alturas de la vida...

—Comprendo —respondió el inspector—. Por cierto, ¿dónde está Carolina?

—Ha salido..., a dar un paseo por la ciudad...

—¿Y usted no la acompaña?

—¿Yo? Qué va, qué va... Yo ya no estoy como para dar paseos... En fin, cuénteme, ¿a qué se debe su agradable e inesperada visita?

—Venía a hablar precisamente con usted. Verá, me parece muy extraño que nunca hubiera usted visto al novio de su hija, ni siquiera en fotografías

—comenzó diciendo Álvaro.

—Pues ya ve, así es, mi hija es que es muy reservada para sus cosas, pero vamos, que después de haberlo conocido, no me extraña que nunca me enseñara una foto suya, ¿sabe? No me gustó ni un pelo, las pintas que llevaba, los perros en el remolque, su forma de hablar..., no sé, yo pensaba que mi hija era más lista, y sabía elegir mejor a los hombres.

—Hay quien piensa que eso no se elige, el amor sucede sin más, ¿no cree usted, Zacarías?

—¡Qué tontería es esa! La vida esta moderna, que no hay quién la entienda... De toda la vida se han elegido a las mujeres y a los maridos... O al menos las elegían nuestros padres, lo que era mejor para nosotros, un buen partido, usted me entiende. Mi mujer era la hija de los mejores amigos de mis padres, y claro que la quise mucho, pero fue un amor tranquilo, sin sobresaltos, sin gritos y sin arrebatos pasionales de esos que hoy son tan normales... Pero sin ir más lejos, mire usted los programas estos de la televisión, que parecen *castings* de modelos para elegir pareja...

—Pero no me dirá usted que se cree esas cosas..., es puro *show* televisivo, nada más...

—Bueno, pero ahí está, desde hace muchos años, y los mozos se lo tragan enterito...

—En fin, nos estamos desviando del tema, Zacarías.

—Sí, sí... Pues como le decía: no, no había visto nunca antes a Julián.

—Lo siento, pero me cuesta creerle.

—Pues es la pura verdad, inspector.

—¿Y tampoco sabía usted que el viaje de regreso a Madrid lo haría con el novio de su hija?

—Tampoco —dijo Zacarías, con la mirada fija en los ojos de Álvaro.

—Pues verá..., he estado hablando con algunos de sus amigos ajedrecistas..., y me han contado que el día del torneo estaba usted nervioso porque iba a conocer al novio de Carolina, que él no sabía nada, y ella tampoco, pero que había oído a Carolina hablando por teléfono con una amiga cuando le contaba la estrategia que había urdido para que ustedes dos se conocieran sin saber quienes eran el uno y el otro. Para mentir hay que saber, Zacarías, o por lo menos atar bien los cabos.

—Bueno, inspector, es una mentirijilla sin importancia —dijo el anciano, sin inmutarse, e intentando que su mentira careciera de importancia.

—¿Eso piensa? Y ahora, ¿cómo puedo creer que el resto de cosas que dice son ciertas?

—¡Pero inspector! No tiene importancia... Simplemente no quería que mi hija supiera que la estuve escuchando mientras hablaba con esa amiga suya...

—Y dígame, ¿la espía a menudo? —inquirió el inspector.

—¡Qué cosas dice! ¡Por supuesto que no! La escuché por casualidad hablar de mí, y claro, ya tuve que escuchar la conversación completa...

—Comprendo... —respondió el inspector con ironía—. Bueno, pues ya me marchó, ya me ha dicho todo lo que necesitaba.

—¡Espere un momento! —dijo Zacarías, nervioso—. No creerá que he tenido yo algo que ver...

—Yo no creo nada, me limito a buscar pruebas, nada más.

—¿Y qué prueba es esta? ¡Se va igual que vino!  
¡No diga que ya le he dicho todo lo que necesitaba!

¡Porque no significa nada!

—Tranquícese, hombre, si no esconde nada,

¿por qué se pone usted tan nervioso?

—¡Usted me pone nervioso! Mi hija lo es todo para mí, ¿entiende? Nunca haría nada que pudiera hacerle daño —confesó Zacarías en un hilo de voz mientras intentaba no emocionarse.

—De acuerdo, de acuerdo. Tranquilo. Su mentirijilla es solo un dato más, no dramatice —dijo Álvaro mientras se acercaba lentamente a la puerta—. No le dé más importancia. Nos vemos.

Zacarías le miró con un ápice de ansiedad en sus ojos, y supo de inmediato que tenía que contarle la verdad a su hija a sabiendas de que esta se enfadaría, pero no quería que se enterara de la verdad a través del inspector.

Pasó el resto de la mañana dando vueltas por la habitación de acá para allá, nervioso y maldiciendo la idea de mentirle a su hija aquel día, ¿por qué lo haría? Era cierto que Julián no le dio una buena impresión, y al verlo pensó que su hija se merecía algo mejor, pero él no era nadie para decidir con quién andaba o no su hija, y por supuesto, no sería capaz de matar a nadie. Zacarías entendía que el ser el único que no había perdido la memoria era algo sospechoso y comprendía que estuviera en el centro de mira de la investigación, pero no sabía qué podía hacer para demostrar su inocencia.

Cuando Carolina llegó encontró a su padre sentado en el borde de la cama con la mirada perdida en las cortinas tupidas que impedían a la luz colarse en la estancia.

—Papá, ¿te encuentras bien? —preguntó preocupada mientras corría junto a su padre pensando que quizás se había mareado.

—Ah, hola, hija... —La miró con los ojos tristes y labios temblorosos—. Estoy bien, tranquila.

- ¿Seguro? Tienes muy mala cara, y mírate, ¿es tás sudando!  
—Sí sí, relájate... Es solo que ha estado aquí el inspector Caballero...  
—¿Y? ¿Qué te ha dicho? ¿Qué ha ocurrido?  
—Siéntate, hija.

Carolina lo miraba sin entender nada, y deseando haber llegado antes para poder haber estado presente en aquel fatídico encuentro.

—Verás... Te he mentido... —comenzó diciendo Zacarías antes de hacer una intensa pausa.

Al escuchar a su padre y verlo tal y como veía, Carolina tan solo deseaba que lo que estaba a punto de contarle no fuera que él había tenido algo que ver con la muerte de Julián. Su corazón comenzó a latirle con fuerza a la vez que sus manos le temblaban, las apretó para que su padre no se diera cuenta y le animó con un gesto a que continuara hablando.

—Te escuché aquel día hablando con tu amiga Guadalupe.

—¿Qué día? —respondió nerviosa Carolina.

—El día en que le dijiste que me habías contratado el viaje de Julián para que nos conociéramos de regreso a Madrid.

—Vale... —dijo Carolina esperando la parte que pensaba que vendría a continuación.

—¿Vale? ¿No te enfadas?

—¿Cómo? ¿Eso es todo?

—Sí, bueno, no. El problema es que el inspector se ha enterado y sabe que he mentido en eso y cree que puedo haber mentido en todo lo demás. Y que al saber que viajaría con tu novio..., supongo que sos pecha de mí; pero hija, te juro que yo no hice nada..., solo quería ver con qué tipo de gente te relacionas.

—Vale, vale... —alcanzó a decir Carolina de nuevo.

—Hija, ¿estás bien?

—Papá, ¿me habías asustado! Pensaba que ibas a decirme...

—¿Que iba a decirte qué? —preguntó Zacarías malhumorado.

—Nada, nada...

—¿Caro?

—Nada, papá...

—¿Has pensado alguna vez que yo he tenido algo que ver con la muerte de tu novio?

—Papá..., yo..., claro que no...

—Estás mintiendo...

—Papá, me habías asustado, no te has visto la cara que tenías cuando he entrado..., está bien, me has mentido, vale que se haya enterado el inspector, pero no es como para ponerse como te has puesto..., por un instante había pensado que ibas a confesarme...

—Ya... Bueno. Dejémoslo estar.

—Lo siento, papá..., es la situación, que está pasando conmigo.

—De acuerdo, hija. —Zacarías la miró con seriedad y decepcionado le dijo—: Ahora soy yo el que va a salir a despedirse. Nos vemos más tarde.

Se levantó despacio y con paso firme salió de la habitación intentando adivinar en qué momento se había roto aquel lazo que creía indestructible y que lo había unido desde siempre a su hija.

Amelia tenía las persianas de casa bajadas y las ventanas cerradas para impedirle al calor de la tarde de retirar el aire que le permitía respirar. No tenía aire acondicionado y a pesar de estar en frente del ventilador, el sudor se depositaba sobre su frente como pequeñas gotas de rocío.

Pasaba las páginas del cuaderno de dibujo en el que había trazado algunos esbozos y observaba satisfecha el producto de su trabajo. Se sentía feliz por realizar algo que sabía que le pertenecía únicamente a ella, una actividad en la que se veía conectada consigo misma y con la que pensó que podría recuperar sus recuerdos.

Aquella tarde decidió enfrentarse de nuevo a una hoja en blanco, y con el carboncillo en la mano dejó que los movimientos de los dedos decidieran por sí mismos qué camino trazar, y con la mente relajada se dejó llevar para plasmar lo que sus pensamientos escondían. Tras aproximadamente una hora se detuvo y observó con sorpresa la imagen que había aparecido en la lámina de dibujo. A pesar de no estar terminado pudo reconocer en ese rostro que tenía frente a ella los ojos de Tomás. Se emocionó al ver cómo sus labios dibujaban una leve sonrisa y de inmediato cogió su teléfono móvil. No tenía ningún mensaje; esperaba noticias de Tomás ya que habían quedado en volverse a ver. Pensó en si debía enviarle un mensaje o no, y decidió hacerlo sin ningún tipo de dudas, porque ahora que tenía la oportunidad de empezar de cero no iba a dejar que la inseguridad le impidiera hacer lo que realmente le apetecía. Además, si no lo enviaba y no se veían ese día, sabía que se arrepentiría por no haberlo intentado. Obtuvo una respuesta afirmativa de Tomás en el acto.

Quedaron a media tarde en los jardines del Triunfo y de nuevo la primera en llegar fue Amelia, aunque no tuvo que esperar más de cinco minutos. Se saludaron con timidez, pero rápidamente comenzaron a charlar mientras caminaban dando un paseo hacia Gran Vía.

—¿Sabes? —comenzó diciendo Tomás—. No he dejado de darle vueltas a lo que me contaste sobre los papeles que encontraste en tu casa.

—No me gustaría volver a hablar de eso... En realidad intento olvidarlo...

—No deberías. Verás, creo que deberíamos intentar demostrar nuestra inocencia, buscar pruebas que nos saquen de la investigación automáticamente.

—Eso suena genial, Tomás. Pero en primer lugar ya te dije que quemé los papeles que encontré. Y en segundo lugar, puede que tú o yo seamos culpables de la muerte de Julián. Me da miedo ahondar en el tema y descubrir que fuimos alguno de los dos.

—¿Pero no fuiste tú!

—¿Y tú? ¿Estás seguro de que no fuiste tú? —le preguntó Amelia con seriedad.



—Quiero poder estar seguro. Es difícil empezar una vida pensando que existe la posibilidad de que sea un asesino.

—No lo eres, Tomás, al menos no la persona que eres ahora. Qué importa el antes.

—¡Claro que importa! Podría ir a la cárcel por algo que no recuerdo. No sé si podría soportar algo así.

—Está bien, ¿y por dónde quieres empezar? ¿Por las cenizas de los documentos que quemé?

—Estoy hablando en serio, Amelia —dijo Tomás un tanto molesto.

—Pues siento decirte que no te voy a acompañar en tus intentos de convertirte en detective, prefiero dejar que los días transcurran sin más hasta que se sepa algo oficial.

—¿Cómo puedes? Me refiero a cómo puedes vivir tan tranquila...

—Muy fácil, siguiendo tu propia filosofía de la que nos hablaste en el hospital, aprovecho los días sin preocupaciones ni problemas, y aprendo a ser yo misma sin más influencias que las que yo me busque.

—¿Sin preocupaciones? Eso era antes de pensar que podemos ser unos asesinos...

—Eso lo sabemos desde el principio, Tomás. Desde que despertamos en el hospital y sin recordar nada de nuestra vida nos convertimos en sospechosos.

—Pero jamás pensé que yo podría haber sido

—confesó Tomás.

—¿Y todo esto por saber que eras mecánico? Permíteme que te diga que me parece una estupidez.

—No es solo por eso.

—¿Has encontrado algo más?

—No..., pero veo todas las cosas que tengo, las fotos, cartas, emails, mi ropa, las que eran mis aficiones... Y no soy yo, sé que no soy yo. No me reconozco en absolutamente nada. La persona que era antes no se parece a quien soy hoy..., por eso pienso que..., podría ser yo el asesino.

—Podríamos ser cualquiera de los cuatro, tienes un veinticinco por ciento de probabilidades de serlo. No lo pienses más, o al menos, no me hagas partícipe de ello.

—Está bien —dijo Tomás decepcionado—. De jémoslo entonces.

Caminaron en silencio durante el resto del camino. Tomaron un helado en plaza BibRambla y disfrutaron del atardecer mientras volvían de regreso. Tomás acompañó a Amelia hasta su portal intentando alargar al máximo la inevitable despedida; a pesar de no haber hablado de nada más, disfrutaba de su compañía.

—¿Te apetece que cenemos? —se atrevió a preguntar Tomás.

—¿Cenar?

—Sí, ¿de qué te extrañas?

—No hemos hablado prácticamente de nada en toda la tarde, supuse que después de nuestra conversación estarías molesto y deseando volver a tu casa.

—Pues has supuesto mal. Me gusta estar contigo.

Amelia se sonrojó y le sonrió. Ella tampoco quería despedirse de él, pero lo cierto era que la conversación la había puesto un poco de mal humor. Intentó no pensar en ella y pasar un rato más con Tomás.

—¿Recuerdas que te conté ayer que he pasado horas y horas pintando y dibujando? —le preguntó.

—Sí, por supuesto que lo recuerdo.

—¿Te gustaría subir a mi casa y ver lo que he estado haciendo?

—Me encantaría —respondió Tomás satisfecho. Entraron en el piso y el aroma a vainilla los en

volvió en un ambiente sereno y sin las tensiones previas. Se sentaron en el sofá frambuesa y Amelia le ofreció el cuaderno de dibujo.

En la primera lámina apareció un dibujo de las vistas desde la ventana del hospital, con trazos sencillos se distinguía perfectamente el paisaje que veían cada uno de los días que pasaron ingresados. La segunda era una escueta copia del cuadro que había en la pared sobre el sofá, un vago intento de recordar el lugar que estaba en él representado.

—Me gusta más el que pintaste con quince años

—le dijo Tomás.

—Normal, a mí también —respondió Amelia sonriendo—. Lo hice para intentar sin éxito trasladarme a aquel lugar por unos instantes y tratar de recordar. Al final acabé llamando a mis padres para preguntarles dónde era, la curiosidad me estaba devorando.

—¿Y dónde es?

—En el pueblo donde nacieron y vivieron mis abuelos, Benalúa de las Villas. Me encantaría ir, pero siento que es un lugar donde me encantaba estar.

—Y a mí me encantaría, si me lo permites, poder acompañarte.

Amelia le sonrió sin responder, y le invitó a continuar viendo las láminas. Cuando llegó a la última la miró con sorpresa.

—¿Es lo que yo creo? —preguntó Tomás con timidez.

—Parece que sí..., no... no sé qué me pasó..., comencé a dibujar sin pensar, intentando vaciar mi mente y plasmarla en líneas, y sin saber cómo, apareció tú.

—No tengo palabras. Me encanta.

Entonces Amelia cogió el cuaderno, arrancó la página y se la ofreció a su amigo.

—Para ti.

Tomás la miró a los ojos con ternura y se acercó lentamente a Amelia. Le acarició la mano y subió lentamente posando las yemas de sus dedos por el brazo hasta llegar a su hombro, y después, lentamente hasta su cara. Rozó los labios alargando la caricia lo máximo que pudo, y buscó en su mirada la aprobación para acercarse un poco más. Se besaron despacio, descubriendo esa sensación, probando por primera vez el juego del amor y sintiendo cómo el mundo se paralizaba durante esos efímeros segundos.

Y como una gran tormenta, que comienza sin previo aviso, el timbre de la casa de Amelia retumbó en los oídos de Amelia y Tomás como un espantoso trueno.

—No abras —susurró Tomás.

Ambos sonrieron con timidez, sin saber si lo que estaban haciendo era lo correcto. Pero no tuvieron mucho tiempo para pensarlo, una voz al otro lado de la puerta sonó con fuerza.

—Amelia, soy el inspector Caballero. Abra la puerta. Sé que está ahí.

—¿Cómo va a saberlo? —le preguntó a Tomás.

—Es un farol. No le abras.

—Tengo que abrir. Si sabe que estoy dentro y no le abro, podría meterme en problemas.

Amelia se levantó rápidamente del sofá y fue a abrir la puerta.

—¡Menuda sorpresa! —exclamó Álvaro con el semblante serio—. ¿Qué hacen ustedes dos juntos?

¿Me he perdido algo?

—No se ha perdido nada, inspector —negó Tomás.

—Algo he de haberme perdido, hasta donde yo sé, no recordaban nada cuando salieron del

hospital y no se reconocían el uno al otro.

—Y sigue siendo así —intervino Amelia.

—Entonces, ¿qué hacen juntos?

—Con todo el respeto del mundo, no creo que eso sea asunto suyo —dijo Tomás, molesto por los comentarios del inspector.

—Todo lo que les ocurra es asunto mío, no se confunda. Todos sus actos, hasta que se descubra qué ocurrió exactamente el día uno de agosto, son asunto mío.

—Solo hemos salido a dar una vuelta, y ahora estaba enseñándole algunos de mis dibujos. No hay nada más que contar, inspector. Nos ayuda pasar tiempo juntos, estamos en la misma situación y en estos momentos es difícil encontrar alguien que nos comprenda —justificó Amelia.

—De acuerdo, de acuerdo. Bueno, tenía que haberles una visita a los dos, así que ya aprovecho que están tan juntitos, a ver si alguno puede ayudarme.

—¿De qué se trata?

—¿Les dice algo el nombre de Nicolás Trujillo?

Los ojos de Amelia se abrieron inmediatamente al oír ese nombre, y recordó haberlo visto en algún lugar. Le resultaba familiar, pero no sabía de qué.

—A mí no me dice nada en absoluto

—respondió Tomás.

—¿Amelia? ¿Qué ocurre?

—Nada, nada. A mí tampoco.

—Pero qué mal miente...

—No le estoy mintiendo —dijo Amelia con la voz insegura y las manos sudorosas.

—Verá, tengo todo el tiempo del mundo, podemos pasar aquí la noche los tres hasta que me diga de qué conocía a Nicolás Trujillo, pero intuyo que están deseando quedarse a solas.

Amelia intentó encontrar en sus escasos recuerdos una pista que le dijera algo acerca de Nicolás, pero los nervios la habían paralizado.

—Inspector, no sé quién es ese hombre. Creo que he oído su nombre antes, pero le juro que no sé cuándo ni dónde —confesó Amelia, arrepintiéndose de sus palabras a medida que las pronunciaba.

—Pues si sigue sin recordar nada de antes del accidente, ha debido oír su nombre después. Eso le mienta mucho el horizonte temporal, Amelia, haga memoria.

—Le aseguro que lo intento.

—Le daré una pista. Estuvo ingresado en el hospital hace varios meses antes de morir de la leucemia que le arrebató la vida. Y casualmente, en la misma temporada, también estuvo ingresado Julián Salcedo por unos problemas cardíacos que padecía. ¿Recuerda ahora?

Entonces, como un *flash*, apareció en su mente la analítica de Nicolás Trujillo, entre los papeles que encontró bajo los cojines de su sofá. Sintió de nuevo el mismo pánico que el día que los quemó, pero por su seguridad mantuvo la calma y fue capaz de controlar.

—Lo siento, inspector. En cuanto recuerde algo más se lo haré saber, pero por el momento eso es todo lo que puedo decirle.

—Una lástima..., creí que tendría la primera confesión..., pero quizás sea demasiado pronto.

—¿La primera confesión? ¿Acaso cree que fui yo?

—Yo no creo nada; una vez más, me limito a los

hechos. Buenas noches, pareja, que pasen una feliz velada.

Álvaro se fue dejando la tensión en el salón de Amelia. El silencio reinó durante varios minutos, hasta que Amelia, temiéndose lo peor, fue capaz de articular las palabras.

—Tienes razón, Tomás. Tengo que demostrar mi inocencia.

Al día siguiente el inspector le hizo una visita a Susi. Llegó temprano; la única que estaba despierta era Cayetana, que le invitó con su amabilidad característica a entrar y le ofreció un café.

—Aquí tiene, café solo con una cucharadita de azúcar.

—Muchas gracias, señora.

—Voy a subir a despertar a mi nieta, no tarda remos. Está usted en su casa.

Cayetana desapareció escaleras arriba, y el inspector esperó pacientemente en la cocina. No quiso sentarse, y con el café en la mano daba paseos de un lado para otro dentro de la habitación mientras analizaba cada detalle de la amplia cocina. Encontró una fotografía de Nicolás encerrada en un portarretratos de madera. Ya había visto fotos de Nicolás previamente, se las había facilitado Cayetana, que al margen del conocimiento de Susi, estaba ayudando a la policía a demostrar la inocencia de su nieta.

Susi bajó en pijama y con paso ligero descendió por la escalera para reunirse con el inspector.

—¿Han descubierto ya algo? —preguntó nerviosa.

—Nada concluyente, pero vamos por buen camino.

—¿Viene a detenerme?

—¿Acaso debería?

—¡No lo sé! —gritó Susi, a punto de echarse a llorar.

—Tranquila, Susana. Vamos a charlar, nada más.

Dime, ¿ya sabes quién era Nicolás Trujillo?

—Sí, mi abuelo —respondió bajando la mirada.

—Efectivamente. Tu abuelo. ¿Y recuerdas algo de él?

—Sigo sin recordar nada, pero dígame, por favor, ¿qué tiene que ver mi abuelo con la muerte de Julián?

—Puede que nada, puede que todo, aún no lo sabemos. Verás, cuando tu abuelo estuvo ingresado en el hospital a la espera de recibir un donante de médula, un familiar tuyo preguntó habitación por habitación a todos los pacientes que había encamados en ese momento, si querían hacerse las pruebas de compatibilidad para donarle médula a tu abuelo. Julián Salcedo sufrió de problemas cardíacos, y por las mismas fechas estuvo también ingresado en el hospital y accedió a hacerse las pruebas, con la suerte de resultar compatible con Nicolás. —Álvaro guardó silencio unos minutos a la espera de una reacción por parte de Susi.

—¿Y qué pasó? —preguntó impaciente.

—¿Seguro que no te he refrescado la memoria?

¿Sigues sin recordar nada?

—Sí, inspector, ¡seguro!

—De acuerdo..., pues bien, cuando las enfermeras le dieron esta maravillosa noticia a Julián, el mismo día que le dieron el alta hospitalaria, se negó a hacerle la donación a tu abuelo.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Susi incrédula.

—Eso no lo sabemos, puede que por miedo, por falta repentina de empatía, por querer salir del hospital lo antes posible..., no lo sabemos. El caso es que vuestra familia os enfadasteis mucho y cuando tu abuelo murió, una parte de vosotros culpó a Julián.

—Es que si no fuera por él, ¡mi abuelo seguiría vivo!

—Eso nunca se sabe.

—¿Entonces soy la sospechosa número uno?

¿Cree que lo maté por venganza? —Los nervios y el pánico volvieron a invadir su voz y su cuerpo.

—No eres la número uno.

—¿Y quién es entonces?

—No es una competición, Susana. Y ahora que lo sabes todo, espero que recuerdes pronto qué ocurrió. El inspector se levantó dispuesto a marcharse de aquella casa tras haber hecho todo lo que quería hacer, pero la llegada inesperada a la cocina de Fer nanda retrasó unos minutos su marcha.

—Inspector, ¿qué hace hablando con mi hija? Le dije que todo lo que tuviera que decirle a ella me lo dijera a mí primero.

—Ya, pero mi trabajo no es hacerle caso a usted, sino seguir mi propio criterio, y su hija tenía que saber cómo van las cosas.

—¿Le ha contado...? —preguntó furiosa Fer nanda a la vez que se arrepentía de pronunciar estas palabras.

—¿Cómo has podido ocultarme todo esto?

—Ha sido para protegerte, hija mía, no recuerdas nada y toda esta información puede confundirte.

—¡Claro que me confunde! ¡Pero estoy en todo mi derecho de saber qué está ocurriendo! ¡A lo mejor he matado a un hombre y tú me tienes encerrada en esta casa, que es peor que ir a la cárcel!

—¡No digas eso, Susana! ¡No sabes lo que dices!

—No puedo creer cómo he podido aguantarte durante tantos años...

Álvaro dejó a madre e hija discutiendo, y aprovechó la pérdida de protagonismo para marcharse de prisa antes de que se lo impidieran. Poco a poco iba resolviendo algunos cabos sueltos y sus ideas iban tomando forma en medio de la telaraña de la que había partido. Aún no debía decantarse por ningún sospechoso, pero cada vez iba teniendo más claro el camino que tenía que seguir.

La última visita pendiente del inspector era la de Tomás Iriarte, que a pesar de haberlo visto la noche anterior en casa de Amelia, había algo que quería hablar con él a solas, así que probó suerte y al salir de casa de Susi Fuentes se dirigió rumbo a la calle Paseo de Cartuja donde vivía Tomás.

—Buenos días, inspector, no le esperaba, pase

—dijo Tomás en un tono relajado pero con un toque de curiosidad, ya que después de la visita de la noche previa en casa de Amelia creyó que ya estaba todo hablado.

—Buenos días. Espero que me disculpe por robarle otros minutos más de su valioso tiempo, pero me pareció más correcto no contarle ayer una información que le incumbe únicamente a usted.

—¿De qué se trata? —inquirió Tomás.

—¿Recuerda la pregunta que le hice en el hospital?

—¿Cuál de ellas?

—Sabe perfectamente a la que me refiero. ¿Ha recordado algo acerca de las electroválvulas? ¿O qui zás le suene más familiar válvula mariposa?

—¡Ah! ¡Esa pregunta! Pues, como le dije ayer, sigo completamente en blanco, así que no recuerdo nada de ese tipo de válvulas —respondió Tomás con un tono un tanto chulesco, ya que se estaba empe zando a cansar del juego que se traía el inspector.

—Es que precisamente usted hizo un pedido de ese tipo de válvulas unos días antes del accidente, y en su taller hemos encontrado todo el lote menos una.

—La utilizaría para algo.

—¡Y tanto si la utilizó! —dijo Álvaro acompañado de una carcajada irónica.

—Me refiero a algo de trabajo, inspector. Dí game, ¿qué pretende decirme? —quiso saber Tomás.

—Permítame que siga dándole detalles. Resulta que la electroválvula que fue manipulada en el accidente es precisamente del mismo lote que las que tiene en el taller.

—Pude haberla vendido —se defendió Tomás, comenzando a sentirse inseguro ante las acusaciones del inspector.

—Además de pertenecer al mismo lote, hemos revisado las copias de las facturas que le hizo a sus clientes y en ninguna consta absolutamente nada de ninguna válvula. Todo son reparaciones menores.

—Quizás me la robaron. O lo más probable es que no hiciera factura. ¿Cuántos autónomos en este país declaran todo cuanto ingresan?

—Se defiende usted muy bien para no recordar nada.

—Simplemente me niego a aceptar que exista la remota probabilidad de que yo sea el responsable de un asesinato.

—Existe más que una remota probabilidad, señor Iriarte —respondió Álvaro con una ligera sonrisa asomando a la comisura de sus labios—. Además, la electroválvula estaba conectada a un mando que activaría la liberación de monóxido de carbono con tan solo presionar un botón... ¿Quién podría hacer funcionar algo así? ¿Un mecánico, quizás?



—¿También ha encontrado pruebas de que el mando salió del taller?

—Me temo que no, pero todo a su debido tiempo.

—¿Y qué sentido puede tener que el asesino actuara para la liberación del tóxico estando él dentro?

—No llegó a activarla, el gas se liberó a causa del accidente —aclaró el inspector.

—Entonces el asesino no causó la liberación del monóxido de carbono, ¿no?

—No como él pretendía.

—Él o ella, ¿no?

—Sí, sí, señor Iriarte, él o ella. En cualquier caso, «él o ella» manipuló el motor.

—Pero no pulsó el botón, podría haberse arrepentido en el último momento. Si nadie activó la válvula, no es asesinato, ¿no?

—En ese caso, el asesino ha tenido muy mala suerte. Pero me temo que hubo premeditación, por lo tanto es asesinato. Lo siento mucho, pero por ahí no va a conseguir escapar.

—No quiero escapar. Yo no lo hice.

—He de irme, señor Iriarte, he de irme.

Y como ya era habitual en él, se fue sin esperar una despedida, con paso firme y dejando un reguero de incertidumbre allá por donde iba.

Cuando el inspector hubo cerrado la puerta, Tomás cogió su teléfono móvil y llamó a Amelia, que respondió tras el primer tono.

—Buenos días, Tomás. Qué temprano me llamas, ¿me echabas de menos? —dijo con voz somnolienta.

—Buenos días, cielo. Claro que te echo de menos..., debería de haber pasado la noche contigo...

—le dijo con voz tímida—, pero no te llamo para decirte eso. Acaba de venir el inspector a hacerme una de sus visitas acusadoras.

La noche anterior, una vez que el inspector se marchó de casa de Amelia tras interrumpir el momento romántico, pidieron una pizza y cenaron mientras buscaban sin éxito la forma de demostrar que ninguno de los dos tenía nada que ver con aquella muerte que se empeñaba en perseguirles continuamente. Se negaban a aceptar que uno de los dos pudiera ir a la cárcel porque eso supondría separar los para siempre.

—¿Ha ido a tu casa? ¡Pero si ya te vio ayer!

—exclamó Amelia, sorprendida y preocupada.

—Sí, pero había algo que quería contarme en privado.

—Y supongo que me llamas para contármelo, ¿así que dime algo ya! —dijo nerviosa.

—Parece ser que la válvula manipulada responsable de la muerte de Julián salió de mi taller. Han encontrado otras del mismo lote que se supone que había pedido días antes del accidente. Y no hay ningún documento ni prueba alguna de que la vendiera o hiciera algún trabajo con ella. Estoy perdido, Amelia... —susurró Tomás a punto de tirar la toalla.

—Puede haber muchas explicaciones para eso...

—Ya he pensado numerosas explicaciones, pero dime alguna más creíble a que el responsable de todo fui yo —sentenció Tomás abandonando toda esperanza.

—¡No digas eso! Tomás, tenemos que ser fuertes y tener paciencia. Todo se solucionará cuando empezemos a recordar —le dijo Amelia, intentando animarlo, pero en secreto pensaba igual que Tomás.

—No quiero recordar, Amelia. Me da miedo. ¿Y si al hacerlo, me olvido de ti?

Amelia y Tomás tomaron el autobús de medio día rumbo a Benalúa de las Villas. El trayecto duró algo menos de una hora en la que pudieron disfrutar del paisaje que rodeaba la vieja carretera a pesar de las numerosas curvas que causaban algún que otro mareo a los pasajeros.

Amelia pudo identificar el pantano que se dejaba ver tras los árboles que acompañaban el camino que unía el pueblo de Colomera con el de Benalúa. Era el mismo lugar que había plasmado en el cuadro que pintó quince años atrás.

Se bajaron en la primera parada del pueblo, junto a la farmacia. Se oía música cerca de allí acompañada de las risas de los jóvenes que celebraban desde bien temprano la llegada del fin de semana.

Habían consultado un mapa antes de ir hasta allí. La casa de sus abuelos estaba en la calle Paseo; tan solo tenían que subir la calle, solo unos pasos separaban a Amelia del hogar donde pasó los mejores años de su vida.

Al bajar del autobús una señora mayor, de unos ochenta años, se los quedó mirando fijamente, intentando quizás adivinar quienes eran.

—Buenas tardes —dijo Tomás. La señora con testó avergonzada y desviando la mirada inmedia tamente. Cuando hubieron pasado su casa volvió a mirarlos, tenía la necesidad de saber quiénes eran y a dónde iban. Se sorprendió al ver que la pareja se pa raba solo unas puertas más arriba y sacaban las lla ves para entrar en la casa que llevaba cerrada ya tantos años.

—¿Tú no serás la Amelia?

Amelia se volvió, confundida, e intentando son reír le contestó:

—Sí, ¿nos conocemos?

—¡Pero niña! ¡Cómo has crecido! ¡Ven aquí que te de cuatro besos!

Amelia se acercó despacio hacia aquella mujer sonriente que tanto se alegraba de volver a verla.

La besó como solo saben hacerlo las mujeres que ya han sido abuelas y la abrazó con un cariño sin cero.

—Lo siento mucho, señora. He tenido un acci dente y he perdido la memoria, espero que tempo ralmente. He venido aquí a buscar... respuestas.

—¡Ay, niña! Yo soy la Mercedes, vecina de tus abuelos desde que tengo recuerdos. Dime, ¿qué estás buscando?

—Quiero recordar quién soy, o quién era. Entrar en esa casa y esperar a que los recuerdos regresen.

—Pero aquí no vas a encontrar nada, Amelia. No vienes a este pueblo desde hace quince años, desde que tus abuelos murieron. Aquí está tu infancia, pero dudo mucho que encuentres quien eres.

—¿Sabe si mis abuelos conocían a un tal Nicolás Trujillo?

—No me suena, hija. No hay ningún Nicolás en este pueblo, que yo sepa.

—Bueno...

—Mira, aquí no vas a encontrar respuestas. Aquí encontrarás paz, tranquilidad, equilibrio, aire puro. Aquí fuiste muy feliz —dijo Mercedes, recordando a aquella niña de ojos grandes que saltaba a la comba cada tarde en las calles del pueblo.

—¿Y por qué no volví nunca?

—Eso no lo sé. Pero quizás aquí encuentres un lugar nuevo para la nueva Amelia. Un lugar donde refugiarte.

Amelia y Tomás se despidieron de Mercedes prometiendo pasar a despedirse cuando se marcha ran de allí.

Abrieron la antigua puerta de hierro, descolorida y oxidada por el paso del tiempo. Entraron en la casa de piedra y percibieron el olor a humedad y a vacío. La temperatura dentro de la casa era unos diez gra dos menor que en el exterior, y las pequeñas venta nas de madera dejaban entrar muy poca luz. Tuvie ron que encender las luces cuando atravesaron el recibidor ya que a medida que avanzaban estaba cada vez más oscuro. Sus padres pagaban religiosa mente la luz y el agua de aquella casa por si algún día su hija decidía volver. Amelia sintió el amor y la calidez que vestía las paredes de aquella casa a pesar del frío que se hacía cada vez más evidente.

—¿Recuerdas algo de este lugar? —preguntó Tomás, observando con detenimiento la decoración de aquella casa abandonada. Las paredes lucían las obras de arte que Amelia pintó tantos años atrás, y en las estanterías repletas de libros destacaban las fotos de los abuelos de Amelia y la sonrisa de su nuevo amor con tan solo unos pocos años. Sonrió al verla, tan pequeña e inocente.

—Nada. Pero me siento bien. Me siento en calma. Es como si al atravesar esa puerta hubiera vuelto a olvidar, pero esta vez no me importa.

Amelia acarició los viejos muros que la vieron crecer.

Miró a Tomás a los ojos, y sonrió con timidez al sentir cómo su cuerpo le pedía ese acercamiento que ambos deseaban desde hacía tiempo pero que las circunstancias se lo habían impedido. Se acercó a él y besándole despacio introdujo las manos por debajo de su camiseta tocando despacio la espalda de Tomás. Se desnudaron sin prisa, inseguros. Era la primera vez para los dos en esta nueva vida que estaban comenzando a vivir juntos. Hicieron el amor explorando sus cuerpos y descubriendo el placer, y guardando en su impoluta memoria el primer recuerdo verdaderamente feliz.

*7 de marzo de 2017*

Aquella fue una noche amarga para la familia Fuentes Trujillo en el hospital Virgen de las Nieves donde permanecía ingresado Nicolás; el único posible donante de médula hasta el momento se negaba a hacerse el trasplante. Fernanda y Cayetana le daban esta terrible noticia a Susi en el pasillo del hospital, pero Nicolás pudo oírlo todo a través de la puerta. Pensó entonces en todo lo que dejaría en el mundo de los vivos, su mujer, sus hijos y sus nietos. En realidad sentía que ya había vivido suficiente y no le importaba marcharse si había llegado su hora, pero una parte de él suplicaba por seguir viviendo para estar cerca de Susi, su nieta favorita, su alma gemela. Creía que si ella no hubiera nacido, él habría muerto tiempo atrás, pero la unión que tenían le impulsaba a continuar forzando la maquinaria que cada vez necesitaba ser engrasada con más frecuencia. Pero sus dolores y enfermedades se esfumaban cuando Susi pasaba unas horas con él, se olvidaba de aquella luz al final del túnel que cada vez brillaba con más y más fuerza. Era la persona que más había querido en su vida y la simple idea de separarse de ella le atemorizaba.

También pensaba en Cayetana, en el sufrimiento que esta padecería el resto de su vida. Llevaban juntos desde los diecisiete años y ahora no sabrían vivir el uno sin el otro.

En cuanto a sus hijos, eran personas fuertes, y no tardarían mucho tiempo en superar la muerte de un padre al que apenas veían, a excepción de Fernanda, con la que convivía, pero ella era una mujer que ya había superado la muerte de un marido, la de él no le supondría tanto, pensaba Nicolás.

Hacía unos minutos que no escuchaba las voces de su familia al otro lado de la puerta y no se había dado cuenta de que Susi lo observaba con la mirada compungida y el corazón roto.

—Susi, mi vida. No estés triste. Aún queda esperanza.

—Voy a conseguir que ese malnacido se arrepienta de esta decisión, abuelo. No te preocupes que esto no ha terminado aquí.

—No digas ni hagas tonterías. No podemos forzarlo a que haga algo que no quiere, y a fin de cuentas no me conoce de nada.

—Pues créeme que no va a olvidarte tan fácilmente.

Susi salió de la habitación pasada media noche y fue el *hall* del hospital para buscar en el cartel de información dónde estaba el laboratorio de análisis clínico. Se perdió en el laberíntico pasillo varias veces hasta que por fin dio con el lugar. Esperó pacientemente a que alguien entrara o saliera del departamento para colarse dentro. Una vez que lo hubo conseguido se mantuvo escondida hasta comprobar que no había nadie. Entonces buscó algún ordenador con acceso a información de los pacientes, o algunos impresos de interés. El único ordenador que encontró operativo tenía todos los programas con clave de desbloqueo, y en aquel laboratorio no encontró más que papeles desordenados en los que no había nada que pudiera aportarle la información que necesitaba.

—¿Quién eres? —dijo una voz femenina que la sobresaltó. Se giró para mirarla y vio a una mujer morena con pijama blanco y una tarjeta identificativa en la que podía leerse «Amelia Riquelme. Técnico de laboratorio».

—Esto..., lo siento. Creo que me he perdido

—respondió con sarcasmo.

—¡Y tanto que te has perdido! Dime qué estás haciendo aquí antes de que llame a seguridad

—amenazó Amelia.

—Nada, nada. Ya me iba.

—No te vas a ningún sitio —replicó con el teléfono en la mano a punto de marcar el número.

—Está bien... Estaba buscando información sobre alguien.

—¿Sobre quién?

—Un paciente.

—Ya imagino que es un paciente. ¿De quién y por qué?

Susi se derrumbó. Comenzó a llorar de repente, sin saber si contar o no la verdad, y sintiéndose de pronto como una niña de cinco años, desprotegida y sola. Solo podía pensar en su abuelo, y en que pronto no estaría junto a ella.



—¿Qué te pasa? —le dijo Amelia en tono conciliador, acercándose a Susi preocupada.

—Mi abuelo..., se está muriendo...

—Lo siento..., ¿y es sobre él sobre quien estás buscando información? ¿Crees que los médicos no os lo han contado todo?

—No, no es sobre él... Es sobre un posible donante. Tiene leucemia.

—¿Un donante? ¡Eso es estupendo!

—No, no lo es. Accedió a hacerse las pruebas de compatibilidad, y han sido positivas. Pero ahora no quiere donar. He ido a su habitación, pero ya no está allí, han debido trasladarlo a otra...

—¿Y qué querías conseguir yendo a su habitación?

—Yo ahora sería capaz de cualquier cosa... Le odio con toda mi alma sin ni siquiera conocerlo. Mi abuelo es la persona más importante de mi vida, no sé qué voy a hacer cuando se haya marchado...

—dijo Susi derramando más lágrimas.

—Te entiendo, mis abuelos también fueron las personas más importantes de mi vida...

—¿Me ayudarás? —preguntó Susi con mirada suplicante.

—¿Qué quieres saber?

—En primer lugar en qué habitación está. Y en segundo, toda la información que puedas darme..., los resultados de su última analítica, qué enfermedad padece para estar ingresado, si tiene alguna alergia..., vamos, sus puntos débiles.

Amelia sabía que no debía hacer lo que estaba a punto de hacer, pero entendía a la chica que sería capaz de cualquier cosa, porque ella también lo habría sido. Utilizó las claves del residente que estaba de guardia y que en esos momentos dormía placidamente y buscó toda la información que pudo acerca de Julián Salcedo.

—Siento decirte que ya no está ingresado, le dieron el alta hoy.

—¡Joder! ¿Sabes? En mi mente me imaginaba como las asesinas de las películas de después comer de los fines de semana, asfixiándolo con una almohada o algo por el estilo...

—No digas tonterías, anda.

—No son tonterías... Te juro que soy capaz...

—Pues no jures tanto, que tendrías que cargar con eso toda la vida.

—Voy a cargar con la muerte de mi abuelo por culpa de ese cabrón, ya todo me da igual, de verdad.

Amelia se sentía confundida, una parte de ella no quería continuar aquella conversación, pero otra parte se sentía tan identificada consigo misma que fue la que prevaleció aquella noche. No sabía si era por el cansancio, por estar doblando turno, por lo aburrida que era su vida o por el vívido recuerdo que tenía de sus abuelos, pero Amelia se unió a Susi emocionalmente de tal forma que acabaron pasando la noche hablando y elaborando el plan que utilizaría Susi para acceder a la vida de Julián para hacerlo desaparecer de la faz de la tierra. Buscaron en internet cualquier tipo de dato que pudiera darle pistas para poder empezar, y encontraron que su página de Facebook la tenía pública, y pudieron descubrir innumerables datos de él: era divorciado, tenía dos hijos, trabajaba en el ayuntamiento de Granada, criaba pastores alemanes, tenía a su novia en Madrid, y cada vez que subía a verla ponía su coche a la disposición de quien quisiera compartirlo con él.

Amelia volvió a casa aquella mañana con el corazón en un puño. Realmente no sabía si estaba haciendo bien o no ayudando a Susi, pero por alguna razón los recuerdos de su infancia se habían vuelto muy presentes en ella esa noche. No podía quitarse de la cabeza la muerte de sus abuelos quince años atrás.

Su abuelo perdió la vida tras ser atropellado por un conductor ebrio, y su abuela murió dos meses más tarde sin presentar ninguna patología clara que la causara. Sus padres le dijeron que había muerto de pena, pero ella no creía en esa teoría tan romántica pero tan poco probable. Lo cierto era que después de haber pasado la noche con Susi, Amelia supo que ella habría hecho lo mismo con aquel conductor borracho que le arrebató lo más valioso que tenía.

Amelia había vivido hasta los catorce años en el pueblo de sus abuelos, Benalúa de las Villas, porque sus padres trabajaban muchas horas a la semana y no podían hacerse cargo de ella. Por eso no tuvo hermanos, sus padres no podían cuidar de sus hijos. El pueblo no está demasiado lejos de la ciudad, así que sus padres iban a verla todos los fines de semana. Tuvo una infancia muy feliz, creció en el campo, entre olivos y nogales, respirando un aire limpio y frío, y sintiendo el amor más puro de parte de sus abuelos.

Allí descubrió su don para la pintura, retratando con colores los paisajes del entorno de la comarca y disfrutando de una vida tranquila hasta que llegó a la adolescencia. Al poco tiempo de cumplir los trece años aquel pueblo de poco más de mil habitantes se le empezaba a quedar pequeño, y pidió hasta la saciedad mudarse a Granada con sus padres, ya que era lo suficientemente madura como para poder quedarse sola las horas en las que sus padres no estaban en casa. Después de cumplir los catorce decidió dejar su vida rural y empezar a descubrir los encantos de la ciudad de la Alhambra.

Cuando sus abuelos murieron solo un año después no pudo evitar sentirse un poco culpable por haberlos abandonado. Quizás si ella no se hubiera ido de Benalúa, ellos seguirían vivos.

Y su vida se tornó de tonalidades grises, y guardó la paleta de colores en el cajón más recóndito del que había sido su hogar durante tantos años. Se llevó a Granada su última obra, que había sido marcada por sus abuelos y la habían colgado en la pared del recibidor con orgullo, para que todo aquel que entrara en la casa pudiera ver el talento de su nieta.

Deseó la muerte de aquel ser despreciable que había deshecho su vida, pero nunca supo qué fue de él. Su familia no volvió a hablar del accidente, dándole la única explicación de que ya no tenía por qué preocuparse. Dio por hecho que había muerto y no volvió a preguntar.

Su vida avanzó con un vacío enorme que no se suplió con nada. Cuando acabó bachillerato hizo un módulo de formación profesional de técnico de laboratorio, se le daban bien las ciencias y fue para ella la vía de escape más fácil y rápida para salir de casa de sus padres, ya que nunca fue capaz de llegar a entenderse con ellos.

No volvió a ir al pueblo, al lugar donde creció y vivió de verdad. Comenzó una nueva vida, fácil y sencilla, sin emociones ni lamentos, en la que veía pasar el tiempo sin llegar a formar parte de él.

Recordar todo su pasado la despertó de ese sueño inanimado que se había impuesto, y decidió ayudar a Susi a vengar la muerte de Nicolás Trujillo que sucedería en los próximos días.

El último día de Julián en el hospital se le hizo eterno. No podría haber soportado más tiempo encerrado en aquella habitación. Le dijeron que podría irse ese mismo día a primera hora, pero hasta las dos de la tarde no le entregaron el informe de alta. Lo había acompañado Carolina en casi todo su ingreso, que pudo cogerse algunos días de vacaciones para bajar a Granada junto a su pareja. Julián llevaba diez días con sus correspondientes noches respirando el aire turbio característico de los hospitales, y deseaba poder pisar de nuevo el asfalto y oler la brisa propia del inicio de la primavera.

—Por fin nos vamos —dijo Carolina—, no entiendo por qué te han tenido aquí tanto tiempo, si hace ya varios días que estás perfectamente. ¡Vaya mierda de vacaciones!

—No te pedí que vinieras. Siento que hayas mal gastado tus días, pero venir aquí fue solo decisión tuya.

—¿Qué clase de novia sería si te dejara solo?

—No estoy solo, están mis hijos que han venido a verme todos los días, y...

—Y tu ex, sí, tu ex está hasta en la sopa. Prefiero no pensar lo que habría ocurrido si no llego a venir...

—¿Por eso has venido? ¿No confías en mí?

—preguntó Julián, notablemente molesto.

—¡Claro que confío en ti! De la que no me fio ni un pelo es de Cristina...

—Qué tontería..., hace mucho tiempo que nos divorciamos, no sé por qué te preocupa tanto.

Carolina respondió con una mueca de desagrado, y aunque sabía que Julián tenía razón, no soportaba la idea de que tuviera que mantener una relación con Cristina. «Ojalá no hubiera tenido hijos con ella», pensó.

Cuando estaban recogiendo para irse, llegó precisamente Cristina, que no sabía que le daban el alta ese mismo día. Cuando apareció por la puerta, con su sonrisa sincera, Carolina hizo un chasquido de desaprobación.

—¡Buenos días!

—Buenas tardes ya, son casi las dos de la tarde

—respondió Carolina secamente.

—Hola, Cris, has llegado por los pelos, ya nos vamos a casa —dijo Julián.

—¿De verdad? Qué buena noticia. Yo venía a traerte unos dibujos que te hicieron anoche los niños, que como hoy no íbamos a poder venir por la tarde, querían que supieras que se acuerdan de ti —aclaró Cristina entregándole un cuaderno a su exmarido.

—¡Muchas gracias! Estos niños..., tienen más poder curativo que cualquier medicina...

—No pensaba que te marcharías tan pronto, ¿no ibas a donar médula a ese paciente para el que te hicieron las pruebas de compatibilidad?

—Ya... —comenzó diciendo Julián.

—¡Pero si es para un viejo! —interrumpió Carolina.

—Caro...

—Perdón, perdón, para un señor mayor.

—¿Y? —preguntó Cristina, sin comprender.

—No va a poner en riesgo su vida por un hombre al que le quedan dos telediarios. Además, los médicos no aseguran que vaya a salir bien

—respondió Carolina.

—Julián, ¿está hablando en serio?

—Cristina..., llevo aquí ya muchos días, estoy harto del hospital, quiero volver a casa cuanto antes. Y bueno..., sí, Carolina tiene razón. No quiero so meterme a una intervención, por sencilla que sea, si no me aseguran que va a ser cien por cien efectiva.

—Si pensabas así, no deberías de haber accedido a hacerte las pruebas, Julián. Piensa en la familia de ese pobre hombre.

—Sinceramente, prefiero pensar en la mía. En mis hijos. En Carolina. No me apetece estar aquí más tiempo —decía Julián mientras Carolina mostraba una expresión de absoluta conformidad ante las palabras de su novio.

—Eres muy egoísta. Siempre lo has sido.

—¿Y a ti qué te importa? —intervino Carolina. Cristina la miró, y sonrió con tristeza.

—Espero que te mejores pronto, Julián. Hasta otra, Carolina.

Agachó la cabeza y se fue, conteniendo las lágrimas que amenazaban con inundar sus mejillas.

«Cómo ha podido dejarse manipular por esa arpía», se dijo a sí misma.

*25 de julio de 2017*

Habían pasado varios meses desde el encuentro entre Amelia y Susi. Se produjo la muerte de Nicolás una semana después de aquel día, pero Amelia no volvió a tener noticias de la chica de la que sería cómplice de asesinato. Olvidó los recuerdos amargos y la intensa tristeza que había sentido tras la conversación con Susi y retomó su aburrida vida.

Pero a finales del mes de julio su teléfono móvil sonó y en la pantalla aparecieron las palabras «nú mero oculto». Nunca contestaba este tipo de llamadas, ya que probablemente sería alguna compañía telefónica ofreciéndole gangas que a la larga salían caras. Además, eran las tres de la tarde, la hora favorita que tenían las teleoperadoras para hacer este tipo de llamadas. Dejó que el teléfono sonara hasta que se cortó la llamada. A los treinta segundos volvió a sonar y tampoco lo cogió. Pero la tercera llamada, y ya con un cabreo importante, deslizó su dedo por el símbolo verde de la pantalla de su teléfono y respondió.

—¿Quién es? —preguntó con voz áspera.

—Hola, Amelia —dijo una voz femenina al otro lado de la línea.

—¿Quién eres?

—Soy Susi Fuentes, ¿me recuerdas?

—Claro que sí. Pensaba que no volvería a saber nada de ti, desapareciste de la noche a la mañana.

—Lo sé, y lo siento. Debería de haberte avisado de que posponía mis planes un tiempo...

—O sea, que sigue en pie.

—Por supuesto. He necesitado unos meses para recuperarme, perdí las fuerzas, Amelia, y las ganas de todo. Seguía queriendo ejecutar mi idea, y a pesar de haber aceptado la muerte de mi abuelo antes de que se produjera, me ha afectado más de lo que pensaba. Hasta ahora no he podido volver a pensar en nuestra conversación de aquella noche en el laboratorio —confesó Susi en tono frío, dando a entender que ya estaba completamente recuperada.

—Siento mucho por lo que has tenido que pasar, y me alegro de que te encuentres mejor.

—Gracias. Y ahora vamos a lo importante... ¿Recuerdas la idea?

—Cómo olvidarla. Entonces, ¿quieres hacerlo?

—¿Estás completamente segura? —preguntó Amelia, sabiendo que la que no estaba completamente segura era precisamente ella.

—Sí, Amelia, lo estoy.

—De acuerdo. Esta noche te llamo con lo que haya averiguado. Dime dónde puedo localizarte.

—Mejor te llamo yo, no debemos dejar rastro.

Hasta luego, Amelia.

—Adiós, Susi.

Amelia asumía la llamada de Susi mientras se preparaba la comida, unos espaguetis a la carbonara con huevo y champiñones. Comió tranquila, saboreando despacio aquella receta que aprendió de su abuela muchos años atrás. Fregó los platos y se tumbó en el sofá durante un rato. Hasta las cinco no podría hacer nada. Esperó con paciencia viendo pasar los minutos en el reloj de su teléfono móvil. Sintió cómo los segundos se arrastraban con desgana, más lentos de lo habitual, haciendo que el tiempo transcurriera más despacio. Pero Amelia supo esperar con calma

sin desesperarse.

A las cinco menos cuarto se levantó y fue al cuarto de baño. Cinco minutos después salió de casa y se dirigió a la calle Arabial a través de las calles Gran Capitán y Emperatriz Eugenia.

Entró en el taller de coches que le había dicho Susi, en el que podía leerse en un cartel descolorido con letras granate «Chapa y Pintura», y saludó amablemente al mecánico.

—Buenas tardes.

—Hola —dijo escuetamente el mecánico, un hombre de unos sesenta años vestido con el típico mono azul oscuro manchado de grasa de coche hasta las cejas—, ¿en qué puedo ayudarle?

—Verá, es solo para preguntarle algo, no quiero robarle mucho tiempo, solo cinco minutos, pero si no le viene bien dígame, no hay problema —Amelia hablaba con timidez y cierta distancia. Estaba nerviosa.

—No, no. No se preocupe. ¡Dispare!

—Estoy escribiendo una novela que trata sobre el típico triángulo amoroso en el que la mujer que no es la elegida quiere matar a la pareja...

—¿Y dice usted que eso es típico? —respondió entre risas—. En cualquier caso, no sé cómo podría yo ayudarla...

—Pues es que había pensado en que podría matarlos en el coche, asfixiarlos con monóxido de carbono mientras estén ambos dentro, y claro, para eso deben estar viajando a algún sitio... ¿Habría alguna forma de que se pudiera liberar el «ce o» al interior con el coche en marcha?

—Claro que se puede, ¡está todo inventado ya, mujer! ¿Pero no es todo eso demasiado enrevesado?

—Cuanto más enrevesado, más creíble parece...

—Si usted lo dice... Pues mire, existe un tipo de válvula que puede insertarse en el motor del coche y programarla para que a cierta hora libere por los conductos de ventilación el tóxico en cuestión. Y bueno, también podría sincronizarlo a un mando por control remoto y liberarlo en el instante que desee...

—¿De verdad?

—Ya le digo, joven, que ya pocas cosas deberían sorprendernos...

—Y una última cosa, ¿cómo se llama ese tipo de válvula y cómo podría conseguir una?

—¿Y para qué la quiere?

—La información que usted me ha dado me resulta muy útil y se lo agradezco, pero para poder describir perfectamente el método que utiliza mi



protagonista para matar a su ex y a su amante me gustaría poder entender perfectamente el mecanismo de funcionamiento..., no quiero meter la pata, que ya sabe..., luego viene la crítica y se le saca punta a todo...

—Bueno bueno, como quiera. Pues ahora mismo no tengo en el taller, podría pedir las esta tarde y mañana mismo las tendría aquí —dijo el mecánico mientras consultaba unas viejas libretas manchadas de aceite.

—Pues si me hace usted el favor..., mañana me paso a recogerla.

—Estupendo. Hasta mañana entonces.

Amelia salió de allí con las piernas temblando, más nerviosa de lo que esperaba, y mientras se alejaba de allí escuchó gritar al mecánico con el que había estado hablando:

—¡Tomás! ¡Pide electroválvulas! ¡Las necesito para mañana!

Tomás pasó toda la noche pensando en la mujer que había entrado en el taller aquella tarde y que había estado hablando con su socio. Cuando llegó a casa pensando en que tendría ocasión de verla y hablar con ella al día siguiente, se encontró a Eva en pijama tumbada en el sofá mientras comía patas fritas y veía la televisión.

—Qué contento te veo hoy, ¿qué pasa? ¿Te ha tocado mancharte de la grasa de un BMW?  
—dijo Eva con una sonrisa falsa en sus labios.

—¿Y tú? ¿Has hecho algo más que comer por querías y ver la tele?

Esas fueron todas las palabras que se dijeron esa noche.

Tomás se duchó y cenó algo sencillo. Se fue a la cama temprano y se durmió enseguida.

Pasó toda la mañana siguiente en el taller nervioso pensando que quizás la mujer de la válvula mariposa llegaría antes de que cerraran a las dos de la tarde, pero ella no apareció. Comió de tapas en un bar de la Glorieta de Arabial, no quiso subir hasta su casa, no le apetecía ver a Eva sin hacer nada.

Se fumó el primer cigarrillo de la tarde y comenzó a trabajar media hora antes. Aprovechó para preparar la electroválvula y la manipuló para asegurarse de que estaba en perfecto estado. Tenía que matar el tiempo haciendo algo, así que cuando llegó Pedro, su compañero, el taller ya estaba abierto.

—¡Qué puntual has llegado hoy! ¡Qué raro!

—¿Qué dices? ¡No es tan raro!

—¿No? ¡Pero si llegas todos los días diez minutos tarde, hombre! Y ya sabes que no me importa..., pero me extraña verte ya aquí.

—No he ido a casa a comer, me he quedado por aquí tomando un par de cervezas...

—Podrías habérmelo dicho y te habrías venido a mi casa a comer, que ya sabes que vivo aquí al lado...

—No te preocupes..., necesitaba pensar un rato.

—¿Siguen mal las cosas con Eva?

—Cada día peor, estamos retrasando lo inevitable, no sé ni siquiera por qué seguimos juntos.

—Porque os habéis querido mucho, Tomás. Y hay que luchar por el amor.

—Pero ya no hay amor. Ella dejó de quererme mucho antes que yo, y sufrí mucho al ver cada día como se alejaba de mí. Pero ahora..., evito pasar tiempo con ella, pierdo el tiempo caminando por la calle, en bares, en cualquier lugar...

—¿Y por qué no rompéis? —preguntó Pedro arrepintiéndose al instante. Sabía que ese tipo de su gerencias no debían hacerse. Si seguían juntos, Tomás sabría que él pensaba que lo mejor era dejarlo, y si se separaban y en algún momento se arrepentía, podría culparlo por haberle aconsejado que cortaran.

—Creo que los dos lo estamos deseando, pero ninguno se atreve a dar el paso.

A las cinco en punto entró la mujer que llevaba veinticuatro horas viviendo en su mente, con la mirada inquieta y una sonrisa tímida.

—¡Muy buenas! —dijo Pedro—. Ahora mismo te atiendo.

—No te preocupes, Pedro, ya la atiendo yo

—Tomás habló con la voz temblorosa y más baja de lo normal—, venía a por la electroválvula, ¿no?

—dijo dirigiéndose a Amelia pero sin mirarla directamente a los ojos.

—Sí —respondió ella rápida y escuetamente, deseando marcharse de allí lo antes posible.

Tomás cogió una con las manos desnudas y la introdujo dentro de una bolsa de plástico. Se la entregó a Amelia.

—Y hablé ayer también con su compañero acerca de la posibilidad de sincronizarla con un mando.

—Me temo que mandos no tenemos, lo siento.

—Bueno, no hay problema, gracias igualmente. Amelia pagó la válvula sin insistir en el mando,

y sin esperar a recibir el cambio se marchó de allí. Tomás la observó irse con la garganta seca, que riendo presentarse, saber su nombre, saber todo sobre ella. Pero en esta ocasión el tiempo voló y los cinco minutos que permaneció frente a la salida mirando en la dirección en la que Amelia se había ido le parecieron tan solo unos segundos.

—¿Qué te ha pasado, Tomás? Te has *quedao* clicado...

—Es... esa chica...

—¿Qué pasa con ella?

—Nada..., nada.

—No se habrá ido sin pagar, ¿no?

—No, no...

—Creo que te van a venir bien las vacaciones, Tomás.

—¿Estás seguro de querer cerrar el taller todo agosto?

—Granada en agosto está completamente vacía, no merece la pena pasar aquí los días de brazos cruzados. Es mejor que descansemos todo el mes.

—¿A dónde irás este año?

—Voy a hacer un crucero con mi mujer por el Nilo..., una segunda luna de miel para celebrar nuestro treinta y cinco aniversario...

—¡Vaya! ¡Enhorabuena! —dijo Tomás de cora zón. Le envidiaba. Pedro estaba perdidamente enamorado de su mujer después de tantos años. Además, no habían tenido hijos, decidieron dedicarse la vida el uno al otro en exclusiva y disfrutar de haber encontrado el amor. Tenían mucha suerte, casi ninguna pareja encontraba la felicidad después de los tres o cuatro primeros años. Ellos eran, desde luego, la excepción que confirmaba la regla.

—¡Gracias!

Pasaron el resto de la tarde trabajando en silencio. Tomás pensaba en cómo podría cambiar su vida. Ojalá pudiera volver al pasado y actuar en ciertas ocasiones como realmente le habría gustado. O mejor aún. Ojalá pudiera olvidarlo todo y empezar de cero.

Amelia volvió a casa disfrutando de una sensación nueva para ella. La venganza manipulaba sus pensamientos y sus acciones a su antojo, a pesar de que habían pasado tantos años desde la muerte de sus abuelos, ella la experimentó como si por fin pudiera llegar a librarse de ese sentimiento de tristeza que la tenía sumida en un mundo vacío y roto.

Cuando llegó a casa repasó los informes y analizó las que había extraído ilegalmente del hospital. Quería comprobar y estar completamente segura de que la médula de Julián Salcedo era compatible con la de Nicolás Trujillo. Y efectivamente lo era. Guardó los papeles debajo de los cojines del sofá, dejando para otro momento el deshacerse de ellos.

Unas horas más tarde recibió otra llamada de Susi.

—Ya tengo la electroválvula. Solo nos falta el mando.

—No te preocupes por eso, conseguiré uno sin problema. Y conectarlos es muy sencillo, podría haberlo incluso un alumno de instituto. Me las arreglaré.

—¿Estás segura?

—Desde luego que sí.

—De acuerdo. ¿Y cómo piensas manipular su coche sin que se dé cuenta?

—Le he estado siguiendo estos días. Fue sencillo, cuando me facilitaste su dirección me fui a su casa de inmediato y estuve vigilando sus idas y venidas. Es un hombre simple, con una rutina muy marcada. Muy predecible. Y el garaje donde guarda el coche es de fácil acceso.

—Parece que te has dedicado a esto toda la vida...

—No, pero cuando tienes un objetivo claro, hay que atar todos los cabos. Aún así estoy nerviosa. No sé cómo actuaré el día que me suba en su coche como si no pasara nada y compartir con ese hijo de puta cinco horas de mi vida.

—Lo que no entiendo es por qué quieres ir en el coche, ya sabes que podrías haber programado la válvula para que liberara en monóxido de carbono a una hora determinada.

—Pero si hiciera eso pondría en riesgo la vida de otras personas, Amelia. No puedo estar segura de la hora concreta a la que Julián estará solo en el coche. Viajando yo con él, sabré el momento exacto en el que todos los acompañantes hayan bajado del coche. Y será justo ahí cuando presione el botón.

—Sí que lo tienes todo estudiado. Puedo acompañarte si quieres, si eso va a hacer que te sientas más tranquila —propuso Amelia, hablando antes de pensar.

—Me encantaría..., pero ya has hecho demasiado por mí; además, ¿no sería peligroso?

Ante una posible investigación..., que nos hayan visto juntas...

—Al revés, ¿no crees? En esa situación nos será fácil hacernos pasar por desconocidas...

—Está bien... Sí, me sentiré así mucho más segura.

—Y dime, ¿qué harás después? ¿Cuando todo haya acabado?

—Pasaré un par de días en Madrid, y otros tantos en un festival en Castellón. Y después cualquier cosa antes de volver a Granada en una temporada. A lo mejor viajo durante unas semanas. Sin rumbo ni destino fijo.

—Espero que todo salga bien y puedas sentirte liberada después de que todo esto haya pasado.

—Va a ir bien, Amelia, estoy completamente segura. Julián Salcedo morirá, no te quepa la menor duda.

*14 de agosto de 2017*

Tomás y Amelia quedaron para cenar una de esas noches de agosto en las que la brisa acaricia con su vidad los rostros de los que han encontrado el amor. Subieron al barrio del Albayzín y se sentaron en una terraza de la plaza Aliatar, junto a la fuente situada en el centro, que con la luz encendida reflejada en el agua producía una sensación preciosa.

—¿Sabes? A pesar de estar en la situación en la que estamos, creo que nunca he sido tan feliz como lo soy ahora contigo —dijo Tomás.

—¡Qué tonto! ¡No puedes saber eso!

—Sencillamente lo sé, créeme. Es imposible que exista algo mejor que estar entre tus brazos. Es imposible que haya podido besar a alguien como te beso a ti.

Amelia, sonrojada, sentía exactamente lo mismo, pero sus palabras se le habían agarrado a la garganta decidiendo no querer salir al exterior. Se limitó a mostrar una tímida sonrisa y a acariciar su mano.

—Siempre voy a estar aquí para ti, Amelia.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—¿Acaso tú no lo estás?

—Creo estarlo, pero las cosas pueden cambiar de una forma tan drástica...

—Pero estamos conociéndonos sin saber nada de nuestro pasado, sin que nos influyan otras historias, ni terceras personas, ni las pequeñas cosas del día a día que van enturbiando las personalidades de la gente que vive atada a una vida. Nosotros ahora somos simplemente nosotros.

—Puede que uno de los dos sea un asesino

—susurró Amelia.

—Pero ninguno de los dos lo es ahora, ni quiere serlo. Si a alguno de los dos las circunstancias nos llevaron a cometer un asesinato, no son las mismas circunstancias que estamos viviendo ahora.

—Tomás..., cuando la verdad se sepa, lo único que podría salvarnos sería que el culpable fuera Susi o Zacarías.

Tomás frunció el ceño y pensó unos minutos en esas palabras antes de ser capaz de continuar con la conversación.

—Entonces me estás diciendo que..., si se resuelve que el culpable fuera yo, ¿lo que sientes por mí desaparecería?

—No, Tomás, no he dicho eso. De hecho pienso en la situación contraria..., si la que quiso matar a Julián fui yo, si yo fuera una asesina, no querría que volvieras a estar conmigo, te mereces algo mejor.

—Eso déjame que lo decida yo.

Ambos se sentían inseguros y tristes por no poder disfrutar de esa relación al cien por cien. Se habían enamorado en solo unos pocos días, así como comienzan las intensas historias de amor que se desvanecen a los pocos meses... Ninguno quería admitir que era una historia imposible, que había comenzado a causa de una muerte, y que eso no era una buena señal.

—¿Crees que si nos hubiéramos conocido antes del accidente hubiera surgido algo entre nosotros?

—quiso saber Amelia.

—¿Me estás preguntando si creo en el destino?

—No, no lo sé. Quizás en otras circunstancias, el amor no nos habría juntado.

—Te vuelvo a repetir que antes del accidente éramos diferentes, manipulados e influenciados por otras personas, por otras vidas. Esto mismo ya me lo dijiste tú un día, Amelia. A lo mejor las personas que éramos antes no se habrían gustado. De hecho estoy seguro de que ni siquiera me gustaba yo a mí mismo

—confesó Tomás.

—Puede que tengas razón...

Y ensimismados en sus pensamientos y en sus palabras, ninguno de los dos se dio cuenta de que Carolina y Zacarías cenaban unas mesas más allá. Los observaban atentamente, intentando adivinar las palabras que se decían acompañados de tantos gestos de cariño.

Carolina no daba crédito a lo que veía, y la idea de que ambos estaban compinchados y estaban en gañando a todos se materializó en su mente en solo unos segundos. Llena de rabia se levantó de su asiento haciendo caso omiso a los consejos que le daba su padre, y se acercó a la mesa donde estaban cenando Amelia y Tomás.

—Muy buenas noches —dijo haciendo una mueca con la boca mientras levantaba una ceja.

Amelia y Tomás se miraron intentando transmitirle lo que debían decir mediante telepatía sin éxito alguno.

—¿Qué hacéis? ¿Hablando de lo que haréis cuando estéis en la cárcel?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Amelia de mala gana.

—¿Qué hacéis juntos?

—No te importa.

—Claro que sí me importa. Hasta donde yo sé vosotros dos no os conocíais de nada.

—Pues ahora sí nos conocemos, ¿algún problema? —intervino Tomás.

—Claro que sí, vosotros sois mi problema, vuestras mentiras son mi problema.

—¿Pero qué mentiras?

—Amelia, ignórala, pasa de ella.

—Pagaréis caro la muerte de Julián.

—Adiós, Carolina, que pases una buena noche.

Carolina, llena de odio, volvió a la mesa junto a su padre. Una vez que se sentó y se calmó un rato cogió su teléfono móvil y le envió al inspector un mensaje: «Tomás Iriarte y Amelia Riquelme están cenando juntos». Álvaro no respondió, dejando a Carolina una intensa sensación de impotencia que la estaba llevando poco a poco a la locura.



Fernanda sabía que su hija era la culpable de la muerte de Julián. Estaba completamente segura, a pesar de no tener ninguna prueba. Cuando Nicolás murió, la personalidad de Susi cambió por completo, y no solo por la depresión profunda en la que vivió durante unos meses, sino porque la alegría y la sonrisa desaparecieron para siempre de la vida de la joven. Su humor se convirtió en una nube negra que la acompañaba allá donde iba, y la expresión inocente y pura de sus ojos se transformó en una mirada de una profundidad turbia y oscura. Ya nunca sería su niña, ya no volverían a charlar acerca del futuro y del amor, porque el futuro de Susana desahució el día que Nicolás murió. Susi se empeñaba en afirmar constantemente que Julián había matado a su abuelo a pesar de que Fernanda y Cayetana le decían que se equivocaba, que no podía pensar así, que la hora de Nicolás había llegado y que Julián estaba en todo su derecho de decidir sobre su cuerpo, e incluso que si hubiera aceptado someterse a la intervención podría haber salido mal. Nicolás estaba muy débil, y era ya muy mayor para soportar algo así. Pero Susi se negaba a aceptar esa realidad maquillada, ella sabía que si Julián hubiera aceptado, su abuelo, su compañero de aventuras, seguiría cogiéndola de la mano cada día mientras le hablaba de sus efímeros recuerdos.

Fernanda sabía que su hija era una asesina, y siempre supo que su inteligencia brillante la acabaría traicionando en algún momento. La única solución que veía para poder salvar a su hija era hacer que no volviera a recordar nunca. Y por eso se empeñaba constantemente en encerrarla en una habitación desprovista de recuerdos. Escondió los álbumes de fotos y los vídeos VHS de hacía ya tantos años. ¿Por qué se olvidaría de quitar aquella foto?

Si su hija recordara lo que pasó sería el final de su vida, pero Fernanda no iba a permitirlo, si eso ocurría se la llevaría lejos, huirían hacia cualquier lugar donde ser invisibles y empezar una vida nueva. Pero Susi no quería ir con ella a ningún sitio, la odiaba, y no sabía por qué. Ese era el único comportamiento que había prevalecido en Susi, el odio hacia su madre se instauró en ella el día en que Nicolás murió y su madre no hizo nada para vengar esa muerte. Porque le decía que tenía que superarlo, que al fin y al cabo era ley de vida, y que con la enfermedad que padecía su abuelo era cuestión de tiempo que falleciera. Susi odió el conformismo de su madre, la frialdad de sus comentarios, la facilidad para superar esa muerte. Y es que Fernanda siempre estuvo celosa de la relación que tenían abuelo y nieta, y nunca llegó a comprender por qué su hija quería más a su abuelo que a su propia madre, y por qué su padre quería más a su nieta que a su propia hija.

El inspector Caballero comenzó a ponerse nervioso al ver pasar los días sin tener claras aún las circunstancias que resolverían el caso del asesinato de Julián Salcedo.

En su desordenado despacho analizaba todos los documentos de los que disponía, pero ninguno le ayudaba a dar pasos definitivos hacia delante. Necesitaba decantarse por uno de los sospechosos y cen trarse en las pistas que lo pudieran incriminar. Nunca había tardado tanto en resolver un caso y sin duda alguna sería una mancha negra en su perfecta trayectoria profesional.

Comenzó repasando el informe que había realizado acerca de Zacarías Sureda. ¿Qué motivos podría tener un anciano para matar al novio de su hija? No tenía material para poder acusarlo, porque que no le gustara Julián como yerno no era un motivo para acabar con su vida, ¿o sí?

Por otro lado pensaba en Carolina. Podría haber sido la cómplice de su padre para acabar así con una relación de la forma más drástica. Además, no le había gustado que se hubiera entrometiendo en medio de sus investigaciones. Susi le informó sobre la visita que le hizo Carolina y aunque ya le había hecho una advertencia para que se mantuviera al margen de la investigación amenazándola con que con ello podría perjudicar a su padre, no estaba del todo convencido de que se hubiera rendido.

En cuanto a Tomás, tenía algunos hilos de los que tirar, pero aún no había podido confirmar nada. Además, Pedro, su socio, estaba completamente in comunicado, no había logrado hablar con él. Quizás pudiera explicar por qué la válvula había salido de su taller. Tendría que esperar a que volviera de sus vacaciones en septiembre.

Con Amelia estaba aún más perdido. No encontraba nada que pudiera relacionarla con la víctima, a excepción de que trabajó en el mismo hospital donde estuvo ingresado Julián. ¿Pero acaso eso podría tener algo que ver?

Y finalmente Susi. A pesar del turbio asunto familiar que tuvieron que vivir varios meses antes, por más que buscaba a través de los entresijos de ese laberinto no hacía más que toparse con callejones sin salida. Y una cría de veintiún años no sería capaz de matar a nadie.

Susi se despertó sintiendo que el vacío habitaba en su corazón, que su cuerpo iba muriendo poco a poco a pesar de su juventud, que las horas se alargaban prolongando esa agonía que la martirizaba día tras día. Deambulaba por su casa como un zombi que desea volver a su tumba, como un títere de madera que quiere seguir atado a esas cuerdas que lo mecen en la indiferencia.

Desde que el inspector le había dicho que Julián podría haber salvado la vida de su abuelo, no podía dejar de pensar en la posibilidad de que la respuesta de todo fuera ella. No sabía cómo podía reaccionar ante un duro golpe porque no se conocía a sí misma, pero llegó a la conclusión de que podría haber llegado a justificar esa muerte si para ella la vida hubiera dejado de tener sentido.

Salió de su dormitorio aún con el pijama puesto en busca del desayuno que cada mañana le preparaba su abuela: tostadas de pan rústico con mantequilla y miel acompañada de un café bien cargado. Cuando entró en la cocina Cayetana no estaba, y el silencio penetró en sus oídos impidiéndole oír nada más. La barra de pan estaba junto al tostador, el cartón de leche junto a su taza y la cafetera con el café aún caliente. Y la mantequilla y la miel sobre el mantel individual que Cayetana había colocado con mimo encima de la mesa.

—¿Abuela?

Salió de la cocina y miró dentro del salón, pero no había nadie. Abrió la puerta del jardín y asomó la cabeza.

—¿Fernanda?

No había nadie en casa. Era la primera vez desde el accidente que la dejaban sola en casa. Se preparó el desayuno y comió con la mirada perdida en su olvido.

Fijó sus ojos en la silla que quedaba justo en frente de ella, donde se sentaba, sin Susi saberlo, su abuelo Nicolás cada mañana para desayunar con ella esas tostadas con miel y mantequilla. Y como un toro, la tristeza arremolcó con todos los pensamientos incoherentes y difusos que habitaban en su mente. Comenzó a llorar con la ansiedad propia de quien ha sufrido un episodio devastador, un abandono imprevisto, una marcha sin despedida. Lloró mientras sentía que se deshidratava, mientras pensaba que las lágrimas no podían ser infinitas. Y a medida que la tristeza la consumía, el odio se abrió paso entre la oleada que se derramaba por sus mejillas: un odio puro, un odio intenso, un odio dañino que llenó ese vacío con el que amanecía cada mañana. Y la sed de venganza manchó sus recuerdos de sangre, y a pesar de que el olvido aún persistía dentro de su memoria, la certeza de haber deseado una muerte más que continuar manteniendo su propia vida, borró por segunda vez la inocencia que un día la había caracterizado y con la mirada sumida en la mayor de las profundidades comenzó a idear un plan que la alejara de la ciudad que sería la cárcel de sus recuerdos.

Carolina y Zacarías ordenaban la pequeña habitación en la que convivían desde hacía casi diez días. Los roces de la convivencia se hacían más evidentes cuando el espacio compartido era tan reducido, y ambos pensaban en secreto que habrían preferido habitaciones separadas a pesar del doble desembolso que eso supondría. Pero por no herir los sentimientos el uno del otro aguantaban la compañía con resignación. Cada vez sus conversaciones iban a menos y Carolina estaba cansada de la situación que estaban viviendo. Quería que se descubriera cuanto antes quién había querido acabar con la vida de Julián, pero por más que pensaba, había perdido el hilo del que tirar. Los tres eran para ella los perfectos candidatos para ser unos asesinos, en todos podía ver la mentira y la venganza, pero tenía muy pocas pistas y muy poco material. Y el inspector le había prohibido continuar investigando «o pagaría las consecuencias», le había dicho. Tras pensarlo detenidamente había decidido dejarlo en manos del inspector y canceló sus planes en los que aún tenía pendientes las visitas a Tomás y a Amelia a pesar de que haberlos visto juntos aumentaba sus sospechas considerablemente. Además, el inspector no había respondido a su mensaje de la pasada noche y se

preguntaba si con él habría lanzado piedras sobre su propio tejado empeorando la situación de su padre.

—Estoy harto de estar aquí, hija. ¡Quién me mandaría subirme a ese maldito coche! —Miró a su hija mordiéndose el labio inferior, sabiendo que no debería de haber dicho eso, pero estaba verdadera mente cansado de Granada. Echaba de menos la gran ciudad, su barrio de Salamanca, su Puerta del Sol y su Catedral de la Almudena. Había intentado disfrutar de Granada como le había aconsejado el doctor Cabeza, pero le estaba resultando imposible; se sentía ahogado en aquel pueblo grande. Reconocía y admiraba la belleza de la ciudad, pero para un máximo de tres días. Nunca había pasado tanto tiempo fuera de Madrid, y cada día se le hacía más largo.

—Yo también estoy harta, papá, pero no podemos hacer nada, y lamentarse no soluciona las cosas. Solo nos queda esperar.

—¿Esperar? ¿Y tu propósito por desenmascarar al culpable? —preguntó Zacarías extrañado, ya que no comprendía el porqué de su abandono con lo insistente que se puso en ahondar en la vida de los sospechosos.

—Parto de cero, papá, no tengo nada. Todos son sospechosos para mí y es cierto que no soy objetiva. Tenías razón. Solo espero que el inspector resuelva esto pronto. Yo también echo de menos Madrid.

Un par de horas después, que a ambos le parecieron eternas, llamaron a la puerta de la habitación.

—¡Inspector! ¡Qué sorpresa! —saludó Zacarías.

—He venido a daros una buena noticia.

—¿Ya ha detenido al culpable? —preguntó Carolina esperanzada.

—Buenas noticias, pero no tan buenas...

—Entonces, ¿qué pasa, inspector?

—Podéis volver a casa.

—¿Cómo dice? —dijo Zacarías estupefacto.

—Pues que no puedo retenerles más tiempo aquí. No hay nada, ninguna prueba que indique que usted, Zacarías, tuvo algo que ver. De todas formas les mantendré informados. —El inspector hablaba decepcionado, una parte de él siempre pensó que el culpable estaba relacionado con la vida de Carolina, y que indirectamente ella había tenido algo que ver.

—¡Caro, hija! ¡Nos vamos a casa!

—Ya he oído... —respondió con la duda asomando a sus labios—, y dígame, inspector, ¿qué ha sido juntos Amelia y Tomás? ¿Sabía algo de eso?

—Desde luego que sí, ya le dije que se mantuviera al margen, que lo dejara en mis manos. Siguen asegurando que no recuerdan nada, y por el momento no nos queda más remedio que creerles. Es cuestión de poco tiempo, créanme.

—¡Volvemos a Madrid! ¡Caro! ¡No te preocupes más! ¡Lo peor ya ha pasado! —decía Zacarías una y otra vez entusiasmado.

—Papá, por favor. Aún queda saber quién mató a Julián... —recriminó Carolina, que pese a haberse quitado un peso de encima sabiendo que su padre estaba fuera de la investigación, lo más importante era aún una incógnita.

—Sí, claro, por supuesto. Pero podrías alegrarte un poco, ¡que tu padre ya no es sospechoso! ¡Y por demos irnos de Granada!

—Siento mucho que se lleve tan mala impresión de Granada, Zacarías —dijo el inspector con su característica seriedad.

—¡No hombre, no! ¡Si Granada está muy bien! Pero como la casa de uno..., usted ya me

entiende..., y después del accidente, necesito descansar en mi cama, tener mis cosas, ver a mi médico...

—Bueno, pues lo dicho. Siento mucho haberles hecho pasar aquí todo este tiempo, y en cuanto tenga noticias se las haré saber.

Se estrecharon la mano con frialdad y se despidieron para no volver a verse. La pesadilla para los Sureda había terminado.

Tomás se había instalado en casa de Amelia. Habían decidido compartir su tiempo y sus vidas. La felicidad se había empeñado en perseguirlos, pero no conseguía llegar a alcanzarlos. Estaban en una situación intermedia que los desconcertaba, pero decidieron disfrutar de la marea y dejarse mecer por sus olas. Vivían una relación a contrarreloj, por lo que intentaban disfrutar de cada minuto, de cada segundo, el uno del otro.

Pasaron los días conociéndose y compartiendo sus pensamientos e inquietudes acerca de la vida que estaban viviendo. Tomás conoció a los padres de Amelia, quienes pese a estar preocupados por su hija, se alegraban de verla, por primera vez, disfrutando la vida y viviéndola al máximo. Les gustó mucho Tomás, un hombre humilde y sincero, y que miraba a Amelia con absoluta devoción.

Quedaron también con las amigas de Amelia, con Rebeca y el resto del grupo. Quiso darles una segunda oportunidad e intentar borrar el incómodo episodio que vivió con Rebeca, pero conforme la fue conociendo un poco más, más aún la detestaba. Se guía preguntándose cómo pudo ser su amiga en otro tiempo, o peor aún, cómo era la misma Amelia años atrás para rodearse de personas como ella. Decidió romper por completo esa relación y mantener tan solo a las personas que le transmitían paz y con fianza, y solo actuar según lo que su corazón le dictara. Por eso pasaba las horas enteras con Tomás, porque la oportunidad de vivir un amor verdadero no la tiene mucha gente, que suelen conformarse con aquellas parejas que se cruzan por sus caminos con dos copas de más y un te quiero dicho antes de tiempo.

Una tarde cualquiera de aquel mes de agosto, cuando Tomás y Amelia disfrutaban de la película *Amor a quemarropa*, llamaron al timbre con insistencia. Bajaron el volumen de la televisión y se miraron en silencio, acordando sin palabras no abrir la puerta. Pero el timbre sonó y sonó, sin descanso y sin rendirse.

—¡Abran la puerta de una vez si no quieren que la tire abajo! —oyeron decir al inspector al otro lado.

Amelia y Tomás se miraron asustados, sin saber qué hacer, bloqueados.

Amelia se temía lo peor, ser acusada de asesinato, que la detuvieran, que la separaran de su gran amor. Le asustaba que se descubriera una verdad que desconocía, una identidad con la que no se identificaba. Una Amelia que ya no era.

Tomás, nervioso, pensaba en cómo podría vivir sin Amelia si la detenían. Sabía que si la asesina era Amelia, no querría continuar la relación con él. Si ella iba a la cárcel, la historia de amor se rompería en mil pedazos. Deseó ser él el acusado, ser él quien acabara entre los barrotes de una celda.

Amelia besó con suavidad a Tomás en los labios.

—Te quiero —dijo ella.

—Te amo —respondió él.

Abrieron la puerta y se encontraron de frente al inspector Álvaro Caballero, con la mirada serena y el rostro serio. Miró las manos entrelazadas de la pareja que estaba a punto de romper, y con la voz ronca y pesándole las palabras, logró decir:

—Tomás Iriarte, queda usted detenido.

El aire se congeló y contuvieron la respiración durante unos segundos. Después, tras mirarse a los ojos diciéndose adiós, los dos volvieron a respirar, aliviados.



*1 de agosto de 2017*

*Amelia Riquelme*

*Espero no tener que arrepentirme de esto algún día. A medida que mis pasos avanzan hacia el encuentro de Susi y Julián, siento el palpitar de mi corazón más y más rápido, como si este maldito órgano supiera que iba a ser cómplice de un asesinato. He pensado tantas veces en no subirme a ese coche, que ahora no sé si realmente estoy yendo hacia allí o estoy simplemente soñando.*

*También he tratado de convencerme muchas veces de que haciendo esto me liberaré de mis fantasmas, y conse guiré mirar hacia delante y empezar de cero, pero, ¿y si me equivoco? ¿Y si haciendo esto solo hago mi herida aún más grande? ¿Y si esta muerte se adhiere a mi pecho como una daga envenenada que condenaría mis días al destierro? Cuánto me gustaría saber cuál es la decisión acertada, saber que guio mis pasos por el camino correcto, sin ningún miedo a equivocarme, sin temor al fracaso. Pero al fin y al cabo, así es la vida. Una encrucijada constante, un ir y venir de historias, unas que terminan y otras eternas.*

*Es uno de los días más calurosos del verano, y el sudor de mi frente desvela que llevo el infierno auestas.*

*Ya estoy cerca del punto de encuentro, y estoy cada vez más nerviosa, espero de veras que no se me note este malestar que me impide forzar una simple sonrisa.*

*Pero, un momento, ese que está ahí... ¿no es el del taller? ¿Con una maleta de mano? Solo hay un coche esperando a que llegue el resto de pasajeros. Solo uno.*

*¿Se acordará de mí? Espero que no, porque si no estoy perdida...*

*Me está mirando, allí, al otro lado del semáforo. Sí, parece que se acuerda de mí, y ya me ha visto, ¿qué hago? Ya no puedo huir. ¿Por qué cojones me habré metido en este embolado?*

*Me mira. Me mira y me sonríe. ¿Por qué me sonríe?*

*Se acerca a mí, con esa cara de embobado con la que los hombres miran a las modelos culonas.*

*—¡Hola! ¿Te acuerdas de mí?*

*¿Por qué me está hablando? ¡Claro que me acuerdo de*

*él!*

*—El mecánico, ¿no?*

*—Me llamo Tomás. —Parece tímido, avergonzado. Decido no responderle, estar seria, distante.*

*¡Qué puñetera mala suerte tengo!*

*—¿Y tú? ¿Cómo te llamas?*

*—No he venido aquí a hacer amigos —le digo seria y*

*sin mirarle, intentando parecer indiferente.*

*—Siento haberte molestado.*

*Avanzamos los escasos metros que nos quedan hasta el coche en completo silencio.*

*Susi ya está ahí.*

*Somos los últimos. Evito mirarla a los ojos. La noto tranquila, segura de sí misma, como si no estuviera a punto de cometer un asesinato. Como si ya lo hubiera hecho antes.  
Como si no le importara.*

### *Tomás Iriarte*

*Necesito escapar de esta vida aburrida, de estos días idénticos que transcurren despacio en una casa demasiado pequeña para compartirla con alguien a quien ya no quiero. Al despedirnos he sentido un alivio enorme, y aun que solo me voy unos días, la sensación que he sentido al decirle adiós a Eva ha sido como si fuera una despedida definitiva. Como si este viaje desencadenara un antes y un después en esta relación que se desvanece día tras día. Ojalá tuviera el valor de no volver jamás. Ojalá cuando regrese ella ya no esté. Ojalá... Siempre viviendo de sueños pero atado a esta vida que me consume y me hace cada vez más infeliz. Ya no recuerdo la última vez que creí que era un tipo con suerte. Quizás el día que Eva se fijó en mí. Sí, esa milésima de segundo en la que sentí sus ojos trasluciendo dándome a otro universo. Siempre me sentí inferior a ella. Siempre pensando que es demasiado guapa para mí, demasiado mujer. Pero estaba tan engañado... No era como esperaba, no era esa chica que me mostró ser durante los primeros meses. Cuando ya estaba ciegamente enamorado de ella, dejó ver su verdadera identidad: una mujer mani puladora y desquiciada.*

*Y ahora estaba cayendo en la misma trampa, otra vez estaba pensando en una mujer que no conocía, con la que tan solo había cruzado cuatro palabras y de la que ni si quiera conocía su nombre. Y a pesar de eso, siento cómo el*

*amor se ha colado de nuevo en mi vida, cómo deseo volver a verla, aún sabiendo que eso es algo del todo imposible.*

*¿Se puede amar a alguien con tan solo verla dos instantes? Yo creo que sí, que el amor es inesperado, que no llama a tu puerta, si no que se cuelga en tu vida como una mariposa que viaja por tu vida haciéndote dar giros inesperados.*

*Tan inesperado como el espejismo que atisbo al otro lado de la calle. No puede ser. Es ella. La miro, la miro tanto que creo que no es ella. ¿De verdad es ella? ¿Estaré soñando?*

*Sonríe. Le sonrío. Pero no sé si me ha reconocido, no sé si sabe quién soy. A lo mejor fui invisible a sus ojos... No, no me recuerda. Estoy seguro.*

*Avanzo hacia ella, creyendo que no he podido tener más suerte. Solo hay un coche esperando al final de la calle. Y ella lleva una bolsa de viaje. Soy un hombre con suerte, por segunda vez en mi vida, pero esta vez me cuesta creerlo. Tendré cinco horas para poder hablar con ella. Cinco horas...*

*La saludo.*

—El mecánico, ¿no?

¿El mecánico? ¿Qué respuesta es esa? Acaso le he dicho yo: ¿tú eres la mujer de la electroválvula?

Siento la decepción en sus ojos, el desagrado por este inesperado encuentro, su malestar.

¿Oleré mal? Me he duchado antes de salir, pero este calor hace imposible permanecer limpio más de media hora.

Decido presentarme en condiciones.

—No he venido aquí a hacer amigos.

¡Pero qué tía más borde! Me disculpo. Me vengo abajo.

No puedo ser más tonto. Huyendo de un desamor me enfrentaba ahora a cinco largas horas acompañado de otra decepción.

## Susi Fuentes

Por fin se va a hacer justicia. Por fin los días acaban para el cabrón que acabó con la vida de mi abuelo. Por fin voy a verle la cara al asesino de mi persona favorita en el mundo.

Y se acabará esta agonía en la que paso mis días, este sin vivir que me consume y me mata poco a poco.

Aún no he decidido del todo qué haré después. Quizás perderme entre los países que no conozco para encontrar a mí misma. Quizás desaparecer para siempre y empezar una nueva vida lejos de todo. No soporto la idea de volver a mi casa de nuevo, una casa sin él, un hogar roto.

Y ahí está, la fuente de mi odio, el dolor más grande que jamás he sentido. Su aspecto me da asco. Lleva una camiseta de hace mil años, unos pantalones manchados de aceite, y el pelo lamido por la gomina. Le miro con la sonrisa más grande que puedo, saboreando mi triunfo antes de obtenerlo, disfrutando de la venganza que se avecina en un abrir y cerrar de ojos. Y mi odio crece. Y mi deseo de acabar con su vida se retuerce en mi estómago, y me duele.

Aprieto el mando envuelto en plástico que guardo en mi bolsillo y que detonará su muerte. Y sonrío de nuevo, ansiosa por alcanzar el éxito.

Le acompaña ya uno de los pasajeros, un señor mayor con cara de médico, de esos que te regalan una piruleta cuando sales de la consulta a pesar de tener ya más de veinte años. Espero que todo salga bien, voy a exponer a personas inocentes a esta muerte sin remedio.

Saludo con entusiasmo, haciendo ver que este viaje que emprendo me hace muchísima ilusión, como si necesitara estas vacaciones.

Julián sonríe mostrando unos dientes irregulares, amarillentos. Cada vez siento más deseos de que esto acabe.

A lo lejos veo a Amelia, mi cómplice. Viene acompañada.

*Espero que no me traicione.*

*Parecen no conocerse de nada. Su acompañante la mira receloso. Ella tiene la mirada perdida. Evita el contacto con mis ojos, está muy nerviosa.*

*Nos presentamos todos, sonreímos. Entramos en el coche.*

*Comienza el viaje. El último viaje.*

*14 de agosto de 2017*

Amelia, inmóvil frente a la puerta, miraba el lugar por donde Tomás se había marchado, acompañando al inspector, acusado del asesinato de Julián Salcedo. Se había terminado, la angustia, la incertidumbre, el terror.

No le habían explicado el porqué de la detención, simplemente se habían llevado a Tomás a la comisaría y allí le explicarían todo. Amelia podría visitarlo al día siguiente, tendrían una oportunidad para despedirse.

Ahora se sentía culpable, culpable por haber deseado no ser ella la detenida. Al desearlo siempre imaginó a Zacarías o a Susi yendo a la cárcel y no a Tomás, pero cuando oyeron la voz del inspector al otro lado de la puerta y se imaginó pasando sus días encerrada en una tenebrosa celda, no se acordó de que a su lado, en su sofá bajo el cuadro que reflejaba su libertad, estaba sentado el amor de su vida. Y al ver cómo se marchaba, cómo Tomás arrastraba sus pasos hacia la oscuridad, por unos instantes habría preferido ser ella la que acompañaba a Álvaro hacia el infierno. Solo por unos instantes.

Tomás lo había significado todo para ella desde el día del accidente, había sido su amigo, su compañero, su amante, su vida. Pero habían sido tan solo unos días, un par de semanas. ¿Y qué suponía ese tiempo comparado con el resto de su vida? Ahora tenía en sus manos cambiar el rumbo de sus pasos, volver a empezar, intentar ser feliz. Pero, ¿sería capaz de olvidar a Tomás? ¿De ser feliz sin él?

Estaba confundida, sin saber cómo afrontar lo que le estaba ocurriendo. Estaba asustada. ¿Y si recordaba su pasado y retomaba una vida que no deseaba y no estaba Tomás junto a ella para abrirle los ojos?

Esa noche Amelia no durmió, daba vueltas en la cama cambiando de opinión acerca de sus sentimientos como si pudiera decidir por ellos. Echó de menos el cuerpo de Tomás junto al suyo, sus manos entrelazadas a las suyas. La cama era ahora demasiado grande.

Se levantó antes de que amaneciera. Desayunó despacio, saboreando el café como si lo probara por primera vez. Se preparó para salir, se duchó, se vistió, y se fue a la calle. Paseó sin rumbo hasta que el sol comenzó a quemar, y cuando llegó la hora, anunció a la que sería su última cita con Tomás Iriarte.

Cuando Álvaro visitó la casa de Susi Fuentes para informarle de que por el momento el caso estaba resuelto y que era libre para ir a donde quisiera, Susi ya no estaba.

Recogió sus cosas a primera hora, cuando el sol aún descansaba tras las montañas. Preparó una maleta pequeña, solo las cosas verdaderamente indispensables. Cogió todos sus ahorros y los de su madre, los que guardaba en el cajón de la ropa interior. Había hablado con una amiga que vivía en la sierra de Cazorla, en un lugar mágico donde nadie podía buscarla pues era invisible para la gente corriente que piensa que el bullicio y el ruido es el único hábitat posible. Su amiga se iba unas semanas de viaje y le dejaba la caravana donde vivía. Allí pasaría el otoño, en el campo, rodeada de árboles y agua, de aire y de fuego. Quizás podría encontrar las respuestas que tanto ansiaba y podría aplacar ese odio que había nacido dentro de ella y no sabía canalizar. Cuando llegara el frío a las montañas, viajaría sin destino, deslizándose por los caminos que sin conocer la llevarían hasta su nuevo hogar.

Los médicos le dijeron que recobraría la memoria en un plazo máximo de cuarenta días, y



temiendo conocer las consecuencias de eso, prefería estar completamente incomunicada.

Dejó el teléfono móvil, la tableta y el portátil en su casa, y solo se llevó consigo la cámara de fotos que guardaba aún en su caja original.

Se fue sin despedirse ni de Fernanda ni de su abuela. Caminó hasta la carretera e hizo autostop.

En su mochila guardó la foto de su abuelo Nicolás, con el propósito de poder verse reflejada en los ojos que había heredado de él si no volvía a recuperar la memoria. Sin saber por qué, se sintió profundamente unida a él cuando el amor y el odio tomaron su voluntad.

Susi se fue de Granada para siempre, con las manos manchadas de sangre, y con el corazón completamente roto.

Tomás esperaba impaciente la llegada de Amelia. No habían podido despedirse, ni decirse todas esas cosas que aún no se habían dicho.

Todavía no había asimilado el hecho de saber que fue él el asesino de Julián. El inspector le dijo que habían encontrado sus huellas en partes de la válvula donde no debería de haberlas habido en el caso en el que únicamente la hubiera vendido. Era evidente que él manipuló aquella electroválvula que causó la liberación del monóxido de carbono. Él no negó haberlo hecho, no se acordaba de nada, y ya había visto muchas cosas de su vida anterior que no le gustaban, ¿por qué no iba a ser él un asesino?

Lo que le gustaría saber más que nada era el porqué, el móvil, el motivo por el cual él sentía un odio tan profundo como para querer acabar con la vida de Julián Salcedo. «Quizás era el amante de Eva y por eso huyó cuando me desperté y descubrió que no recordaba nada», pensó, «o quizás me debía una importante cantidad de dinero». En cualquier caso, los días de Tomás iban a acabar encerrado tras la oscuridad de una celda.

Amelia llegó puntual. Se sentó frente a Tomás con las manos temblorosas. Se amaban, pero entre los dos había surgido ahora una distancia insalvable.

—Te querré siempre —comenzó diciendo Tomás.

Amelia sonrió levemente, agachando la mirada y evitando una respuesta.

—¿Te han dicho por qué lo hiciste? —preguntó Amelia con interés, aún sabiendo cual sería la respuesta.

—No, no saben nada. Confían en que cuando recupere la memoria lo contaré con todo tipo de detalles.

—¿Y lo harás?

—Supongo que sí. Ya estoy aquí dentro, ¿qué puedo perder?

—¿Y si cuando recuperes la memoria recuerdas que no lo hiciste tú? Aún cabe esa posibilidad...

—En ese caso lucharía por demostrar mi inocencia para poder salir de aquí y estar a tu lado de nuevo.

—¿Crees que eso sucederá?

—Me gusta pensar que sí. Ya no me queda nada.

—Yo sigo aquí, Tomás —mintió Amelia.

—Si verdaderamente fui yo, y sin conocer los motivos que pudieran llevarme a hacerlo, creo que ha merecido la pena. Los días que hemos pasado juntos han merecido la pena, y volvería a hacerlo si con ello pudiera repetir estas semanas junto a ti.

—No digas esas cosas...

—Las digo porque las siento. Porque te amo.

—Yo también a ti. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Tú vivir. Pintar. Disfrutar la vida. Tienes la oportunidad de cambiar todo lo que no te gusta de ti, y empezar de cero. Hazlo —le dijo Tomás con los ojos vidriosos.

—¿Y tú?

—Yo esperaré a que llegue el día en que pueda salir de aquí. Y si no soy demasiado viejo, iré a buscarte, y a conquistarte de nuevo.

—¿Me estás pidiendo que te espere?

—No, claro que no. Pero volveré a por ti.

Amelia volvió a sonreír. Le miró a los ojos y en ellos pudo ver el amor más sincero. Ella también le amaba, por encima de todo. Pero el amor, por desgracia, no lo es todo.

—Ojalá pudiera ir yo a la cárcel por ti —las palabras salieron solas de la boca de Amelia. Sinceras y desde el corazón. Y por eso mismo se arrepintió al momento de haberlas pronunciado, sin saber que serían la llave a su salvación.

—Jamás lo habría permitido.

Y al decir eso, y al mirarse de nuevo, la memoria de Tomás regresó, viajando por su mente como un veneno, gota a gota, imparable. Y la vio, a la chica de la electroválvula. La mujer de la que ya se había enamorado una vez. La mujer que compró el objeto que causó la muerte de Julián. Ella. El amor de su vida.

Susi y Amelia recordarían tarde o temprano. Y aun que su plan no salió como habían previsto, Julián Salcedo había muerto. Una víctima inocente pagaría

las consecuencias, pero ellas vivirían habiendo con seguido acabar con sus fantasmas.

Y recordando esas últimas palabras que le dijo Amelia antes de despedirse, antes de decirse adiós, ahora sí, pasa siempre, recordando «ojalá pudiera ir yo a la cárcel por ti», pidió hablar con el inspector una última vez.

—He recuperado la memoria —dijo Tomás.

—Eso es estupendo. Espero que nos facilite las cosas ahora, señor Iriarte. Solo se lo preguntaré una vez. ¿Cómo se declara del asesinato de Julián Sal cedo?

Tomás pensó en Amelia y, creyendo que era la vida de ella la que iba a salvar, dijo con voz firme:

—Me declaro culpable.